

IGLESIAS
—
OBRAS
COMPLETAS

I

6

7452

Biblioteca Nacional de España

6

7452

6
7452

Biblioteca Nacional de España

6-2

7452



BIBLIOTECA SOCIALISTA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS DE
PABLO IGLESIAS

I

R

**REFORMISMO
SOCIAL Y LUCHA
DE CLASES**



**EDICIONES
LEVIATAN**

Biblioteca Nacional de España

REFORMISMO SOCIAL
Y LUCHA DE CLASES

Folio 2

R 115591

22

BIBLIOTECA SOCIALISTA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS



PABLO IGLESIAS

I

REFORMISMO SOCIAL Y LUCHA DE CLASES



EDICIONES
LEVIATAN

Biblioteca Nacional de España

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. - Paseo de San Vicente, 20. - Madrid

Biblioteca Nacional de España

NOTA PRELIMINAR

He aquí llegada, por fin, la ocasión de satisfacer un deseo sentido por nosotros durante varios años: el de reunir y publicar la labor doctrinal y política que dejó escrita, a lo largo de toda su vida—una vida intensa de apóstol y de hombre de acción—, el organizador máximo del movimiento proletario de nuestro país, Pablo Iglesias.

Si su labor oral fuera posible reunirla de la misma manera, el conjunto resultaría formidable. Pero, desgraciadamente, Iglesias no tuvo taquígrafos, y de sus discursos y conferencias, que fueron millares, no quedaron más que reseñas harto concisas y muchas veces imperfectas.

Sólo cuando fué diputado a Cortes tuvieron taquígrafos sus discursos parlamentarios, y ellos son los que servirán en lo porvenir para que se conozca el estilo oratorio del maestro. No diremos que fuera lo mejor de su labor verbal, pero sí suficiente para que se pueda apreciar

su temperamento, su sensibilidad, su entereza de ánimo.

Por excepción, fué tomado taquigráficamente su informe pronunciado, en enero de 1885, ante la Comisión de Reformas Sociales, encargada por el ministro de la Gobernación de estudiar el "problema obrero", como entonces se decía. Pero sus mejores discursos, los pronunciados ante auditorios de trabajadores, auditorios que durante años y años fueron reducidísimos, discursos que infinidad de veces fueron charlas dirigidas a una docena de neófitos, a quienes iniciaba en la doctrina socialista, para que ellos, después, la difundieran; esos discursos, decimos, no quedaron jamás transcritos. Consolémonos, empero, pensando que el espíritu de aquellas palabras es el que vive hoy en estas enormes masas proletarias que tan cerca se hallan ya en España de realizar el ideal del maestro.

Hacia el año 1920 intentamos ya llevar a cabo esta labor de recopilación que hoy emprendemos con carácter definitivo. Revisado por el propio Iglesias, se publicó un volumen, al que se puso por título Propaganda Socialista, en el que se reunió una selección de artículos publicados por el maestro en los cuatro o cinco primeros años de vida de El Socialista.

Nuestro proyecto actual, que empieza a tener realidad con la publicación del presente volumen, es más ambicioso, pues tiende a reunir, no

una selección, sino una colección, todo lo completa que pueda hacerse, de los escritos publicados por Iglesias, de los discursos que fueron reproducidos por la Taquigrafía, de las cartas dirigidas por él a tantos y tantos correligionarios y amigos, así como muchas que escribió a determinadas personalidades y de las cuales conservó borrador, de su puño y letra, ya que para su correspondencia nunca dispuso de máquina de escribir ni de mecanógrafo.

Aparecerán, pues, en los primeros tomos de esta colección, los trabajos de Iglesias que se publicaron en *El Socialista*, desde la fundación del semanario, en marzo de 1886, hasta la muerte del maestro; los artículos de propaganda con que atendía los deseos de los compañeros de provincias para avalorar los modestos periódicos que iban publicando para extender la semilla marxista; el informe escrito que la Asociación del Arte de Imprimir, de Madrid, presentó a la citada Comisión de Reformas Sociales y que redactó Iglesias, aunque el documento apareciese firmado por Matías Gómez Latorre, como secretario de la entidad; artículos de colaboración en diversas revistas y periódicos, socialistas o no, de España; correspondencias e informes de carácter internacional.

De estos últimos queremos hacer mención especial. Los socialistas de algunos países europeos solicitaban, a veces, de Iglesias, informa-

ciones escritas acerca de la política nacional, el desarrollo de la organización política y sindical del proletariado español, la actuación de nuestro partido y nuestros sindicatos profesionales, etcétera.

Estas informaciones, que generalmente eran retribuidas con obligada pobreza, porque pobres en dinero eran siempre los partidos socialistas de todo el mundo, aparecían en diversas publicaciones en los países interesados.

Por fortuna—gran fortuna—, entre los “papeles” de Iglesias recogidos y examinados por nosotros después de fallecido el “abuelo”, hemos hallado los borradores, de su puño y letra, de algunas de las correspondencias internacionales a que nos referimos. Corresponden, en su mayor parte, a los años 1897 y 1898, dramático período en que se produjo el desastre colonial de la Monarquía española.

Figuran entre esas correspondencias—y las citamos por su alto valor histórico—ocho o nueve cartas al *Avanti!*, el diario socialista de Roma, en las que se retrata, de modo magistral, el estado de impudicia en que vivían las cuadrillas políticas—que no partidos—de aquel régimen, la ignorancia y la estúpida torpeza de los que pretendían hacerse pasar ante el país como enemigos del régimen. En esas páginas vibra el espíritu de Iglesias en un penetrante alarido de dolor, cuando refiere los padecimientos que inne-

cesariamente se hacía sufrir a los desventurados soldaditos de España en las Antillas y en Filipinas. Como vibra en sarcasmos cuando resume y analiza las torpezas, las inconsecuencias, las imprevisiones de los gobernantes y de las llamadas oposiciones antidinásticas.

Tras de estos escritos, reuniremos, cronológicamente también, los discursos, empezando por el informe oral ante la Comisión de Reformas Sociales a que nos hemos referido al principio de esta Nota. Los discursos parlamentarios, que extraemos del Diario de Sesiones, pertenecen a lo que podría llamarse segunda etapa de la vida del partido socialista español. Entre ellos hay algunos que, con justicia, se calificaron de sensacionales.

Seguirá a los discursos el epistolario de Iglesias. Horas enteras de todos los días de toda su vida de militante dedicó el maestro a escribir cartas a todos los rincones del país donde vivían camaradas que podían organizar, que organizaban o que dirigían el movimiento socialista. Palabras de aliento, consejos, advertencias, admoniciones siempre afectuosas. Labor de catequesis; transfusión de entusiasmos, de fe y de esperanza; consuelo ante los reveses; aviso de peligros... Ingente labor.

Poseemos ya buena parte de esas cartas. Esperamos todavía la aportación de otras muchas que, sin duda, nos facilitarán para esta obra los ca-

maradas que conservan correspondencia del maestro.

Finalmente, coleccionaremos también varias notas, de interés unas y simplemente curiosas otras, que Iglesias tomaba para algunos discursos, para ilustrar escritos, para sus intervenciones municipales o parlamentarias, etc.

Si los artículos y discursos que vamos a coleccionar constituyen una verdadera historia del movimiento socialista y sindical en España, el epistolario es la revelación íntima de las dificultades, de los verdaderos apuros con que tropezaban los hombres—héroes—que secundaban la formidable obra acometida por Iglesias.

Tenemos la pretensión y la esperanza de que esta publicación que acometemos sea, quizás, la mejor aportación que puede hacerse a la historia pública e íntima del movimiento proletario en España.

Juan A. MELIÁ

LA CLASE OBRERA Y LAS REFORMAS SOCIALES ⁽¹⁾

Señores:

Quizá os cause extrañeza saber que una Asociación del carácter de la nuestra, cuyo objeto es mejorar moral y materialmente la condición de sus individuos, la de los tipógrafos asociados, y, en general, la de cuantos del trabajo viven, no se ha sentido movida a responder al *Cuestionario* que le habéis dirigido por la esperanza de que vuestro informe, caso de que el Gobierno lo tenga en cuenta, venga a aligerar la pesada carga de fatigas, privaciones y dolores que abruman hoy a la única clase útil, a la clase trabajadora; sin embargo, así es. Nada esperamos de esa Comisión; nada esperamos del Gobierno. Las razones que tenemos para pensar así os las daremos.

El estudio que hemos podido hacer de la so-

(1). A la información oral y escrita abierta por la Comisión de Reformas Sociales, que presidía D. Segismundo Moret, a fines de 1884, acudió la Asociación del Arte de Imprimir, de Madrid, con este documento, que había redactado Iglesias, por cierto, hallándose en la cárcel cumpliendo una condena de cinco meses.

ciudad en que vivimos, la atención que hemos prestado a los fenómenos políticos y económicos que a nuestra vista se desenvuelven, no nos han permitido deducir más que una sola consecuencia: la de que la sociedad presente no tiene más fundamento ni más base que el antagonismo mortal de dos clases: una, que posee la riqueza (de la cual no ha sido creadora), que disfruta de todo, que de todo goza, que satisface cuanto desea, desde la necesidad más precisa hasta el más extravagante capricho; y otra (la productora de la riqueza social), completamente desposeída, falta de alimento físico, de alimento intelectual, de educación, de comodidades, de todo cuanto es indispensable para vivir vida racional y humana.

La Historia nos demuestra, señores, que los antagonismos sociales han desaparecido siempre al soplo de la fuerza, y que ínterin no ha obrado ésta decisivamente, en tanto que el elemento revolucionario no ha tenido empuje bastante para barrer la clase social innecesaria, esta clase ha sostenido sus privilegios, los ha defendido palmo a palmo, y sólo se ha rendido cuando el terreno para luchar le ha faltado. Es decir, que no ha habido clase social ninguna que de buen grado, por humanitarismo, haya mermado sus privilegios, sacrificado alguna de sus preeminencias en aras del bienestar de otra clase rival. Sólo la necesidad, la fuerza, es la que les ha

obligado más de una vez a transigir y ceder parte de sus beneficios. Ha ocurrido, sí, que las clases, por falta de conocimiento pleno de sus intereses, han cometido errores y torpezas que redundaron en detrimento suyo; pero tales torpezas y errores han sido siempre de poca magnitud, pues si a una clase social puede faltarle capacidad, no le falta nunca instinto, y éste suple a aquélla en muchas ocasiones.

Ahora bien, señores de la Comisión, ¿qué sois vosotros, qué representáis vosotros para la clase trabajadora? ¿Qué es, qué representación tiene el Gobierno para esa clase?

Vosotros sois—permitidnos que os lo digamos—los representantes teóricos, los encargados de defender los principios y doctrinas en que descansan los privilegios de la clase poseedora, de la clase dominante; vosotros tenéis la misión de presentar como justos e indestructibles los falsos y carcomidos cimientos de la sociedad actual, y de combatir y estigmatizar toda idea, toda aspiración, todo acto que tienda a acelerar la muerte de ese organismo social, próximo a cumplir su fin histórico. Quizá esto que decimos sorprenda a algún individuo de la Comisión; quizá encuentre infundada y gratuita la representación que le atribuimos; pero no es así. Sabiéndolo o sin saberlo, los señores de la Comisión, en unión de algunos otros más, son los portaestandartes de la clase que esclaviza a los traba-

jadores. ¿Pues qué, señores, cuando las aspiraciones obreras se han abierto paso y dado a conocer; cuando se han predicado las ideas de igualdad y de emancipación; cuando el sentimiento de clase, más o menos vivo, se ha manifestado entre los modernos esclavos, no habéis sido vosotros los que desde la tribuna, desde el libro, desde el periódico, desde el Gobierno mismo, los habéis condenado? ¿No habéis sido vosotros, unos en nombre de Dios y otros en el de la razón, unos en nombre del derecho y otros en el de la fuerza, unos en nombre de la tradición y otros en el de la libertad, unos en nombre de la política y otros en el de la economía, no habéis sido vosotros los que habéis calificado de absurdas, de utópicas y hasta de criminales las ideas por las que piensa la clase obrera poner término a su dependencia y a su yugo?

¿Cómo, habiendo hecho esto y representando lo que representáis, podéis interesaros *de veras* por las desdichas de nuestra clase?

Eso es imposible; en el pleito social que mantienen ambas clases os está prohibido aconsejar a vuestro cliente que de buena fe, por puro sentimentalismo, por don gracioso, facilite a su adversario medios con que pueda sostener mejor su derecho y hacer más rápida su victoria.

Día llegará en que eso ocurra; día llegará en que le recomendéis que no fustigue tanto las desnudas carnes de la clase asalariada; pero vues-

tros consejos no serán nacidos de la generosidad ni de la compasión, sino dictados por las circunstancias, *exigidos* por la actitud y energía de los trabajadores, a quienes habrá que conceder *algo* por temor de comprometer *todo*.

Y en cuanto al Gobierno, señores, ¿qué es, qué representa? Legalmente el Gobierno es el encargado de velar por los intereses de todos y de facilitar su desarrollo; de hecho no es otra cosa que la representación de los intereses de la clase poseedora: a ella atiende, de ella se cuida, y todo su celo y actividad están consagrados a la misma. Si el Gobierno presta alguna atención a la clase trabajadora, no es para procurar el bienestar de ella, no es por conocer sus necesidades y apuros, para satisfacerlas y salvarlos; la observa sólo para vigilar sus movimientos e impedir, cuando la miseria toma exageradas proporciones y el sufrimiento llega a su colmo, que la ira popular estalle y lastime los intereses que él representa y custodia. No es nuestro representante, no. **M**uévanse los obreros en el sentido de organizarse y mejorar su condición, y la mano del Gobierno estará allí para crearles dificultades; traten de propagar las ideas que estimen buenas para su causa, y la mano del Gobierno impedirá inmediatamente su divulgación; reúnanse los trabajadores para protestar de un orden social que vive a expensas de su solo trabajo y que llega hasta privarles de aire y de luz,

y la mano del Gobierno ahogará sus protestas y arrastrará a la prisión a los obreros que las formulen; luchen en el terreno económico con los que quieren reducir su jornal, aumentar la jornada de trabajo, tratarlos, en fin, peor que a esclavos, y la mano del Gobierno se encargará de auxiliar en todo y por todo a los industriales, mientras que encerrará en estrecho círculo a los obreros huelguistas, encausándolos y aprisionándolos.)

Y es forzoso que así ocurra. ¿Componen el Gobierno los trabajadores? ¿Lo eligen ellos acaso? ¿Eligen siquiera a los que le eligen a él? En manera alguna. Luego es una quimera pensar que quien no nos representa genuinamente, quien no sale de nuestras filas, quien no está identificado con nuestros intereses, trate de protegerlos y vigorizarlos.

Y como la Comisión, el Gobierno sólo hará algo bueno por nuestra clase cuando se vea *obligado*, cuando la masa obrera, adquiriendo capacidad e importancia, tenga bríos bastantes para arrancar a su poder leyes y disposiciones que reporten beneficios a todos sus individuos.

Dichas están las razones por que no esperamos nada ni de la Comisión ni del Gobierno. Indiquemos ahora brevemente por qué, sin embargo, respondemos al *Cuestionario*.

Es más que probable, es casi seguro que algunas de las Sociedades obreras que respondan

a esa Comisión opinen de distinto modo que la nuestra respecto al resultado de sus trabajos. Más inocentes o menos expertas, abrigarán la confianza de que después de exponer su malestar y las causas que le originan, vendrá con seguridad, si no el absoluto remedio, al menos un grande alivio. Pues bien; nosotros, en lo que dependa de nuestras fuerzas y de nuestros medios, de nuestra experiencia y de nuestras luces, queremos evitar a esos trabajadores, hermanos nuestros, una nueva decepción, un nuevo engaño, y acaso darles, ya que otra cosa no, un conocimiento más completo del que tienen de su situación y de sus intereses. Esto pensamos lograrlo tomando parte en la información y dando a conocer después a aquellos obreros nuestra actitud y nuestro modo de pensar sobre la misma.

Ahí tiene la Comisión lo que motiva nuestra respuesta.

* * *

Señores: Antes de contestar a los dos extremos principales que abraza vuestro trabajo, o sea la situación en que se halla la clase obrera y el estado de la industria tipográfica en Madrid, no encontramos fuera de lugar formular algunas observaciones sobre varias preguntas que el *Cuestionario* contiene, más que por hacer su crítica, que no entra en nuestro propósito y exigiría más tiempo y espacio, para demostrar una vez

más cuán a la ligera y con qué poca seriedad tomáis en vuestras manos los asuntos del trabajo.

Hay en el *Cuestionario* preguntas que pecan de ociosas y las hay también que son inocentes, no faltando tampoco la petición de algunos datos que ni Sociedades obreras, ni colectividades más instruídas, ni particular alguno es capaz de proporcionar al presente.

Allá van algunos casos en corroboración de lo que decimos.

En la página 19 del *Cuestionario*, grupo VI, que se ocupa de la *Condición económica de la clase obrera*, encontramos esta pregunta:

"36. Si, en general, es BUENA, MEDIANA o mala, distinguiendo los obreros industriales de los agrícolas."

Pero, señores de la Comisión, ¿será verdad que desconozcáis de tal modo la situación económica de la clase obrera, que os sea preciso preguntar si es buena, mediana o mala? Esto es increíble. ¿La Información obrera no se ha abierto en vista del *malestar* de dicha clase? ¿No ha dicho vuestro Presidente, en la exposición que precede al decreto que suscribió en 5 de Diciembre nombrando esa Comisión: "Numerosos síntomas revelan que las clases obreras *sienten el vivo estímulo de necesidades que importa REMEDIAR o ALIVIAR cuando menos?*" ¿De cuándo acá, señores, hay que *remediar* o *aliviar* al que está bueno?... Una de dos: o vuestra pre-

gunta es ociosa, o es un cruel sarcasmo lanzado al rostro de los obreros.

En la misma página 19, y correspondiendo también al grupo VI, hallamos este otro punto:

"37. Comparación de la condición económica de la *clase obrera* con las demás clases sociales, y en particular con la de los *capitalistas y propietarios territoriales*."

¿No es esto ocioso, señores? ¿Comprenderá nadie que una Comisión nombrada *ad hoc* para hacer la información obrera, compuesta de individuos que han estudiado las cuestiones sociales, necesite que algunos particulares, corporaciones o Sociedades obreras le digan la *diferencia* (pues comparar dos cosas pensamos que es buscar la diferencia que las distingue) que hay entre las condiciones económicas de los obreros y las de los capitalistas y propietarios territoriales? ¿Es posible creer que vosotros no seáis capaces de señalar la diferencia que media entre la condición económica de los albañiles, sastres, carpinteros, cerrajeros, tipógrafos, etc., etc., y la que gozan los accionistas del Banco de España, los de las minas de Ríotinto y de Almadén, los de ferrocarriles, los poseedores de papel del Estado, los propietarios territoriales (éstos también son capitalistas) de la rica comarca andaluza, y tantos y tantos otros? ¿No sois vosotros idóneos para encontrar la diferencia económica que existe entre el obrero que repara las

fuerzas empleadas en diez o doce horas de duro trabajo con un alimento que cuesta dos o tres reales, y el capitalista que repone las suyas gastadas en los placeres y en la orgía, o al menos no invertidas en trabajos útiles, con almuerzos y comidas cuyo valor asciende a ocho, diez o doce duros? Esto es imposible. Vosotros sabéis eso; vosotros sabéis que la diferencia económica que hay entre unos y otros es la misma que resulta entre la tisis (enfermedad generalmente producida por la escasez de alimento) y la gota (que tiene su origen en una alimentación abundante y en una vida regalona); entre la inanición o falta de alimento (patrimonio de muchísimos trabajadores) y la apoplejía o plétora de vida (patrimonio de los ricos).

¿Cómo, pues, señores de la Comisión, pedís esa comparación de condiciones económicas?

Otro caso. En la página 24, grupo XIV, que trata del *Trabajo de las mujeres*, se lee:

"102. *Transportes marítimos*.—¿Se ocupan las mujeres en las faenas de carga y descarga de los muelles?"

Solamente esta pregunta no sería ociosa si estuviera formulada por una Comisión de proletarios que tuvieran su residencia en el interior de la Península: en este caso, podría creerse perfectamente que ignoraban lo que ocurre en los muelles, pues proletarios hay a millares que no conocen más país ni más mundo que la lo-

calidad donde han nacido. Pero esto no os acontece a vosotros, señores de la Comisión: por vuestros asuntos y vuestra posición social viajáis con frecuencia, veraneáis, y es bien seguro que ningún puerto marítimo de importancia de nuestro país os es desconocido. Por tanto, y contando con que en vuestra visita a ellos no habéis padecido todos alguna afección a los ojos, habréis visto muelles, y en ellos, medio desnudas y cubiertas de polvo y de sudor, infelices mujeres trabajando. Preguntad, pues, si lo ignoráis, qué salario ganan, qué trato las dan, y otras particularidades necesarias; pero no preguntéis, sabiéndolo, si las mujeres se ocupan en las faenas de los muelles.

Es indudable, señores de la Comisión, que vuestro trabajo se ha hecho descuidadamente.

Sigamos probándolo,

En la página 22, grupo XI, que comprende las materias referentes al *Salario*, hay una pregunta que dice así:

"67. Si las relaciones entre empresarios y obreros se rigen por la ley de la oferta y el pedido, dependiendo de las oscilaciones del mercado el que los segundos obtengan o no trabajo de los primeros, u obedecen a consideraciones de humanidad u otras análogas."

Seguramente, señores, que no han dado el visto bueno a esta pregunta el profesor de Economía que hay en la Comisión y los varios miembros de ella que, sin ser profesores, se ocupan de aquel estudio. De haber examinado con al-

guna detención dichos señores el *Cuestionario*, hubieran suprimido de él la referida pregunta, o, por lo menos, habríanla redactado en otra forma. Pero esto aparte, si las relaciones entre empresarios y obreros *obedecieran a consideraciones de humanidad u otras análogas*, ¿cómo se explicarían los señores de la Comisión el antagonismo existente entre patronos y obreros, tan manifiestamente marcado en nuestros días? ¿Cómo la abierta pugna en que están siempre? ¿Cómo el número considerable de huelgas que se verifican? Señores de la Comisión, consideraciones de humanidad las suele haber de un individuo para otro; pero jamás las ha habido—y ya lo hemos dicho en otro lugar—de una clase para otra clase. Los patronos ocupan a los obreros cuando su trabajo les es necesario, despidiéndolos en el instante mismo en que deja de ocurrir esto; los paros les importan poco a los patronos, en tanto son causa de padecimiento y de miseria para el trabajador; pero les son sumamente sensibles en cuanto, por amenguar la explotación de la fuerza de trabajo, su capital no se aumenta y centuplica en la proporción que antes, o corre el riesgo de verse reducido.

Tan inocente como la anterior pregunta, es esta otra que encontramos en la página 17:

"20. *Favor o desfavor en que es tenida (la asociación) por la clase obrera, en la opinión y en la práctica, como medio de mejorar su condición.*"

Señores, al ver proposiciones de este género no podemos menos de preguntarnos: ¿Pero en qué mundo habita la Comisión de Información obrera? Si el movimiento societario entre los trabajadores se desarrolla al compás de la explotación que sufren—y ésta alcanza límites extraordinarios—; si lo que llama más hoy la atención de los obreros son las cuestiones referentes a la asociación; si así como cierto filósofo probaba el movimiento andando, los proletarios prueban el *favor* y la *opinión* que la asociación les merece acudiendo a ella y prestándole todo su apoyo, ¿a qué hacer, señores de la Comisión, pregunta tan extraña? La asociación es para el obrero la poderosa palanca con que ha de remover los mil obstáculos que se oponen a su libre desenvolvimiento, y uno de los medios más eficaces para aliviar en parte, aunque pequeña, los vivos dolores que le produce una explotación sin freno. Por eso la quiere, por eso la ama, y por eso muchas colectividades la idolatran. Habrá trabajadores que por abandono, por indiferencia, por gozar una situación relativamente mediana, no acudan a ella; pero no hay ninguno que deje de aplaudirla y ensalzarla.

En la misma página 17 leemos esta pregunta, que podrá ser para algunos maliciosa, pero que a nosotros nos merece el concepto opuesto:

"Si hay asociaciones de obreros que, pudiendo organizarse legalmente, no lo hacen."

Extenso comentario podríamos poner a las precedentes líneas, pero nos limitaremos casi a responderlas.

Los obreros, más que nadie, necesitan para la propaganda de sus ideas y para su organización la vida pública, la legalidad. Si alguna vez están fuera de ella o llegan a estarlo, ya se puede asegurar que no es por su gusto, sino porque las leyes o los Gobiernos les obligan a seguir ese rumbo.

El movimiento societario de estos últimos años ha sido detenido en su regular desarrollo por la mayor parte de las autoridades locales y provinciales, que no han querido aprobar los reglamentos de las Sociedades obreras porque, en general, revestían carácter resistente. ¿Y en virtud de qué ley procedían así esas autoridades? En virtud de su capricho y de la seguridad que tenían y tienen de que sus arbitrariedades quedarán impunes. ¿De quién será, pues, la responsabilidad si los obreros, imposibilitados de asociarse legalmente para mejorar sus condiciones, toman senderos tortuosos? Seguramente no será de ellos.

Y es tal la ojeriza con que las autoridades miran las Sociedades de resistencia, que llegan al extremo de tomar por tales otras que son de distinta índole. Citaremos un caso. En tiempo en que era gobernador de Madrid el Sr. Conde de Xiquena, se remitió al mismo, para su apro-

bación, el reglamento de una Sociedad tipográfica de socorro a parados, no por *abandono*, sino por *falta* de trabajo, como claramente se desprende por la lectura de aquél. Pues bien; ese reglamento no fué despachado por el gobernador fusionista; le pasó lo mismo, no obstante haberse solicitado de nuevo su legalización, mientras lo fué el izquierdista Sr. Aguilera, y, por fin, *hará un mes* que ha sido aprobado, haciendo constar en él que no se *socorrerán huelguistas*.

¡Señores, y existiendo estas trabas para las Asociaciones obreras, se nos viene la Comisión con aquella pregunta! Lo que debe inquirir es cuántas Sociedades se han disuelto por faltar abiertamente a la ley los procónsules modernos.

También pertenece al género inocente puro la interpretación siguiente expuesta en la página 29, grupo XXVI:

"176. *Casas de préstamos*.—Estimación que merecen a todas las clases, y en especial a la obrera, las casas de préstamos."

Vosotros sabéis sobradamente, señores de la Comisión, que nuestros principales escritores, no sólo de hoy, sino también de los tiempos pasados, han dirigido los más acerados dardos de su crítica contra los dueños de establecimientos semejantes: vosotros sabéis que, lo mismo en la Prensa que en el Teatro, se le presenta siempre al prestamista como un tipo antipático y repulsivo, y no ignoráis tampoco que este concepto

de él se ha generalizado tanto y tanto, que es difícil encontrar una persona, salvo los que ejercen la mencionada profesión, que opine de distinto modo. Si, pues, todo esto sabe la Comisión, ¿a qué viene preguntar qué concepto merecen a los trabajadores las casas de préstamos? Viviendo éstas de las angustias y miseria de la clase trabajadora, ¿podrán mirarlas con buenos ojos sus víctimas? El obrero acude a ellas, como acude al taller y acude a otras partes, obligado por el medio en que vive, impelido por la dura necesidad, pero maldiciéndolas siempre, como maldice a todo el que le explota y engorda con su sudor.

Por otra parte, señores, ¿qué dato de importancia para mejorar la condición de la clase obrera puede resultar de la opinión que ésta tenga sobre las casas de préstamos? Nuestra miopía es tal, que no lo vemos.

Y dejando ya de transcribir preguntas inocentes, presentemos uno de los casos en que a la Comisión, en su afán de pedir datos y datos, sin fijarse en los que es posible obtener y en los que no pueden alcanzarse hoy por hoy, se le ha ido la mano.

Dice el *Cuestionario* en su página 19:

"Estadística referente a la mortalidad en la clase obrera en cada industria, y comparación con las demás clases sociales."

Pero, señores de la Comisión, ¿creéis since-

ramente que hay alguna corporación, particular o colectividad obrera que pueda proporcionar datos semejantes? ¿No sabéis *de una manera positiva* que España, en punto a estadística, es uno de los países más atrasados, y que, por lo tanto, aquellas cifras y la relación entre unas y otras no hay nadie que pueda presentarlas con la exactitud necesaria? ¡Mentira parece, señores, que no hayáis puesto más interés y más empeño en la redacción de un trabajo que lleva al pie vuestras firmas!

Mas demos aquí fin a nuestras observaciones, y pasemos a otro asunto.

Estado económico de la clase obrera.

No hay necesidad, señores, de ser muy extensos ni de responder punto por punto a lo que sobre este particular indica el *Cuestionario*, para dar a conocer por entero los medios de que dispone la clase obrera al fin de atender a su subsistencia.

Así como hay medidas para apreciar la presión atmosférica, la temperatura que nos rodea y otra multitud de fenómenos físicos que afectan a nuestra salud y a nuestro bienestar, hay también manera de apreciar con exactitud la situación material de la clase que trabaja. Este

descubrimiento lo hizo ha tiempo la ciencia económica y lleva por nombre *ley de los salarios*.

Con arreglo a esta ley, la fuerza de trabajo (única propiedad del asalariado) vale en el mercado en períodos normales (es decir, cuando la oferta del trabajo es igual a la demanda) el salario preciso para cubrir las más apremiantes necesidades.

Ahí tiene, pues, la Comisión un dato por el cual puede juzgar perfectamente el estado económico en que se encuentra la mayor parte de su vida la clase productora. Y esto no era necesario que nosotros lo dijéramos, pues economistas hay en la Comisión que saben eso y mucho más y que han debido poner al corriente de todo a sus compañeros. Pero, por lo visto, a esos señores economistas no les preocupa mucho la *ley de los salarios* ni la condición económica de los trabajadores, sino que son otras leyes y otras condiciones económicas las que reclaman su solicitud.

Mas, volviendo al punto a que contestamos, haremos observar a la Comisión que la ley de los salarios está sujeta a algunas oscilaciones: cuando hay mucho trabajo y menos obreros de los que éste necesita, el salario rebasa su nivel ordinario, y cuando hay poco trabajo y muchos obreros que lo solicitan, el salario desciende de aquel nivel.

Pues bien, señores: es el caso que hoy, cuan-

do instruíis la Información, el trabajo escasea muchísimo y los brazos que lo demandan figuran en número considerable: o lo que es lo mismo, que el salario del obrero que tiene la suerte de trabajar en la actualidad, es inferior al salario que percibía antes y con el cual sólo podía atender a sus necesidades más perentorias.

Ciegos estarán los que no vean el hecho que acabamos de mencionar; hecho, señores, producido por una de esas enormes crisis, consecuencia fatal de la producción moderna, que de cuando en cuando llevan a las filas de la clase trabajadora el espanto y la desolación. Sin referirnos a otros países, concretándonos solamente a España, los estragos que está haciendo esta crisis son considerables: nuestra región fabril de más importancia, Cataluña, cuenta por millares los obreros que se hallan en paro forzoso; aunque no con la misma intensidad, corren igual suerte las otras comarcas, y en cuanto a Madrid, pasan de 10.000 los obreros que carecen de trabajo. Ateniéndonos a nuestro arte, consignaremos que en otros tiempos era rarísimo encontrar tipógrafos sin ocupación en capitales como Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Granada y otras de alguna importancia. Ahora, por el contrario, es contada la localidad, por pequeña que sea, donde no haya tipógrafos completamente parados, ascendiendo a gran número los que existen en las poblaciones citadas. De los tipógrafos

madrileños diremos tan sólo que la mayoría pertenecen a nuestra Asociación, y que ésta la componían en 17 de Agosto 944 individuos, de los cuales trabajaban 588 y carecían de trabajo 322; esto es, se halla sin medios de malvivir más de la tercera parte de nuestros compañeros.

Expuesto a la Comisión el salario que gana el obrero en los tiempos normales; expuesto igualmente el que disfrutan al presente los que trabajan, ¿cree que necesita más datos para saber si la situación económica de la clase obrera es BUENA, *mediana* o mala?... ¿Para conocer la influencia que ejercen sobre ella las grandes industrias?... ¿Para enterarse de la condición de sus alimentos, la naturaleza de sus vestidos y la clase de habitaciones en que vive? Entendemos que no; pero si necesitase saber más, si le fueran precisos más detalles, fíjese en las noticias que da la Prensa diaria sobre los fallecimientos ocurridos por falta de alimento; registre las que se han publicado (ahora parece que no se publican) respecto a los suicidios y a las causas que los han dado origen, y sobre todo, pase la vista por las estadísticas que dan cuenta de la mortalidad en los distritos en que viven las familias obreras, y ellos le dirán qué condición más *envidiable* y más *feliz* goza en estos tiempos de libertad, de progreso y de civilización el *libre obrero*.

También podéis deducir si tan *desahogada*

situación permitirá al asalariado convertirse en industrial, pregunta por demás ociosa que estampáis en el *Cuestionario*, pues tenéis sobrados motivos para saber que siendo la concurrencia la ley que domina el mercado, ésta exige que se vaya a él provisto de enormes capitales, con lo cual no sólo hace imposible que los obreros puedan concurrir, esto es, trocarse en patronos, sino que a muchos de éstos los convierte de la noche a la mañana en simples asalariados.

Respecto a la relación que hay entre la mortalidad de los obreros de cada industria y la clase capitalista, ya hemos dicho en otro lugar que no hay estadística en España capaz de proporcionarnos estos datos; pero bien podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos por los hechos, que la vida de los obreros de la industria es, lo menos, veinte años más corta que la del propietario o rico industrial.

Estado moral de la clase obrera.

Parecía natural, señores, que a una situación económica tan miserable como la que puede traslucirse por lo anteriormente dicho, debiera corresponder un estado sumamente inmoral. Sin embargo, no se da ese caso. La clase obrera, no obstante sus privaciones, a pesar de su falta de educación, es más moral, más honrada que la

clase que la explota. Sus costumbres, sus actos están ahí para demostrarlo. En su desnudez, en su pobreza, más ricos mil veces que los ricos en generosidad y desprendimiento, los obreros comparten con sus compañeros sin trabajo el jornal que ellos necesitan para su sustento, consuélalos en sus aflicciones y buscan con solícito afán y denodado empeño el modo de librarlos de un grave apuro. ¡Cuántas veces la capa del obrero, el pañuelo de su mujer, el vestido de su hija van a la casa de empeño solamente por librar de una angustiosa situación a un compañero suyo! ¡Cuántas veces familias obreras, llenas de hijos y faltas de recursos, acogen en su hogar, para darles calor y vida, a esas tiernas criaturas que, no mujeres viciosas y corrompidas, sino una sociedad hipócrita y una moral falsa, arrojan en medio del arroyo! Jamás se ha dado el caso de que un obrero, empujado por la estrechez de su miseria a demandar el auxilio de sus compañeros, haya vuelto a su casa con las manos vacías. A montones, señores, se cuentan los rasgos de desinterés, de generosidad, de abnegación que a todas horas realiza esa tan maltratada clase obrera.

Y cuenta que al llevar a cabo estos hechos lo hace sin esperar que la moderna Fama—la Prensa—anuncie con sus mil clarines acciones tan plausibles y tan dignas, capaz cualquiera de ellas de eclipsar todos los *actos benéficos* (perfecta-

mente calculados) de que suele hacer alarde la clase superior, y para dar a conocer los cuales reserva aquella Fama toda la fuerza de sus pulmones.

No es sólo ya en los méritos, es en las mismas faltas que una y otra clase cometen, donde se echa de ver la superioridad moral de los trabajadores. Faltos éstos de educación, abandonados desde niños, colocados siempre en el potro del hambre, ¡qué extraño es que falten a las leyes, que roben y que maten! No se hallan en el mismo caso los miembros de la clase elevada, sino en el contrario, esto es, con educación, con medios, con apoyo siempre, y sin embargo, ¡qué grado de perversión moral no revelan sus faltas!, ¡qué astucia, qué cálculo, qué lujo de premeditación no se encuentran en sus crímenes!

En cuanto a la moral en la familia, señores, sólo existe en la clase trabajadora. En ella las uniones se realizan a impulso de nobles afectos y se mantienen y viven por los estrechos vínculos del cariño, mientras en la clase elevada el factor que determina el enlace de dos seres no es ese sentimiento humano que se llama amor, sino los intereses y la posición que ocupa cada cual, dando esto por resultado casi siempre una serie de inmoralidades y de escándalos.

Mírese por donde se mire, la clase obrera es superior, muy superior, en condiciones morales, a la clase que la subyuga. Y es, señores de la Co-

misión, que una clase que vive a expensas de otra, que gasta y derrocha lo que no es fruto suyo, podrá tener más fuerza, más inteligencia, más astucia; lo que no tendrá nunca será más moralidad que la clase oprimida.

Un hecho de bastante importancia debemos señalar aquí, y es que la asociación es un elemento poderoso de moralización para los trabajadores.

Estado intelectual de la clase obrera.

Si tenemos en cuenta que el salario del obrero en los períodos normales de trabajo alcanza solamente a cubrir sus necesidades más perentorias, facilísimo es deducir que la instrucción de la escuela, la instrucción del libro, le es muy difícil, si no imposible, adquirirla. Las escuelas nocturnas gratuitas no han podido salvar este escollo, porque el obrero, sea niño o adulto, no tiene su inteligencia en el mejor estado de ejercitarla al término de una jornada de diez o doce horas de trabajo. Si en estas condiciones tuvieran que estudiar los hijos de la clase pudiente, bien seguro es que estaba de más el profesorado. Por otra parte, la división del trabajo y la introducción de las máquinas, la una convirtiendo al obrero en simple autómatas y la otra llevando al niño al taller y arrancándole de la escuela an-

tes de tiempo, influyen perniciosamente en el desarrollo de sus facultades intelectuales.

Consecuencia natural de todo esto es que la masa obrera se resienta muchísimo de falta de instrucción. Sólo una minoría, merced a penosos y constantes sacrificios, ha logrado alcanzar cierta cultura que, si no es completa, ni mucho menos, le ha servido perfectamente para conocer sus intereses y trabajar por ellos.

Pero si, en términos generales, la clase obrera no conoce apenas la instrucción que proporcionan los libros y que se da en los centros de enseñanza, adquiere otra que impide que su nivel intelectual sea cada vez más bajo. Los medios que facilitan esta instrucción son dos: uno, la aglomeración de gran número de individuos en las fábricas y talleres; otro, la práctica de la asociación. Por el primero, los obreros, ya en las horas de descanso, ya cuando salen del trabajo, ocúpanse de su situación, de sus necesidades o de otros asuntos que les merecen algún interés, y mediante su discusión y examen ejercitan su inteligencia. Por el segundo, encuentran un campo relativamente vasto para que su imaginación se despierte, su entendimiento se desenvuelva y lleguen a adquirir condiciones de previsión y acierto que antes no tenían. Tan positivo es esto, señores, que para que una Sociedad obrera esté bien organizada y dirigida necesita verdaderas

capacidades, y éstas no salen jamás de otra parte que de las mismas Asociaciones.

Así, pues, la mayoría de los obreros no tiene ningún conocimiento físico, químico, histórico, geográfico, gramatical, etc., etc.; pero entiende de los asuntos que directamente le afectan, más, mucho más de lo que algunos creen, y tiene, por poco, una noción bastante clara de su estado. Dígalo, si no, el caso que hace de los apóstoles del ahorro y de las cooperativas, y, sobre todo, el abandono en que va dejando a los floridos oradores y a todos los partidos políticos de la clase dominante.

Pero, señores, el estado intelectual de la clase obrera no mejorará gran cosa mientras su estado económico no sea otro. La clase explotadora o patronal, atenta sólo a aumentar su riqueza con el trabajo del obrero, no hará nada por que éste cultive su inteligencia, pues toda su enseñanza tenderá siempre a hacer de los trabajadores una masa dócil, servil, incapaz de rebelarse contra su *amo*. La cuestión estriba, pues, más que en buscar medios de enseñanza, hoy imposibles de encontrar, en esforzarse por poner a la clase proletaria en situación de hacerse con los medios suficientes para atender por completo y para toda la vida lo mismo a su desarrollo físico que a su desarrollo intelectual. Para que la clase obrera pueda realizar lo que decimos, le basta conocer algunas verdades y el alcance que en sí tienen,

y la encargada de enseñar ambas cosas, señores de la Comisión, es esa minoría obrera a que antes nos hemos referido.

Quizá os preguntéis desdeñosamente: "¿Pero qué saben esos obreros?..." Por si así es, debemos decíroslo.

Esa minoría obrera sabe perfectamente que las leyes económicas que rigen la actual producción no son leyes naturales, como dicen los economistas a sueldo, sino leyes de una sola época, de una producción determinada, que no han existido en tiempo del trabajo esclavo, ni en tiempo del trabajo siervo, ni existirán tampoco en la forma de producción que reemplace a la presente.

Sabe que las crisis de trabajo a que hemos aludido en este escrito son originadas por una producción desordenada y excesiva, por lo mucho que se hace trabajar de más a los obreros, dándose el caso de que cuando éstos, por virtud de esas mismas crisis, carecen de lo indispensable para la vida, rebosen de trigo los graneros, de ropa los bazares, de calzado los almacenes y se cuenten por miles las habitaciones desocupadas.

Sabe que esas crisis, que se presentaban antes cada diez o doce años y que en lo sucesivo se repetirán con más frecuencia, a la vez que producen en las filas obreras mil estragos, quebrantan las de su enemigo, convirtiendo en proletarios a muchos que eran patronos.

Sabe que los hombres científicos, los hombres de carrera, que aumentan en proporción mayor a la necesidad que de ellos tiene la clase dominante, vendrán a figurar en las huestes proletarias y a pelear a su lado por la causa del trabajo.

Sabe que la riqueza primitiva no fué disfrutada por los que la crearon, sino por los que se apoderaron de ella mediante la rapiña y la conquista.

Sabe que esa riqueza se ha aumentado más tarde siguiendo idénticos procedimientos.

Sabe que el capital no es fruto del ahorro ni del esfuerzo del que lo posee o ha poseído, sino trabajo no pagado de muchas generaciones de obreros.

Sabe que la clase capitalista, por inútil, por innecesaria, está llamada fatalmente a desaparecer.

Sabe que hoy domina porque su fuerza es mayor que la que puede oponerle la clase dominada.

Sabe, finalmente, que la clase trabajadora, emancipándose de toda tutela, rompiendo los lazos que la han tenido sujeta a elementos que no son los suyos, debe convertirse en defensora de su propia causa y realizar por su solo esfuerzo su completa regeneración.

Todo esto sabe esa minoría obrera; y, señores, el día que haya logrado hacerlo penetrar en las inteligencias de sus compañeros, ese día—creed-

lo—la explotación del hombre por el hombre, que vosotros y vuestra clase habéis proclamado eterna, habrá concluído para siempre.

*Condiciones en que trabajan los tipógrafos
madrileños.*

Puede decirse, señores, que el arte de la Imprenta, desde su nacimiento hasta el primer tercio de este siglo, ha gozado preeminencias y distinciones que no lograron jamás otros oficios; mas, a partir de esa fecha, en que los nuevos modos de producción tomaron carta de naturaleza en nuestro país, las condiciones de los individuos dedicados a la Tipografía descendieron de tal modo, que hoy sus salarios apenas difieren del que ganan los demás obreros, y la jornada de trabajo mide los mismos límites que la de cualquier otro oficio. Como se ve, señores, en nuestra industria ha ocurrido lo contrario que en las demás, pues mientras en éstas los salarios han ido aumentando con el transcurso del tiempo, en la nuestra han sufrido una continua reducción. La grande industria procede así: creada en medio del mayor desorden económico, tiende, sin embargo, a nivelar los salarios de todos los obreros, cualquiera que sea la profesión que ejerzan, y a matar toda distinción de oficio a oficio.

Aunque por lo señalado en otro lugar podréis apreciar perfectamente nuestro estado económico, consignaremos aquí que el término medio del salario que perciben los tipógrafos a jornal no llega a 18 reales. Tampoco asciende a este tipo el de los destajistas de periódicos, y menos todavía el de los empleados en la composición de obras, los cuales, si bien es cierto que habiendo trabajo abundante llegan y aun pasan de aquella cantidad, en cambio son muchos los días y las semanas en que nada o casi nada ganan.

El trabajo de noche se paga en casi todas las imprentas lo mismo que el de día o con un ligerísimo aumento. Los industriales no han llegado a *convencerse* de que un trabajo es más penoso que el otro. Y ya que hablamos del trabajo nocturno, debemos decir a la Comisión que éste existe, no por gusto de los tipógrafos, sino porque le han hecho preciso los periódicos de la mañana.

El pago de los salarios se verifica generalmente por semanas; mas suele suceder que noveles industriales, que cuentan con el mismo capital que nosotros, pero que se disponen a hacerlo como lo han hecho los demás, quedándose con parte de nuestro trabajo, no cobran con la regularidad debida la obra o el periódico que imprimen, y entonces es el operario quien paga los vidrios rotos, es decir, quien está quince, veinte o treinta días sin percibir el importe de su sa-

lario. En la Comisión hay, señores, quien puede corroborar estos asertos y aun ilustrarlos con más datos.

La jornada de trabajo no baja de diez horas para los tipógrafos que se emplean en las obras. En los periódicos, particularmente en los de día, la jornada es mucho más corta, pero en cambio el trabajo es más agitado y continuo. No hay compositor de periódico que no esté dominado por la fatiga todo el tiempo que dura su faena y por un cansancio extremado cuando le ha puesto término.

Antes, señores, el tipógrafo que distribuía, componía y corregía en ocho horas 100 ó 120 líneas, sorprendía por su agilidad; hoy, en ese tiempo, componen todos 200, llegan muchos a 300 y no falta quien llegue y pase de 400 líneas. ¡Qué progreso, señores, qué prodigio! Y todo, ¿a costa de qué?... De nada casi... De nuestro pecho, de nuestra vista, de nuestros pulmones, de nuestra economía toda.

¿Y sabéis, señores, quién ha producido este milagro, quién ha logrado tan portentosos resultados? Algo la división del trabajo; mucho el sistema de hacerlo a destajo. Este medio, invención del industrial, facilita al mismo, con una suma menor de gastos, el máximo de fuerza de trabajo que puede desarrollar el obrero en una, en dos, en cuatro o en más horas. En el trabajo por jornada el industrial tiene que pagar capa-

taces que vigilen a los obreros y no les permitan distracción alguna; en el que se hace a destajo esto es innecesario: el obrero, aguijoneado por el afán de ganar un real o dos más de lo que es el tipo corriente, hace un derroche de fuerza que le extenua y mata.

Después de conocer esto, ¿necesitáis que os digamos lo que más daña nuestra salud dentro del taller, la enfermedad que más víctimas causa entre nosotros, y el tiempo medio de nuestra existencia? Parécenos que no. De lo que sí os daremos cuenta es de otros varios medios empleados por los industriales, y excusamos decir que invención suya, mediante los cuales llegan a formarse en poco tiempo compositores-máquinas.

Uno de ellos es la *tarea*, que consiste en dar a componer a un aprendiz, más o menos adelantado, una cantidad de original capaz de ocupar a un oficial casi todo el día, y en no dejarle salir de la imprenta hasta que la haya concluído. El aprendiz, deseoso de terminar cuando los demás, o antes si es posible, clávase delante de la caja, y sin separar la vista de aquel océano de letras, se agita y afana por dar fin al trabajo que le encomendó el *humano* industrial.

Esto, repetido un día y otro, hace que el pequeño tipógrafo llegue dentro de algún tiempo—si no sucumbe, como acontece a muchos—a figurar entre los compositores *largos*. Este siste-

ma, usado antes por una parte de los industriales madrileños, es general en Andalucía.

Otro de los medios, que podríamos llamar el del *estímulo*, se reduce a poner a trabajar juntos tres o cuatro aprendices, uno de ellos con algunas más facultades que los otros; darles original al mismo tiempo, y después, ya el regente, ya el mismo industrial, herir el amor propio de las criaturas hablando de su respectiva agilidad en el trabajo. Esto es bastante para que cada aprendiz, deseando demostrar con obras que es exacto o inexacto lo que de él se ha dicho, se afane constantemente por componer más que sus otros compañeros.

Los industriales que no pueden o no quieren echar mano de este recurso, acuden a otro más sencillo: ponen a destajo a los aprendices, pagándoles el ciento de líneas tres o cuatro reales menos que a los oficiales. Como el aprendiz no es apto para hacer toda clase de originales, y como, por otra parte, el industrial está interesado en que haga muchas líneas, escoge para aquél los originales mejores y le estimula a que *avance*. No desea otra cosa el aprendiz, que, acostumbrado a ganar cuatro o seis reales, se encuentra, como por encanto, en situación de ganar tres duros o tres y medio al cabo de la semana, sin fijarse el desgraciado en que su nuevo trabajo deteriora y mata su naturaleza.

Otro de los medios a que apelan los patronos

para *desarrollar* la agilidad de los futuros compositores es fijarles un *mínimum* de trabajo. Se admite un aprendiz adelantado que gana seis u ocho reales, y se le impone como condición diaria un *mínimum* de líneas que valga, por lo menos, doble del salario que percibe. Si cumple, es decir, si hace la cantidad fijada o algo más, puede contar con trabajo; si hace menos, se le despide o se le rebaja el salario.

Al narrar estos hechos, señores de la Comisión, figúrasenos estar viendo la fuente de donde ha manado y mana el capital, y el modo cómo se han apropiado de él, sintiendo al mismo tiempo así como un irresistible deseo de lanzar con fuerte voz el nombre que acude a nuestra garganta y que designa como se merecen a todos sus poseedores...

Mas, procurando ser correctos, no lo haremos, señores, y seguiremos exponiendo más datos sobre el arte tipográfico.

La ley del año 73 sobre los niños no se ha cumplido en ninguna de sus partes en la industria tipográfica; por el contrario, desde aquella fecha acá ha aumentado extraordinariamente su explotación y mal trato, llegando al extremo cruel de emplearlos ya en el insano trabajo nocturno. El número de aprendices que hay actualmente, y que están en desmedida proporción con el de oficiales, justifica demasiado lo que acabamos de decir.

Esto por lo que se refiere al trabajo de caja. En cuanto a los obreros que se ocupan en la sección de máquinas, o sea a la impresión, diremos que el tipo medio de los jornales es éste: 20 ó 24 reales los maquinistas, 12 ó 14 los marcadores y 10 los mozos. Respecto del sueldo de los maquinistas, conviene fijarse en que, dados los conocimientos que deben poseer para llenar cumplidamente su misión, y siendo los responsables directos del trabajo que se les confía, no es excesivo. Hay que tener en cuenta, además, que en los establecimientos donde el número de máquinas es relativamente considerable, un solo conductor llega a tener a su cuidado tres, cuatro, cinco y aun seis de aquéllas, sin que a este aumento de trabajo y de responsabilidad corresponda proporcionada remuneración: esto aparte de que, teniendo que atender a mayor número de aparatos mecánicos del que racionalmente debiera, su celo y previsión no alcanza a evitar los desgraciados accidentes que suelen ocurrir en este ramo de la imprenta.

Pasemos a las marcadores. Es la operación de marcar sencilla, fácil de aprender, no exige gran fuerza muscular y, por lo tanto, la industria desarrolla en este punto tal lujo de explotación, que raya en lo increíble. Hemos señalado antes el jornal del marcador en 12 ó 14 reales diarios; pero debemos decir que éste sólo lo obtienen los más hábiles, los que se emplean en la tirada de

obras de algún esmero o en la de periódicos ilustrados; en lo demás es muy común llenar este servicio por seis, cuatro y hasta dos reales diarios, llegando en esto el abuso hasta el extremo de ver desempeñando esta tarea a infelices criaturas de diez o doce años. Mas esto, ¿qué importa al industrial? Su objetivo es la ganancia, el lucro a toda costa. ¿Acaso no es sensiblería ridícula el conmoverse a la vista de un desvalido niño que durante diez o más horas permanece adherido a un monstruo de hierro, que a la menor distracción o desvanecimiento producido por el cansancio puede ocasionarle la fractura de un miembro y quizá la inutilidad perpetua?

Las funciones que desempeñan los mozos o verdaderos braceros en la imprenta son sumamente penosas: es cierto que son necesarios pocos conocimientos técnicos para su realización; pero, en cambio, exigen un desarrollo tal de fuerza muscular, que la asignación de 10 reales es a todas luces mezquina e insuficiente. Porque, señores, si al obrero tipógrafo en general le es muy difícil atender a las necesidades de la vida, ¿cómo ha de poder cubrirlas el mozo de imprenta con salario tan miserable? Si la índole de su tarea exige una alimentación proporcionada al desgaste de su fuerza vital, ¿qué consecuencias se han de originar de tal estrechez de medios? Indudablemente, la miseria para él y para su familia, si por desgracia la tiene, y una muerte prematura.

Por lo expuesto podéis comprender, señores de la Comisión, que los abusos de la explotación industrial son comunes al personal de cajas y al de máquinas; con la diferencia de que los que se refieren a esta parte de la imprenta llegan en muchos casos a comprometer la existencia de los obreros. En general, la industria tipográfica, en su afán de lucro, no observa ninguna de las reglas que la más vulgar prudencia aconseja para la instalación de los aparatos mecánicos: en primer lugar, los locales destinados para esto suelen ser reducidos, húmedos, insanos, faltos de ventilación y de luz, hasta el extremo de tener que emplear constantemente en algunos, en pleno día, alumbrado artificial; además, los motores, comúnmente de vapor, se hallan confiados a inexpertos fogoneros, que en la mayoría de los casos lo son mozos que carecen de conocimiento exacto del artefacto que manejan, pero que son preferidos por el industrial por el solo hecho de exigir menor remuneración. Esto, unido a la falta de holgura necesaria en los locales, constituye un peligro constante para el infeliz que tiene que ganar su sustento entre aparatos mecánicos.

Higiene en los talleres tipográficos no hay que buscarla: de más de cien imprentas particulares que hay en Madrid, ni una sola—lo aseguramos terminantemente—reúne condiciones higiénicas; y de ese mismo número quizá no lleguen a doce las que cuenten con locales de capacidad bastan-

te y de luces regulares. Las imprentas del Estado corren parejas, si es que no están peor, con las particulares.

Hasta la fecha, no obstante ciertos conatos de *caritativos* industriales, no han venido las mujeres a hacernos concurrencia en nuestro arte. ¡Ojalá, por bien de ellas y por bien nuestro, pasen muchos años sin que tal hecho acontezca!

En cuanto a las relaciones entre los patronos y los operarios de nuestro arte, no pueden ser... peores. Ellos, como resulta por lo dicho, pensando siempre en la forma de explotarnos mejor y aguzando su ingenio y su inventiva para conseguirlo a todo trance; nosotros, como se verá más adelante, resistiéndonos y preparándonos para tener a raya esa fiebre explotadora que consienten y protegen las leyes de una sociedad despótica.

Asociación del Arte de Imprimir.

Señores: las huelgas no se hacen por capricho, como algunos suponen; se hacen por necesidad.

Es un hecho que no podrán desfigurar todos los sofistas del mundo que las huelgas son engendradas por la grande industria: si ésta, disminuyendo los medios de vivir de los trabajadores y aumentando la riqueza de los ya ricos, no pusiera a los primeros en trances difíciles, aquéllas no tendrían lugar. Examínense los tiempos

en que vive y domina la pequeña industria, y no se hallará en ellos el menor rastro de huelga alguna; échese la mirada a las naciones en que el desarrollo industrial apenas ha nacido, y tampoco se encontrará ese fenómeno económico que tanto preocupa y alarma a los estómagos satisfechos. Pero pásese después revista a los países en que el adelanto industrial ha llegado a todo su apogeo, y veráse cómo en ellos se verifican las huelgas con frecuencia. Inglaterra, el país más industrial del globo, es su tierra clásica; allí la huelga no sólo toma el carácter local, sino que se extiende a todo un distrito o toda una comarca, y miles de obreros, verdaderos ejércitos, abandonan el trabajo cuando lo demanda su interés, invirtiendo en su sostenimiento cuantiosas sumas. Siguen a Inglaterra, como países industriales, y por consiguiente donde las huelgas tienen lugar en grande escala, Francia, Bélgica, Alemania, Italia y Austria. Si los Estados Unidos, a pesar de su progreso industrial, no ocupa uno de los primeros lugares, o el primero quizá, es porque, contando con grandes recursos y con inmensos terrenos, ha podido cohonestar las malas condiciones de los obreros en muchas industrias con la creación de otras nuevas. Pero este medio se le concluye; las crisis industriales han llegado allí también, y ayudadas estas circunstancias por los millones de proletarios que le envía Europa, no tardará la lucha económica,

es decir, las huelgas, en tomar proporciones colosales. La ya verificada hace años por los trabajadores de las líneas férreas, y las más recientemente llevadas a cabo por los telegrafistas y cerveceros, pueden darnos una idea de la importancia que alcanzarán esas contiendas en los Estados Unidos. Mas no es sólo en otros países donde podemos encontrar pruebas que justifiquen nuestro aserto; en nuestro mismo suelo, en España, existen también. ¿Ignora acaso nadie que Cataluña es la comarca más industrial y fabril de la Península? Pues en Cataluña se hacen huelgas, y huelgas de importancia, desde ha cerca de medio siglo.

Pero es más, señores: ¿quién determina los dos períodos en que la mayoría de las huelgas acontecen? La misma grande industria, con el flujo y reflujo que produce en el mercado. Cuando éste, necesitado de productos, los reclama, se efectúan las huelgas que tienen por objeto elevar los salarios, reducir las horas de trabajo o alcanzar ambas cosas a la vez; cuando el mercado, lleno de productos, los rechaza, las huelgas concréntanse a resistir el aumento de horas de trabajo, la reducción de los salarios, o las dos cosas a un tiempo, que tratan de imponer los patronos.

Si las huelgas, pues, son un efecto de la grande industria, mientras ésta exista y el reparto de la producción se verifique en las condiciones de hoy, subsistirán aquéllas, y no habrá fuerza hu-

mana que las haga desaparecer. Por tanto, ahórren los abogados de la clase patronal toda la facundia que emplean en combatirlas; dejen los sesudos políticos de poner trabas a su realización y de pensar en extinguirlas, y enmudezcan sobre este asunto esos *concienzudos* periodistas que con cuatro plumadas destruyen un hecho económico y con dos o tres artículos la cuestión social entera.

Los Jurados mixtos, que inocentemente se oponen a las huelgas, ni han prosperado ni prosperarán. Consecuencia lógica de una teoría falsa, como lo es la que sostiene que los intereses patronales y los intereses obreros son armónicos, tendrá el mismo fin que la idea que le dió el ser: la más completa rechifla. Quizá al presente consiga aparecer simpática a ciertos elementos obreros no muy castigados por la explotación, y aun engañar a alguna que otra colectividad que por error o carencia de buen sentido desconozca sus intereses; pero no logrará nunca, a pesar de los esfuerzos de sus propagandistas, adormecer a la masa trabajadora e impedir que acuda al único recurso de defensa que tiene: a la resistencia contra los poseedores del capital.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto, la Asociación del Arte de Imprimir, fundada en 1871, adoptó aquel carácter, conociendo que sólo así podía detener las demasías que en el terreno eco-

nómico cometen los dueños de los instrumentos de trabajo en la industria tipográfica.

En los trece años que lleva de vida ha dirigido infinitas reclamaciones a los industriales, ya por los abusos de que han sido objeto los operarios, ya por la corta retribución con que se pagaba su trabajo. De todas estas reclamaciones, sólo fueron atendidas las que la fuerza ha apoyado, esto es, las que las huelgas han impuesto; las que no han contado con más auxilio que la razón y la justicia, han sido estériles.

Dos huelgas ha efectuado esta Asociación: una en 1873 y otra en 1882. En ambas ha triunfado. Fué origen de ellas la no aceptación por una parte de los industriales de las Tarifas redactadas por los tipógrafos asociados, y según las cuales el jornal medio de éstos era de 20 reales de día y de 24 de noche; el de los maquinistas, de 24 a 26; 14 el de los marcadores, y 10 el de los mozos.

La huelga del año 73 no fué más que una escaramuza, pues tuvo escasas proporciones. La del 82, por el contrario, puede considerársela como una verdadera batalla, que adquirió gran resonancia, y que probó a amigos y adversarios lo que puede una colectividad obrera que tiene perfecta conciencia de sus intereses.

De esta jornada vamos a dar algunos detalles a esa Comisión, que podrán servirle de respuesta a varias de sus preguntas.

Planteadas por primera vez las Tarifas de esta Asociación, en 1873, los impresores, aprovechándose de la crisis de trabajo que por entonces hubo, dejaron de cumplirlas.

Falta la Asociación de los recursos necesarios a toda huelga, hombres y dinero, no pudo meter en razón a los que tanto lo merecían. En este estado, concretóse a reunir aquellos dos factores, cosa que consiguió por completo a principios del año 82. En tal fecha formaban la Asociación mil hombres y su caja contaba con más de 5.000 duros; medios bastantes para hacer triunfar una huelga en el arte tipográfico, cuyo trabajo no puede quedar interrumpido mucho tiempo.

Dirigióse, pues, a los industriales pidiéndoles el planteamiento de las Tarifas que aceptaron nueve años antes, y que no habían sufrido más que una leve alteración. Parte de los dueños aceptó; otra parte se negó a ello. Los tipógrafos siguieron prestando su trabajo a los primeros y abandonaron las imprentas de los segundos, no sin antes oír frases *cultísimas* de boca de algunos industriales.

En este momento empieza la lucha.

La Asociación se concreta a hacer uso del arma de la resistencia, a no dar operarios a los dueños que no acepten las Tarifas.

Los industriales apelan a *todo*. Primero al halago y a la súplica para engañar a los operarios; después a la mentira y a la amenaza. Pero como

esto resultaba infructuoso, acudieron a los suyos en busca de apoyo; esto es, se dirigieron a la Prensa y al Gobierno, y éstos, como representantes genuinos de los intereses patronales, se lo otorgaron a manos llenas.

La Prensa, que estaba ligada además a los industriales por unas cuantas pesetas, se convirtió en su abogado e hizo una de sus más *brillantes* campañas. Los que bajo un "Se dice..." o un "Se asegura..." infaman en dos minutos una reputación acrisolada o hunden en el cieno la honra de una familia; esos *compañeros* de trabajo, como suelen llamarse ellos mismos, no perdonaron nada por causar nuestra derrota y desbaratar la Asociación que nos sirve de baluarte. Calumnias, injurias, insultos, falsedades, reticencias, hipocresías, excitaciones a la Autoridad para apoderarse de los fondos de la Asociación, para disolverla, para prender a su Junta directiva; todo, en fin, cuanto es capaz de expectorar *esa gente*, arrojaron sobre nosotros las columnas de sus periódicos.

¿Y el Gobierno? ¡Oh! El Gobierno, señores, practicó la *neutralidad* como sabéis que la practica siempre en las cuestiones entre patronos y obreros.

En Consejo de Ministros se ocupó de nuestra huelga, y al día siguiente de este Consejo ocurrían los siguientes hechos:

Prisión y formación de causa a la Junta direc-

tiva de la Asociación y a algunos otros individuos.

Excitación a los gobernadores, por medio de una circular, para que reclutasen tipógrafos que vinieran a ocupar las plazas de los huelguistas.

Mandamiento por el Ministerio de la Guerra para que los tipógrafos militares de todas sus dependencias fueran distribuídos en las imprentas donde no había operarios.

Igual disposición respecto a los jóvenes tipógrafos de los asilos.

Y hasta se intentó utilizar los servicios de los pobres niños sordomudos que había en la imprenta del Colegio de este nombre.

¡Qué imparcialidad, señores de la Comisión, y qué manera de defender *por igual* los derechos de todos!

Pero esta vez la acción del Gobierno fué contraproducente.

En primer lugar, la Asociación contra quien iba dirigida no sintió los escalofríos del miedo. Pasado el primer impulso de ira, causado por tanta arbitrariedad y despotismo tanto, tuvo la calma de los grandes luchadores, y en medio de ella nombró nueva Junta directiva, atendió debidamente a los presos, redujo al silencio a la calumniosa Prensa, mantuvo estrecha disciplina entre los huelguistas, dispuso, por si llegaban a ser necesarios, el arbitrio de recursos extraordinarios, y estrechó el cerco a sus enemigos,

Después, la clase obrera, que seguía con vivo interés la pelea que manteníamos, al ver la actitud resuelta del Gobierno en favor de nuestros enemigos, a más de aprender con semejante hecho más que con veinte discursos lo que son, significan y representan los Gobiernos, indignóse altamente, protestó de semejante proceder y cooperó a nuestro triunfo con su apoyo moral y material.

Y en tanto esto sucedía de una parte, de la otra continuaba el apuro, sin esperanza de conjurarle. Los tipógrafos militares, fuera porque no pudieran o porque no quisieran, no sacaron del compromiso a los industriales. Respecto al auxilio que esperaban de los tipógrafos de provincias, había fracasado: éstos, colocándose a la altura de sus compañeros de Madrid, no dieron oídos al reclamo oficial ni a los particulares, y de verdugos nuestros que pensaban hacerlos, tornáronse en protectores y auxiliares.

Ocurrió, pues, lo que tenía que ocurrir. Al poco tiempo una parte de aquellos altaneros industriales, viendo que sus intereses sufrían gran quebranto, cedieron, y unos bajo su firma, y otros verbalmente ante representaciones oficiales de la Asociación, aceptaron sus Tarifas.

Escaso ya el número de industriales que resistían, dióse la huelga por terminada en breve plazo.

Que durante ella no hubo coacciones ni atro-

pellos, lo prueba el que, no obstante el lujo de policía y guardias de Orden público de que se hizo gala en las puertas y alrededores de las imprentas abandonadas por los tipógrafos, ni uno solo de éstos, huelguista o no huelguista, fué siquiera detenido. En cuanto a los quince encausados por virtud de órdenes superiores, doce han sido absueltos y tres condenados por el delito de *coligación*.

La cantidad invertida en esta huelga ha ascendido a 35.957,27 pesetas, de las cuales la mayor parte correspondían a nuestra Caja y lo restante fué producto de particulares y Sociedades obreras de Madrid, Cataluña y otras localidades, y de los tipógrafos italianos y franceses (2.500 pesetas los primeros y 1.000 y pico los segundos).

Por si a la Comisión sorprende la procedencia de estas dos cantidades, le manifestaremos que es ya opinión general entre los hijos de la clase trabajadora, que allí donde hay un obrero hay un amigo, hay un hermano, llámese como se llame y viva en la región que viva; y allí donde hay un patrón, sea cerca o lejos, denomínese como se denomine, allí hay un enemigo. No como mérito, sino en prueba de que lo entendemos así, hacemos constar que por el año 1880 auxiliamos nosotros con 1.500 pesetas a los tipógrafos de Milán que luchaban por el planteamiento de sus tarifas, y que a poco de terminar nuestra huelga última remitimos igualmente a los de Roma 500 pesetas,

y acordamos que se les enviara también cierta cantidad que los tipógrafos mejicanos recaudaron con destino a nuestros huelguistas.

Y sepan los señores de la Comisión que este modo de proceder nos le han enseñado en gran parte los industriales mismos.

Cuando en 1878 los tipógrafos de París se declararon en huelga para obligar a sus patronos a que aceptaran sus tarifas, éstos, olvidándose del país en que habían nacido y atentos sólo a sus materiales intereses, fueron en busca de operarios a Alemania, a Bélgica, a Suiza, y hasta aquí vinieron también. Para ellos el caso era hallar tipógrafos *baratos* para vencer a los *caros*, aunque aquéllos fuesen *extranjeros* y éstos *compatriotas*.

Ya veis, pues, señores, que, sobre este particular, los obreros no hacemos más que ajustar nuestra conducta al patrón mismo de los industriales.

Como dato último, podemos decir a la Comisión que los impresores de Madrid, aprovechándose, como en 1873-74, de la crisis de trabajo que reina desde hace algún tiempo, han vuelto a echar por los suelos parte de los beneficios conquistados en nuestra memorable huelga.

¿De qué os ha servido entonces—dirá acaso la Comisión—tanto esfuerzo y sacrificio? De mucho, señores, de mucho.

En nuestra primera época, la conducta de los industriales al faltar a las Tarifas produjo tal

efecto en los tipógrafos, que casi todos desertaron de la Asociación.

Hoy los industriales las burlan ya; acaso vayan más lejos todavía; puede ser que, prevaliéndose de los brazos que hay demás, alcancen de los que trabajan un beneficio mayor, una explotación más dura; pero, aparte de esto, que tendrá seguramente el dique necesario, nuestros explotadores son impotentes para romper la estrecha unión que existe entre los obreros tipógrafos de Madrid.

Esa es la conquista de más precio de nuestra última jornada.

Y, señores, es tanto lo que vale la unión de los obreros, tal poder y fuerza les da, que—estad seguros de ello—cuando la clase proletaria llegue a adquirir la unidad que hoy priva entre los tipógrafos madrileños; cuando se mueva, como nosotros, inspirada por un solo sentimiento, las informaciones sobre su estado serán innecesarias, los datos que hagan falta estarán ya buscados, y solamente tendrá que hacer una cosa: resolver.

Es cuanto tiene que contestar a vuestro *Cuestionario* la Asociación del Arte de Imprimir.

NUESTROS PROPOSITOS (1).

El antagonismo de clases, eje sobre el que han girado todas las sociedades históricas, ha perdido ya la complejidad de otros tiempos y se presenta hoy reducido a su expresión más sencilla, a la lucha entre dos solos bandos: uno, compuesto de detentadores de todos los medios de producción; otro, formado de los que carecen en absoluto de ellos; esto es, de una parte, burgueses; de otra, obreros.

La evolución económica, es decir, el desarrollo del actual sistema de producción, al par que marca y acentúa cada vez más el antagonismo de las dos clases existentes, reduce de día en día la burguesa y aumenta considerablemente la proletaria, demostrando al propio tiempo que mientras los individuos de ésta son necesarios, indispensables a la producción, los de aquélla van adquiriendo de momento en momento un carácter parasitario.

(1) Extraído del prospecto que anunciaba la aparición de *El Socialista*, en marzo de 1886.

Pero el desenvolvimiento del actual sistema económico no sólo ha realizado esto, sino que al llegar casi a su término ha desarrollado de tal modo las fuerzas productivas, que lo que hasta hoy fué fundamento y base del antagonismo de clases—la falta de productos bastantes para satisfacer las necesidades principales de todos los individuos—ha desaparecido por completo, haciendo por esto mismo posible y necesario armonizar el modo de producción (social) con el modo de apropiación (social también).

Llegadas las cosas a este punto, no hay necesidad de ser profetas para anunciar que la muerte de la burguesía como clase, no ya se acerca, sino que viene a pasos de gigante, y por consiguiente, que la hora de la desaparición de los antagonismos sociales y la era de paz y de armonía entre los hombres está muy próxima. Pero por próximo que se halle este suceso, por grande que sea la fuerza que el desenvolvimiento económico preste por sí sólo para hacerle surgir, no es dable a la clase trabajadora esperar cruzada de brazos a que el movimiento evolutivo llegue a su último término, es decir, a que el desarrollo capitalista reduzca a los poseedores de todos los medios de producción a un grupo completamente reducido e inútil. Al contrario, en estos momentos de crisis social, en que los proletarios sufren agudísimos dolores, crueles tormentos, terribles angustias y espan-

tosas miserias, es cuando más les urge, cuando más les precisa, cuando se les impone con fuerza abrumadora acelerar el desenlace, abreviar las últimas fases del actual sistema económico.

No queremos decir con esto que el antagonismo de clases pueda desaparecer merced al antojo de una agrupación más o menos numerosa, más o menos convencida de los ideales que defiende; nada de eso; nosotros sabemos que las ideas no triunfan, no llegan a ser realidades, ínterin las condiciones materiales de que aquéllas son fiel reflejo no existan previamente. Lo que queremos manifestar al decir que urge a la clase obrera acelerar el término de su esclavitud, es que debe organizarse, fijarse bien en su situación, adquirir conciencia de sus intereses, y, con arreglo a lo que éstos demandan, no encontrarse sorprendida por los hechos económicos, sino preverlos, encauzarlos cuanto pueda, deteniendo, en lo que sea posible, sus malos efectos, y facilitando el desarrollo de su lado bueno; en una palabra, hacer frente a todo aquello que tienda a perjudicarla, y ayudar y contribuir con su esfuerzo a cuanto en poco o en mucho favorezca la terminación de su dependencia.

Ahora bien; para que la clase asalariada llegue a adquirir cabal conocimiento de su estado y de sus intereses; para que logre, si no dominar, siquiera prever los hechos económicos y sacar de ellos todo el partido posible para su cau-

sa, es necesario de todo punto que el antagonismo de clases sea comprendido totalmente por los cerebros obreros. La lucha económica que ha ya tiempo mantienen, ha despertado en ellos el espíritu de clase y hécholes conocer, por decirlo así, los primeros rudimentos de aquel antagonismo; pero si la lucha de clases se engendra y nace en el terreno económico, desarróllase y termina en el terreno político, por más que hasta última hora se mantenga simultáneamente en ambas esferas. Por eso es indispensable, para arraigar en los trabajadores el espíritu de clase, que la lucha económica ha hecho nacer en ellos, llevar su acción, como tal clase, al campo político. Completando en él su educación revolucionaria, verán con entera claridad el lazo estrecho, la comunidad de intereses que une a todos sus explotadores, a todos sus verdugos, sea la que quiera la profesión que ejerzan y el partido burgués en que militen. En él verán, principalmente, cómo el mecanismo gubernamental no está montado para garantizar los intereses de todos, sino para servir y favorecer los intereses de una clase; cómo los Gobiernos no son encargados de defender el derecho de cuantos componen la sociedad, sino que, hechura y representación de la clase explotadora, su única misión es conservar y, en caso de necesidad, defender los monopolios y privilegios de dicha clase; cómo las leyes no son hechas por todos y para beneficio

de todos; antes al contrario, son elaboradas por la clase burguesa, en beneficio exclusivo de la misma; cómo el Clero, la Magistratura, la Policía y el Ejército, ruedas todas del Poder político burgués, responden solamente a la necesidad de sancionar la explotación capitalista, de hacer cumplir todo aquello que a ésta conviene, de perseguir a los proletarios que traten de esquivarla y de someter por la fuerza a los que, hartos de sufrir y con energía suficiente para no tolerar en silencio las condiciones, cada vez más duras, que se les impone, se resisten a aceptarlas o se rebelan contra ellas. Además, la acción política obrera proporcionará otra ventaja inmediata, cual es la de desenmascarar a los hombres de los partidos burgueses avanzados, que, no obstante ser tan fieles guardianes de los intereses de la burguesía como los hombres de los partidos conservadores, pretenden pasar por celosos defensores de los intereses obreros.

Y de todo este conocimiento, de todas estas verdades, resultará, como lógica consecuencia, una verdad superior: la de que, siendo el Poder político la fuerza con que cuenta la burguesía para imponerse y esclavizar al proletariado, es forzoso que éste, si quiere ser libre y arrojar de sí para siempre la vil coyunda que le oprime; si quiere alcanzar su redención, y con ella la de todo el género humano, se apodere revolucionariamente de aquel Poder, y destruyendo

desde él la última clase privilegiada, convierta en propiedad social o común todos los medios de producción.

Así, pues, el primero y principal propósito de *El Socialista* será procurar la organización de la clase trabajadora en partido político distinto y opuesto a todos los de la burguesía, desde el más retrógrado hasta el más avanzado; desde el absolutista hasta el republicano federal. ¿Cómo tratará de cumplirlos? Defendiendo resueltamente, enfrente de dichos partidos, el programa del Partido Socialista Obrero Español.

Aunque la lucha económica—la huelga—es incapaz por sí sola de librar a la clase trabajadora de la servidumbre a que está sometida por la burguesía, contribuye, sin embargo, poderosamente a preparar las fuerzas que han de llevar a cabo tamaña empresa.

Ella ha sido la que ha puesto a la vista de los trabajadores la incompatibilidad de los intereses de éstos con los intereses patronales o capitalistas; ella la que ha dado a conocer a los proletarios el valor de su fuerza cuando están unidos; ella la que les ha hecho sentir la necesidad de una organización y una disciplina; ella la que crea entre los asalariados hombres capaces de administrar y dirigir agrupaciones numerosas; ella la que les demuestra que, en las contiendas con los burgueses, las ideas de libertad y autonomía tienen un valor negativo, sir-

viendo tan sólo para que se escuden tras ellas los cobardes y desertores de la causa del trabajo; ella, en fin, la que señala a los proletarios el camino de la acción política.

Si estos resultados ha producido y produce en nuestro país la lucha económica, que no ha adquirido aún grandes proporciones y que ha contado con una organización relativamente imperfecta, calcúlese qué beneficios podrá reportar el Socialismo revolucionario el día en que las fuerzas que tomen parte en esa lucha sean más numerosas y adquieran conciencia y unidad mayores de las que hoy tienen.

Salta, pues, a la vista la conveniencia de que los que profesamos las ideas socialistas apoyemos con todas nuestras fuerzas el movimiento económico obrero y contribuyamos a que se desarrolle y se haga poderoso y fuerte; tanto más, cuanto que teniendo dicho movimiento por objeto inmediato disminuir en lo posible la explotación de los obreros y alcanzar para éstos mayor respeto y consideración de los que se les tiene, está en nuestro deber de socialistas y en nuestro interés de proletarios trabajar por que todo eso se logre.

Además, hay otra razón de primer orden para que la lucha económica reclame de nuestra parte atención principal y poderoso concurso.

Por el indisoluble lazo que une la acción política obrera con el movimiento económico de

esta clase, llegarán ocasiones, habrá momentos en que las Sociedades de resistencia, como tales, se verán obligadas a apoyar la acción política, uniéndose entonces con el Partido Socialista Obrero, como los habrá también, por la intervención de los Gobiernos, en que la lucha económica, al adquirir ciertas proporciones, se convierta en lucha política, en cuyo caso el Partido Socialista tiene marcado su puesto al lado de las Sociedades de resistencia que mantengan la contienda, no sólo con los industriales, sino principalmente con el Poder burgués.

Pero entiéndase bien, que no porque en ocasiones, que seguramente se repetirán a menudo, las Sociedades de resistencia tengan que colocarse abiertamente al lado del Partido Socialista, y éste, en otras, al lado de las Sociedades de resistencia, hemos de pedir que unas y otro figuren comprendidos en una sola organización. Nosotros creemos que aun en el caso, que se halla un tanto lejano, de que todos los trabajadores tuvieran el mismo criterio político que tienen los individuos del Partido Socialista Obrero, el movimiento económico debería tener una organización adecuada a su objeto, y la acción política otra distinta y adecuada al suyo. Con mayor motivo opinamos que esto debe suceder hoy; esto es, que el movimiento obrero tenga una organización propia para su fin, sin que para el ingreso en ella se pida profesión de fe política,

admitiendo a cuantos estén conformes en disminuir su explotación y en trabajar por conseguirlo; porque si otra cosa se hiciera; si para entrar en el campo de la resistencia se exigiera determinada declaración política, aunque ésta fuera la que nosotros creemos más acertada, la del Partido Socialista, excluiríamos de ella a muchos trabajadores que, por error, militan todavía en los partidos burgueses, con lo cual, no sólo perdería el movimiento económico esas fuerzas que le son necesarias, indispensables de todo punto para alcanzar su objeto, sino que, además, se retrasaría la educación revolucionaria de los mismos, por desconocer las enseñanzas que suministra la lucha económica.

No figuramos en el número de los que creen que la clase obrera no podrá emanciparse mientras carezca de una sólida instrucción; si esto fuera cierto, la esclavitud de los trabajadores sería eterna. Si el obrero no gana en el actual sistema económico sino para atender mezquinamente a sus necesidades, ¿cómo es posible que pueda comprar la instrucción, puesto que ésta también se compra? Si el obrero se ve obligado a trabajar una jornada excesivamente larga, que le rinde y extenua, ¿cómo puede encontrarse en disposición conveniente para estudiar y aprender? La instrucción del obrero, una instrucción científica y completa que le haga ser hombre inteligente, útil a sí mismo y a sus semejantes,

es imposible que pueda adquirirse en el sistema económico actual. Por tanto, los que de veras quieran ver libre de toda preocupación e instruído al trabajador, deben trabajar por la emancipación de toda su clase, y en tanto se preparan los elementos necesarios para alcanzarla, ante la imposibilidad de una instrucción completa, darle aquélla que le haga conocer cuanto antes lo que es hoy y lo que debe ser mañana; cuáles son las causas del mal y dónde está su remedio; en una palabra, que la instrucción que se le dé le haga ser un buen soldado de su propia causa.

EL PROGRAMA SOCIALISTA

I

Por no ser demasiado prolijos, dejaremos de señalar los datos justificativos de que la Historia de la Humanidad es la historia de la lucha de clases, y que esta lucha, mantenida constantemente, ha eliminado del campo de batalla a algunas de aquéllas, dejando en pie a la fecha dos clases no más. Sólo nos concretaremos a poner de relieve la existencia de éstas y los intereses distintos y opuestos que tiene cada una respecto de la otra.

Ante todo, desharemos un error que, unos de buena fe y otros interesadamente, sostienen todavía: el de que existe clase aristocrática y clase teocrática. Ambas clases desaparecieron con el advenimiento al Poder de la burguesía. La abolición total del feudalismo, debida en Inglaterra a la Revolución del siglo XVI, en Francia a la Revolución del siglo antepasado y en los demás países al triunfo de la Monarquía constitucional, fué la muerte, como clases, del clero

y de la aristocracia. Salvo los inútiles esfuerzos de algunos elementos clericales de nuestro país por volver al antiguo régimen y mantenerse separados de la clase dominante, los restos de las clases teocráticas y aristocráticas se confunden hoy en todos los países con la burguesía, a la cual prestan sus servicios. De ningún modo, pues, deben considerarse como clases sociales los residuos de la aristocracia y el clero.

De las distintas clases sociales que en épocas anteriores existieron, sólo quedan la burguesa y la obrera; constituyen propiamente la primera los individuos que, disponiendo de los medios de producción, se apropian una parte del trabajo de los que están desposeídos de ellos; pertenecen a la segunda los obreros que, siendo propietarios de los instrumentos del trabajo, los ponen ellos mismos en función, e igualmente todos los proletarios que carecen de dichos instrumentos y para poder vivir o, mejor aún, vegetar, vense forzosamente obligados a vender su fuerza de trabajo, sus brazos, por una cantidad muy inferior a los valores que produce. El Militarismo, la Magistratura, el Clero, la Policía, etcétera, etc., no son hoy clases sociales, sino instituciones mantenidas o creadas por la burguesía para que defiendan sus intereses; y los individuos que figuran en ellas salen de ambas clases, aunque la mayoría son reclutados en las filas de los desheredados.

Desde el momento que hay una clase—la burguesa—que vive a expensas de otra clase—la proletaria—, la diferencia, el antagonismo, el odio entre una y otra tienen forzosamente que existir. Mientras el desarrollo industrial, agrícola y comercial ha estado contenido dentro de ciertos límites, esas diferencias, antagonismos y odios han permanecido encubiertos algún tanto por las relaciones aparentemente armónicas y amigables que existían entre el obrero y el maestro o patrono. En esa época, los choques y conflictos entre unos y otros apenas existían. Pero inmediatamente que a la pequeña industria, al cultivo en pequeño y al comercio en reducida escala sucedieron los grandes talleres, la división del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres semipatriarcales existentes entre pequeños burgueses y obreros se borraron por completo, apareciendo en su lugar un antagonismo abierto, franco, declarado, que de día en día adquiere mayores proporciones. ¿Qué vemos actualmente dentro del taller? ¿Cuáles son, en el terreno económico, las relaciones entre asalariado y patrono? Para el burgués, cualquiera que sea su categoría, no hay más mira, más objetivo ni más interés que arrancar al obrero la mayor cantidad de trabajo por el más corto salario. Que éste no alcance a cubrir las necesidades del que lo percibe; que la salud del asalariado se resienta por el excesivo trabajo que se le obli-

ga a realizar; que por lo mismo su vida corra peligro de extinguirse en edad temprana; nada de esto, en tanto sea sufrido y tolerado por el que lo padece, interesa al burgués. Este, atento sólo a su negocio, no piensa más que en explotar cuando puede a los que no considera sino como fuente de beneficios y riqueza.

Por su parte, el obrero, en lo que le permite su situación inferior respecto al patrono, el corto conocimiento de su estado y los escasos medios de que puede disponer, se cuida y preocupa únicamente de conseguir que su trabajo disminuya, que su retribución sea mejor que la que viene percibiendo y de gozar dentro del taller la mayor consideración. Si la conquista de estos beneficios pone en apuro al burgués de quien los reclama, por no poder éste competir con sus rivales en producción, al trabajador nada le importa. Y así como al patrono no le afectan las cuitas y dolores de los obreros, éstos permanecen impasibles ante las contrariedades o desdichas que puedan ocurrir a los burgueses. De la fuerza se valen los patronos para imponer sus condiciones a los obreros; de la fuerza de su unión se valen éstos para arrancar a sus explotadores una retribución mayor o una jornada más corta.

Por eso vemos cómo las huelgas, signo el más característico del antagonismo social, a pesar de costar de una parte y de otra cuantiosas sumas,

se generalizan y revisten un carácter más imponente y amenazador cada día. En esta lucha el obrero no cede hasta que el hambre le obliga, y el industrial pelea hasta que el vacío causado en su gaveta le impone la rendición. Y como en esta lucha de intereses y en esta desigualdad de condiciones, el obrero desempeña siempre el papel de víctima, y el burgués el de verdugo, la indiferencia con que éste ve la muerte de un obrero es pagada por los asalariados con la alegría que experimentan al saber la muerte de un burgués, de su enemigo.

Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase a clase.

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, representación de la clase burguesa, ni prestan atención a sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al desarrollo de la clase expoliadora. Si en vez de estar adormecidas las masas proletarias, pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la bur-

guesía, niéganse a satisfacer las reclamaciones de aquéllos, persiguiéndolos con rabia por haberlas formulado, y sólo ceden cuando los obreros, como en la lucha económica, les hacen sentir su fuerza.

En estas contiendas, la clase proletaria tampoco tiene en cuenta si su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía: lo que a ella le importa es ver el modo de arrancarla el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que por error militan en los bandos burgueses, no se hallan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

Por dondequiera, pues, que tendamos la vista, el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa manifiéstase abiertamente. Podría decirse que se halla en el aire que respiramos.

El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no lo han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que no tienen sus ideas: dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirlo, conocer su origen, señalarlo a la clase tra-

bajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases.

Y en efecto, desde que ese antagonismo fué descubierto, los proletarios, desechando las falsas ideas que acerca de las relaciones sociales tenían, han comprendido que para mejorar su estado y para lograr su emancipación, el primer paso que deben dar es organizarse como clase, separándose de los partidos burgueses.

II

Anteriormente hicimos ver que la actual sociedad, la sociedad burguesa, se halla constituida por dos solas clases, cuyos intereses viven en perpetuo antagonismo, en constante guerra: ahora vamos a demostrar cómo la clase burguesa es clase dominante por hallarse en posesión de los instrumentos de trabajo—tierra, minas, ferrocarriles, buques, fábricas, capital-moneda, etcétera, etc.—, y cómo la clase proletaria sufre el dominio de aquélla, que es su esclava, por no disponer de más propiedad ni de más medio para poder vivir que su fuerza de trabajo.

No tenemos necesidad de ser muy extensos para lograr nuestro objeto.

Desde el momento en que los obreros carecen de las materias y de los útiles necesarios para crear por sí mismos valores o productos

con cuya venta puedan adquirir recursos con que atender a sus necesidades, ¿a qué se ven obligados? A una de dos cosas: a morir de hambre o a alquilar diariamente sus brazos, su fuerza de trabajo a los monopolizadores de los medios de producción. Como el primer extremo está fuera de lo lógico y razonable, tratándose de una clase, los obreros optan por el segundo: venden sus servicios, su actividad, a los capitalistas. Pero cuando esto ocurre, en el instante que el obrero vése constreñido a trabajar por cuenta de otro individuo, el primer paso en el camino de dependencia está dado. La razón es bien sencilla: el burgués, el comprador de la fuerza del trabajo, adquiere ésta por un valor inferior al que luego, puesta en acción, ha de producir esa misma fuerza. Si el obrero no la hubiera vendido así, es decir, con pérdida para él, el burgués o capitalista no la hubiese comprado. No tiene dinero el capitalista para cambiarlo solamente, y menos todavía para darlo por una cosa que no valga lo que él ha dado. Su dinero, al emplearlo en fuerza de trabajo, ha de aumentarse después en un quinto, en un tercio, en la mitad, en lo que sea, pero ha de aumentarse siempre.

Efectivamente, el salario, que es la retribución de la fuerza de trabajo, por crecido que sea, por mucho que se eleve, ordinariamente no llega a pasar ni a igualar siquiera en valor a

los productos que crea el obrero que lo percibe. Si, por ejemplo, el salario de un trabajador es de tres, cuatro o cinco pesetas, los valores que con sus energías produzca han de ser, respectivamente, por lo menos, de $3\frac{1}{2}$, $4\frac{1}{2}$ y $5\frac{1}{2}$ pesetas; generalmente, asciende a más, llegando algunas veces a doblar el tipo del salario y aun a sobrepasarle. Cuando, por excepción, el salario iguala o excede a la cantidad de productos que crea el trabajador, es porque el burgués, el comprador de la fuerza obrera, se ha equivocado en sus cálculos—cosa rarísima—, o porque una circunstancia extraña a sus propósitos ha venido a depreciar la fuerza de trabajo por él adquirida: en estos casos, si el burgués no cuenta con grandes recursos, con un buen capital, suele descender del rango de explotador al de explotado; de verdugo al de víctima.

Así, pues, si el salario no es más que una parte del valor que produce el obrero al cabo del día, la otra parte, que va al bolsillo del capitalista, contribuye a que éste sea cada vez más poderoso, cuente con más medios de dominio e imponga su voluntad con más fuerza a los obreros que de él dependan. Y lo que ocurre a un gran patrono o capitalista acontece a los demás, sin que los claros que la competencia causa en sus filas perjudiquen lo más mínimo a su poder; antes al contrario, con la concen-

tración del capital, la fuerza y la acción de aquél hácese superiores a las que antes tenía.

En este estado de cosas, habiendo adquirido el desarrollo industrial poderoso vuelo, sería una insigne locura que el obrero, queriendo anular la explotación que siente y que por todas partes le oprime, pensase en adquirir individualmente los instrumentos de trabajo. Si los perdió o no pudo adquirirlos al empezar el sistema del salariado, que eran relativamente menos costosos y él disponía de algunos medios, ¿cómo lograr ahora hacerse con ellos, siendo el salario relativamente más corto y el precio de aquéllos sumamente alto? Y no ya personalmente, ni aun reunidos todos los obreros de un oficio pueden constituir capital bastante para hacerse dueños de los útiles y de las materias que necesita la producción a que se dediquen.

¿Qué cantidad pueden aportar los mineros para reunir los millones que valen las minas donde trabajan? ¿Cuál los trabajadores de los ferrocarriles, de los buques, de los arsenales, de las fábricas, para comprar todos esos instrumentos de trabajo?

Ninguna, digan lo que quieran los Moret y demás apóstoles interesados de la cooperación. Si el salario del obrero es insuficiente para satisfacer sus más apremiantes necesidades, ¿cómo es posible que saque de él las sumas casi fabulosas que cuestan aquellos instrumentos?

Pero, en general, los trabajadores jamás han pensado en semejante medio para librarse de la dominación capitalista; nunca han sido tan cándidos. Lo que sí han hecho ha sido organizarse para aminorarla un poco; mas ni esto siquiera les está permitido hacer libremente a los que sólo cuentan con su fuerza vital. Como los que económicamente dominan en la presente organización social, políticamente dominan también, cuando los asalariados intentan algún movimiento para disminuir la explotación de que son víctimas, los capitalistas echan mano de las leyes que se han hecho por mandato suyo e imponen duros castigos a los proletarios que se distinguen por su actividad y energía; y si esto no les basta, acuden a las bayonetas para que hagan volver a las fábricas o a las minas a los que, hartos de sufrir, abandonan esos lugares de tormento. Otras veces, sabiendo los capitalistas que tienen en sus manos los medios de vivir de los asalariados, castigan sus rebeldías por medio del hambre, esto es, suspendiendo los trabajos por uno o dos meses. Esto hicieron los fabricantes de Roanne (Francia) el año 1882. Para imponer un correctivo a los obreros que presentaron algunas reclamaciones a dos fabricantes, suspendieron sus trabajos, arrojando a la calle, privando de pan durante cuarenta días a 4.000 trabajadores.

Imposible que los proletarios puedan dar un

paso en ningún sentido favorable a sus intereses sin que inmediatamente los que son sus señores, los poseedores de los medios de producción, les opongan su veto y les hagan sentir la fuerza de su poder.

Ante estos hechos no cabe dudar que la posesión de los instrumentos de trabajo da a los dueños de éstos poder y fuerza para someter y esclavizar a los que carecen de ellos. Si así no fuera, ¿arrancarían a los obreros jornadas de trabajo de doce, catorce y dieciséis horas, por dos, tres y cuatro reales? ¿Podrían embolsar diariamente muchos de aquellos poseedores un beneficio de 250, 500, 1.000 y hasta 2.000 duros? No.

Resulta, pues, de lo expuesto que la clase burguesa, por ser dueña de los medios de producción, es clase dominante, y que la clase obrera, por estar desposeída de ellos, es clase dominada.

III

Los burgueses no se contentan con arrebatarse a los proletarios una parte del fruto de su trabajo, sino que, además, los insultan y calumnian. Calculan sin duda que cuando lo más—despojar a otro de lo suyo—les es permitido, lo menos—el ofender a los despojados—lo pueden hacer a sus anchas.

Según los modernos señores, si los obreros padecen hambre y miseria, lo deben a su abandono y a su falta de espíritu de economía; si son ignorantes, al vicio y a la crápula, y si no toman parte en la cosa pública, es decir, en los asuntos generales del país, porque su incapacidad e ineptitud los hace impropios para ello; en una palabra, que las desdichas que sufre la clase obrera son debidas a defectos de los mismos proletarios.

Tanta verdad dicen en esto los que viven del trabajo ajeno como cuando afirman que las instituciones económicas burguesas son de orden natural.

La miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política de la clase asalariada, según afirma nuestro programa, no tienen más origen que la sujeción económica de los obreros a la clase capitalista.

Querer buscar en otra parte la causa y la explicación de los males de los desheredados, es apartarse del camino de la verdad.

La miseria del proletariado, el pauperismo, no ha sido ocasionado por los malos hábitos y costumbres de los trabajadores; antes al contrario, unos y otras deben su existencia y su desarrollo a la esclavitud económica que han padecido y padecen.

Si así no fuera, los obreros vivirían desahogadamente y contarían con un porvenir seguro,

cosa que a ninguno ocurre en la actualidad. ¿Cuál ha de ser el estado del obrero que, ganando un jornal de dos, tres o cuatro pesetas, tiene que sustentar una familia compuesta de cuatro o cinco individuos? Cuando el término medio del salario de los trabajadores no llega a 10 reales, ¿habrá necesidad de fijarse mucho en el asunto para averiguar dónde está la causa de la horrible miseria que padecen los verdaderos productores? Las víctimas del régimen burgués son arrastradas a ella, no por sus defectos o sus vicios, sino por la forma en que se distribuye la riqueza, yendo a parar la parte principal a la minoría parásita, y una parte, cada vez más exigua, a la inmensa masa laboriosa. En ese sencillito hecho económico está la causa de la desigualdad social, y su consecuencia inevitable, la miseria de los que trabajan.

Y no solamente no depende la pobreza del obrero de su falta de moralidad y de honradez, sino que cuanto más honrado sea, cuanto mayor grado alcance su nivel moral, su situación económica será más aflictiva y desesperada. La demostración es sencilla. Un obrero que se halle adornado de las cualidades antedichas no puede ser lacayo de los explotadores ni sufrir resignado las mil humillaciones que se cometen en el taller, siendo esto bastante para dificultar, y más en el tiempo que corremos, el que encuentre sitio donde ocupar sus brazos.

Además, en toda clase de reclamaciones al patrono, en toda cuestión de trabajo, está obligado a proceder de un modo correcto, y, por tanto, a sufrir más que otros las consecuencias de esos actos. Resulta, pues, de lo que acabamos de apuntar, que el trabajador más honrado, el más moral y concienzudo, no sólo no se libra de la miseria, sino que, al contrario, la siente más que los otros obreros inferiores a él en condiciones de carácter y moralidad. ¡A cuántos compañeros nuestros no ha pasado lo que aquí decimos! ¡Cuántos, no obstante su intachable conducta, viven en medio de las mayores privaciones! La dicha, las comodidades, el cielo de la sociedad burguesa no se gana por medio de actos honrosos y morales; al revés, todo eso sobra para llegar a él, y sólo la audacia, el cinismo, el fraude y la hipocresía, la ausencia, en fin, de todo sentimiento digno son los que franquean las puertas de ese edén terrenal.

Y en cuanto a la instrucción, ¿cuál puede ser la de los obreros en medio de la estrechez económica que les impone su reducido salario? Ninguna o poco menos. Sus cerebros, atrofiados por un trabajo mecánico, embrutecedor, que no requiere el menor ejercicio intelectual, hállese casi imposibilitados de recibir el menor rayo de luz. ¿Qué sirve que se establezcan escuelas gratuitas y que a ellas se llame al obrero con el objeto de darle el pan del espíritu? Eso es una

superchería. Si el exceso de trabajo y las mil privaciones sufridas han extinguido casi toda su energía y todo su vigor, convirtiéndole en un ser casi insensible, no cabe hablarle de instrucción, porque no comprenderá lo que se le dice; si su inteligencia no se ha apagado todavía por entero, si queda en ella una pizca de saber, el conocimiento de su miseria, el dolor que constantemente le mortifica y la dura jornada de trabajo que le exigen por un mezquino salario, le preocuparán y cansarán de tal modo, que ni su cabeza ni su cuerpo estarán en la disposición necesaria para dedicarse al estudio más sencillo. En condiciones tales, es imposible estudiar, imposible adquirir la menor enseñanza. Los obreros que acuden a las escuelas gratuitas no desmienten, antes bien confirman, nuestra afirmación; además de ser relativamente un número escasísimo, compónese éste de algunos obreros que, por excepción, tienen una jornada de trabajo reducida, y de otros, pocos en cantidad, que cuentan con una naturaleza y una voluntad muy fuertes. Mientras no se aligere la carga del trabajo, la generalidad de los proletarios no se hallará en situación de cultivar su inteligencia.

Y si intelectual y materialmente el obrero se halla poco menos que aniquilado, a consecuencia de su dependencia económica de la burguesía, políticamente se halla sometido a los representantes de la clase patronal; en primer lugar, la

burguesía le ha excluído de toda función política que pudiera darle en apariencia carácter de interventor en los asuntos del país, y aun en el caso de que las luchas de unas fracciones burguesas con otras exigieran la concesión de algunas libertades políticas, ¿acaso no tienen en su mano, a más de los privilegios económicos, por medio de los cuales anulan el ejercicio de dichas libertades, el Poder político, el Estado, para por medio de él hacer cuanto se les antoje? Claro que sí; luego hoy, por estar desheredados de dichos derechos, no significan ni son nada los obreros, y mañana, cuando las circunstancias exijan que se les den, se mutilarán primero explotando su ignorancia, y después, cuando tengan conciencia de ellos y quieran ejercerlos con libertad, poniendo en juego los mil resortes de la fábrica y del taller o del Estado.

Para librarse, pues, los trabajadores de la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política, precisan de todo punto destruir la causa que engendra estos males, y que es sencillamente la dominación económica que la clase burguesa ejerce sobre ellos. Mas para que este dominio desaparezca, y la esclavitud humana termine por completo, es necesario arrebatar de manos de la burguesía los instrumentos de producción que hoy monopoliza.

IV

Una de las cosas que con más interés niegan los órganos de la burguesía es que el Poder político o, lo que es lo mismo, el Estado en sus diversas manifestaciones, que se halla en manos de dicha clase, funcione solamente a favor de los intereses de ésta y en contra de los intereses de la clase proletaria.

Sin embargo, nada tan exacto como la afirmación estampada en nuestro Programa, y que dice así: "Los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale aquélla para dominar al proletariado."

Veámoslo.

¿Dónde se proyectan, discuten y aprueban las leyes que rigen la sociedad presente? En el Parlamento, en el "templo de las leyes", según le llaman enfáticamente los oradores de la burguesía y los escritores que están a su servicio.

¿Y quiénes eligen el Parlamento?, ¿quiénes le forman? La elección, ya sea por medio de un sistema restrictivo, ya por otro más amplio o por el sufragio universal, la verifican siempre los privilegiados. Como la libertad política, única que hoy cabe tener, no lleva aparejada la libertad económica, el obrero, libre políticamente para votar a quien le parezca, no lo es por la esclavitud que le impone el taller o la fábrica. La

prueba de que aun con el sufragio universal las elecciones son hechas por los burgueses nos la suministran los países en que ha imperado e impera ese sistema de elección, tales como el nuestro, Francia, Suiza, Alemania y los Estados Unidos. Nosotros defendemos el sufragio universal por ser un excelente medio de agitación y propaganda para nuestras ideas; pero le negamos la virtud de poder por sí mismo emancipar a la clase proletaria.

Cuanto a los individuos que van a los Parla-mentos, la inmensa mayoría proceden de las filas de la burguesía, teniendo ésta muy buen cuidado de enviar allí a los que reúnen mejores condiciones para ser fieles guardianes de los privilegios capitalistas.

Quizá no falte quien objete a lo que decimos que los ingenieros, los médicos, escritores y otros individuos que ejercen profesiones intelectuales no son burgueses, sino trabajadores, y trabajadores de superior calidad. Pero esta objeción carece de valor real. En efecto; el médico, el ingeniero, el escritor, etc., etc., son obreros, y obreros muy apreciables, a quienes veríamos con gusto a nuestro lado defendiendo su propia causa; mas cuando esos obreros se consagran a defender la clase explotadora, a ser su mejor escudo y los mantenedores de sus monopolios, no sólo merecen el calificativo de burgueses, sino que para nosotros lo son más que los propiamente tales.

En este caso se encuentran la mayoría de los hombres de carrera que componen hoy los Parlamentos.

Si el Parlamento está, pues, constituido en su mayor parte por hombres procedentes de la clase burguesa, ¿qué espíritu informará las leyes que en él se elaboren? Forzosa y necesariamente aquel que convenga a sus representados.

En dos solos grupos pueden descomponerse todas las leyes que emanan de esos Cuerpos. Uno, sumamente numeroso, formado por las leyes y disposiciones que tienen por objeto facilitar el desarrollo de todos los veneros de riqueza, de todas las fuentes de producción, no para beneficio del país en general, sino para el enriquecimiento del bando capitalista. Si por efecto de dichas leyes resulta un progreso, un bienestar para la nación, no es porque haya habido ese propósito al dictar aquéllas, sino porque se ha producido sin pensar en tal fin.

El segundo grupo es más reducido, y las leyes que lo componen están en perfecta armonía con las del anterior, pues si aquéllas benefician a la clase parásita, éstas tienden a dominar, a someter, a esclavizar hasta el último extremo a los individuos de la clase productora.

Se votan, pues, en el Parlamento, de una parte, prsupuestos, empréstitos, concesiones, tratados de comercio, indemnizaciones, viudedades, etcétera, etc., todo ello favorable a la burguesía; y

de otra, leyes de orden público, códigos, aumentos en la fuerza armada y otras por el estilo, que tienden exclusivamente a atar de pies y manos a la clase trabajadora.

Lo que no se vota en el Parlamento, como no sea por la presión que ejerzan sobre él los obreros organizados, son leyes que reduzcan la jornada de trabajo, que determinen un *mínimum* de salario, que impongan una baja en los alquileres de las habitaciones, que hagan efectiva la responsabilidad de los patronos en los accidentes ocurridos en las fábricas y talleres, que impidan la escandalosa e irritante explotación que se ejerce con los niños y las mujeres, a quienes por dos y tres reales se hace trabajar diez, doce y catorce horas al día; que faciliten recursos a los obreros que padecen hambre por carecer de trabajo a consecuencia de lo mucho que se ha explotado antes su fuerza, y tantas y tantas otras medidas como los infortunios de la clase necesitada exigen.

Y no hay que temer, no, que las resoluciones del Parlamento dejen de cumplirse, sobre todo en lo que tienen de esenciales, y que el Poder ejecutivo o Gobierno vaya a adoptar acuerdos contrarios a aquéllas. Si el Parlamento es el timonel de la nave burguesa, y siempre está alerta para evitarla todo choque y peligro, el Gobierno, aunque pueda parecer otra cosa juzgando equivocadamente ciertos hechos, es el servidor del

Parlamento, su delegado, y, por lo tanto, si no quieren ser depuestos los individuos que le forman, si no quieren perder sus elevadas posiciones, han de cumplir lo que aquél les mande.

Y no es sólo ya que los legisladores sean en su mayoría burgueses y los principales ejecutores de ellas también, sino que las distintas fuerzas que sirven de sostén a los privilegios patronales tienen a su frente burgueses o hijos de burgueses.

Véase el Ejército, y salvo algunas excepciones, el Estado Mayor; los directores de esa fuerza pertenecen a la clase dominante.

Obsérvese la Magistratura, y se comprobará lo mismo.

Echese una mirada a los demás soportes del régimen patronal, y a la cabeza de todos veremos elementos de esa clase.

Así es que, lo mismo el Parlamento, que hace las leyes; que su representante el Gobierno, que da las disposiciones para que se cumplan; que los encargados por éste de ponerlas en práctica, todos, absolutamente todos, son burgueses.

El Poder político, pues, de que éstos disponen se mueve siempre en pro de los privilegios de su clase, y en contra, por consiguiente, de los intereses de la clase trabajadora.

Por eso es condición precisa para que los proletarios puedan llegar a la realización de sus de-

seos, a su emancipación económica, que se apoderen de dicho Poder, arrebatándoselo a la clase que hoy lo tiene en sus manos.

V

Es evidente que una sociedad donde los elementos productores, los que crean cuanto es necesario a la vida y al desarrollo de la especie humana, carecen de todo, sufren mil tormentos y están completamente subyugados, mientras los holgazanes, los parásitos, los que no aportan al acervo común casi ningún esfuerzo útil, nadan en la abundancia, gozan de todo y tienen reducidos a horrible cautiverio a los que todo lo producen, es evidente, decimos, que una sociedad donde esto pasa está condenada por la justicia.

Los mismos verdugos o, lo que es igual, los burgueses, convienen en este punto con las víctimas.

A su vez, la razón condena también y rechaza un sistema social como el presente, en que a mayor abundancia de productos, a una considerable riqueza, corresponden mayor suma de privaciones y un grado extraordinario de aflicción y de miseria.

Raya en lo absurdo ver a una porción de seres andar desnudos, carecer de albergue y morir de hambre, cuando hay casas inhabitadas, ropas y

calzado que deteriora el tiempo, no el uso; géneros alimenticios de todas clases que se pudren y pierden por no haber sido entregados al consumo en el momento necesario.

Protesta además la razón contra un medio social que, según se desarrolla y llega a sus últimos límites, hace del ser inteligente, útil y moral, un esclavo, y convierte en señor, casi en dios, al que está desprovisto de aquellas cualidades y se halla dominado solamente por el afán de enriquecerse, no mediante su capacidad y su esfuerzo, sino a costa de la actividad y el conocimiento ajenos.

La justicia y la razón exigen, pues, que un estado tal de cosas desaparezca; pero ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para hacerle desaparecer. Los estados sociales anteriores eran injustos también y vivieron durante mucho tiempo, y cuando cayeron no fué precisamente al sople de la justicia.

Aunque no en tanto grado como la actual, las sociedades pasadas pugnaban igualmente con la razón, y, sin embargo, ésta por sí sola no pudo dar en tierra con ellas. Y si separadamente ni la justicia ni la razón pudieron derrocar instituciones y sistemas que se oponían a su dominio, tampoco lo alcanzaron hermanadas, si bien fué provechoso su concurso.

Lo que ha demolido, lo que siempre ha deshecho y sepultado los organismos sociales caducos, facilitando la aparición y el desarrollo de otros

organismos, ha sido la necesidad, esa poderosa fuerza que no conoce dique alguno capaz de contenerla.

Ella fué la que redujo a la nada la esclavitud; ella la que puso término a la servidumbre; ella es la que hoy ordena, la que exige imperiosamente que el salariado, última forma de la sumisión de unos seres a otros, deje de existir, desaparezca.

Toda clase social necesita, en primer término, para dominar a otra o a otras clases, garantizarlas, por lo menos, su subsistencia material en cierto grado; cuando esto no le es posible, su caída es inevitable. Y en esta situación se encuentra actualmente la burguesía.

Mientras su desarrollo fué lento; mientras no pasó de ciertos límites, su vida no sólo no ha corrido peligro alguno, sino que se ha deslizado tranquilamente; pero en cuanto adquirió algún vuelo, inmediatamente que la mecánica y el vapor fueron utilizados por ella, su fuerza y su poder crecieron, es verdad, mas al propio tiempo engendraron el mal que ha de devorarla. El proletariado, que hasta entonces puede decirse que no era conocido, empezó a dar señales de existencia con algunas huelgas, especie de chispazos que parecían anunciar la tremenda lucha económica que existe en nuestros días, la cual, revistiendo caracteres políticos y tomando las colosales proporciones de un verdadero conflicto

social, de una conflagración terrible entre las dos clases existentes, tiene preocupado en estos momentos al bando capitalista.

Obligado éste a crear valores, no en vista de las necesidades que tiene la sociedad actual, sino con el fin de hacer productivos sus capitales, de aumentarlos más cada vez, acomete todo género de empresas, toma parte en cuantos negocios se le presentan y da toda la expansión que puede a los medios de producción de que dispone. Esta fiebre de explotación, esta descompasada manera de crear mercancías, hace que la cantidad de éstas traspase con mucho el número de las que pueden ser consumidas y origine las crisis económicas. Con estas crisis la clase capitalista sufre un quebranto en sus fuerzas—la desaparición de sus filas de los burgueses arruinados—y deja sin medios de vida a una gran parte de la clase trabajadora.

Sucédense los períodos de trabajo y sucédense las crisis, y la burguesía, aunque ciertamente aprovecha para sus fines la parada de miles de obreros, siéntese desangrar por los elementos que pierde en cada paralización comercial o industrial, y vése amedrentada por la actitud imponente y amenazadora que adopta el proletariado, impulsado a una por el hambre que le atormenta y por la mayor claridad con que aparecen a su vista las causas que originan su triste y miserable estado.

La crisis actual, cuyo término no se columbra, parece indicar que la paralización del trabajo, mejor dicho, la falta de ocupación de millares de obreros, va a dejar de ser un fenómeno transitorio, aunque durable, para convertirse en hecho constante, en mal perpetuo.

Y en cuanto eso acontezca, el estado de la burguesía será sumamente crítico, pues al paso que sufrirá rápidos desprendimientos de una parte de los suyos, convertidos en proletarios, pocos menos que de la noche a la mañana, la clase trabajadora, que aumentará sus fuerzas con las disgregaciones de su enemigo, no podrá permanecer quieta, sufriendo resignada o muriendo, las terribles consecuencias que forzosamente se derivarán de un estado tan grave y anómalo.

Los sucesos de Decazeville, Londres, Bélgica y otros muchos que han ocurrido después de aquéllos, ¿qué son más que signos precursores de la necesidad que existe de concluir con los antagonismos sociales y, por lo tanto, con la sociedad que los mantiene?

No dudamos de que la burguesía, ansiosa de prolongar su existencia como clase, transigirá en parte con los proletarios y sacrificará a favor de éstos algunos privilegios; pero semejante transigencia no la salvará. Impotente para atender en la medida precisa las necesidades de la clase sometida, de la clase trabajadora; sin poder conju-

rar el conflicto económico que lleva en sus entrañas el régimen burgués, cual es el realizar una producción social y una apropiación individual; debilitada constantemente, ya por disminuir su fuerza numérica, ya por descender su nivel intelectual; teniendo enfrente de sí a la clase productora, lo mismo al obrero de la Universidad que al del taller; al que se emplea en el trabajo más fino y delicado que al que desempeña las más rudas faenas, la clase capitalista no podrá detener, con sus forzadas concesiones, a los asalariados, quienes, hartos de sufrir y padecer, y ávidos de librarse de la esclavitud que por tanto tiempo les ha oprimido, darán el golpe de muerte a la burguesía, destruyendo el estado social por ella creado.

Esto, como se afirma en nuestro Programa, a más de ser justo y razonable, es, sobre todo, necesario.

VI

El Socialismo moderno, representado principalmente por los Partidos Obreros de todos los países, afirma que la desaparición de la desigualdad y el antagonismo entre la clase burguesa y la clase productora sólo puede conseguirse por la transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en

propiedad común (1) de la sociedad entera.

Aunque todos de origen burgués, preséntanse otros medios para poner fin al antagonismo social: la instrucción, el fomento del trabajo, la división de la propiedad, la cooperación y la co-participación.

Ninguno de estos medios puede resistir el más ligero análisis.

Creer que la instrucción, dando al obrero mayor conocimiento del que hoy tiene, puede librarle por sí sola de la miseria, es la mayor de las ilusiones. Aparte de que una sociedad que priva a la masa productora de los recursos suficientes para satisfacer sus necesidades materiales está imposibilitada de dar un buen alimento intelectual, una instrucción completa, aunque ocurriera tan sorprendente y extraordinario caso, no por eso los asalariados dejarían de vivir en la miseria y de estar supeditados a los capitalistas. Hoy mismo lo vemos: hombres de superior inteligencia, poseedores de un vasto caudal de conocimientos, se hallan retribuídos mezquina-

(1) Para nosotros, Socialismo, Colectivismo, Socialismo colectivista y Comunismo significa siempre la misma cosa, esto es, un régimen económico que tenga por base la propiedad social, común o colectiva, y que niegue su apropiación, individual o corporativa.

Si los afiliados al Partido se llaman comunistas no es porque aspiren a plantear el comunismo predicado por Cabet, Fourier y los antiguos comunistas, sino por ser partidarios de un sistema social en que los medios de producción pertenezcan a todos y estén a disposición de los que deban usufructuarlos. (*Nota de Iglesias.*)

mente y sometidos por completo a la voluntad de los que compran sus servicios. Los que mandan, los que imperan en la sociedad burguesa, no son los que más saben, sino los que más tienen; no los que han frecuentado las Universidades y Ateneos, sino los que generalmente no han pasado por ellos nunca. Los directores del organismo burgués se llaman Rotschild, Westminster, Vanderbilt y Guld, de los cuales son servidores, nada más que servidores, mejor o peor retribuidos, los políticos, los literatos, los abogados, etc.

Los que sostienen que los conflictos económicos y la miseria cederán ante una producción libre de trabas y con mercados dispuestos a recibirla, se engañan por completo o propagan a sabiendas una falsedad. Si los pueblos donde impera el atraso industrial sufren hambre y miseria, hambre y miseria en mayor grado padecen también aquellos otros pueblos en que el fomento de la industria ha llegado a su mayor auge. Claramente lo prueba la emigración. España, Portugal e Italia, que van en desarrollo industrial a la cola de los demás países, no dan a la emigración un contingente tan crecido como Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más industriales de Europa.

Si yerran Gabriel Rodríguez, Moret, Pedregal y otros "eminentes" economistas de España al asegurar que cuantas menos trabas tenga el comercio y más libertad haya para producir, la si-

tuación del obrero tiende a mejorar, no cometen menor dislate los que defienden como solución salvadora para la clase que trabaja la división de la propiedad y la concesión de ella en pequeñas porciones. Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es concentrar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar su fuerza y su poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos o produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos, querer dar la tierra en pequeños lotes, no sólo es ir contra el progreso económico, sino exponer a un terrible desengaño a los trabajadores que de ese modo se hicieran propietarios.

La cooperación predicada por los burgueses, donde sólo se tiene en cuenta el interés individual, ni puede llegar a transformar las condiciones sociales, obra que exige que el proletariado sea dueño del Poder político, ni siquiera es un arma para que los trabajadores puedan mejorar su suerte.

La cooperación de consumo, teniendo por fin, no el beneficio de unos cuantos, sino el del mayor número de individuos, es favorable a los intereses de los trabajadores, aunque nunca por sí sola pueda producir la emancipación del proletariado. La cooperación de producción, única-



mente posible cuando el desarrollo de la de consumo sea grande, jamás podrá tampoco ser instrumento para que el productor se redima, sino medio no más de mejoramiento, siempre que se desenvuelva con tino. Dar a la cooperación mayor alcance, es desconocer la importancia de la prepotencia económica de la clase patronal.

La coparticipación, con la que tan encariñados están los filántropos burgueses, es un verdadero "tímo"—dispénsesenos la palabra—. Este sistema, adoptado solamente por los industriales que no pueden vigilar a sus obreros ni ver el uso que éstos hacen de los materiales que emplean, es primo hermano del trabajo hecho a destajo, y como éste sólo favorece al patrono, el cual, dando al obrero una mezquina participación en los beneficios que él obtiene, hace que trabaje, movido por tan miserable incentivo, una tercera parte o una mitad más que lo haría si sólo percibiera un salario.

Los trabajadores que caen en el lazo de la coparticipación, en vez de alcanzar un estado mejor, como se les promete, lo que en realidad hacen es abreviar su existencia, merced a un excesivo trabajo.

Vese, pues, por el ligero examen que acabamos de hacer, que todos los medios expuestos carecen de virtud para librar a la clase trabajadora de la dura explotación que sobre ella pesa.

¿Y cómo no, si todos ellos dejan en pie la causa eficiente del dominio burgués?

Para que cese la explotación del hombre por el hombre; para que el antagonismo y la desigualdad sociales se truequen en armonía y paz entre todos los seres humanos, es preciso, de todo punto preciso, que los medios de producción dejen de ser propiedad individual, propiedad de una clase, para convertirse en propiedad de todos, en propiedad social.

Sólo de este modo la omnipotencia de la burguesía quedará aniquilada; sólo así podrá extinguirse para siempre la esclavitud impuesta por los menos a los más.

Los trabajadores no deben olvidar nunca que su acción revolucionaria tiene por fin supremo arrebatarse a la clase capitalista, con los instrumentos de trabajo, su propia existencia.

VII

Así como para que un hombre no sea esclavo de otro es de todo punto necesario transformar los medios de producción en propiedad común, en propiedad de todos, al revés precisamente de lo que acontece hoy, que son propiedad de algunos individuos o colectividades, así también para efectuar esa transformación, para obligar a la clase capitalista a que devuelva a la sociedad los instrumentos de trabajo que detenta, es impres-

cindible que la clase trabajadora, que todos los proletarios perfectamente organizados y dispuestos a librarse del yugo que por tanto y tanto tiempo han venido sufriendo, se apoderen del Poder político; esto es, lo arranquen de las manos de la burguesía y se hagan dueños de él.

Podrá la evolución económica, el desarrollo del sistema burgués, quitar de delante grandes obstáculos y no pocos inconvenientes que para verificar la transformación por nosotros apetecida existen todavía; pero por mucho que se simplifique el problema, por bien dispuestos que estén los elementos que han de sustituir a la organización llamada a desaparecer; por concentrados que se hallen los medios de producción y reducido el número de sus poseedores; aunque una parte de la clase privilegiada, viendo próximo el fin de ésta y reconociendo la justicia de las aspiraciones obreras, se pase al bando proletario, no podemos prescindir, si queremos ser libres e iguales de veras, de apoderarnos del Poder político.

La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá, y sólo obligada por ella restituirá a los despojados lo que a éstos pertenece por todos conceptos.

Es cierto que aspiramos a llevar representantes de nuestras ideas al Municipio, a la Diputación y al Parlamento; pero jamás hemos creído ni creemos que desde allí pueda destruirse el orden burgués y establecerse el orden social que nosotros defendemos. ¿Cómo habíamos de caer en tal error, si precisamente el parlamentarismo es la institución por la cual la burguesía ha asegurado mejor su poderío y obtiene de los gobernantes lo que más conviene a sus intereses?

No; no incurriremos en la candidez de creer que nuestras ideas puedan tener mayoría en los Parlamentos, en las Diputaciones ni en los Municipios; por el contrario, entendemos que será relativamente fácil hacer franquear las puertas de esos baluartes burgueses a algunos representantes de nuestras ideas; y al conseguirlo, no esperamos de sus esfuerzos ni de sus trabajos que hagan cambiar el rumbo de la nave burguesa, es decir, paralizar la explotación que ésta ejerce sobre la clase obrera. Si nosotros queremos que vayan a aquellos sitios diputados o concejales socialistas, es porque allí, merced a sus proposiciones o a sus proyectos de ley, además de poder arrancar alguna mejora para los trabajadores, harán que se manifieste el antagonismo de clase; que los Gobiernos burgueses se revelen tal cual son, guardadores y nada más que guardadores de los intereses capitalistas; que los distintos partidos de la burguesía, monárquicos y republicanos,

no obstante sus diferencias políticas, se muestran unidos en contra de las reclamaciones obreras; que se vea, en fin, que mientras se hacen en tres días o una semana leyes provechosas a los intereses de la clase expoliadora, no se elabora ninguna o se elabora de mala gana e incompleta, al cabo de muchos años, alguna favorable a los proletarios. Queremos, sobre todo, enviar representantes socialistas al Parlamento, las Diputaciones y el Municipio para que se valgan de esas tribunas y agiten desde ellas, convirtiéndolas en foco de propaganda de nuestra doctrina, a la inmensa masa desheredada, con lo cual, si no conseguimos que el Parlamento burgués, obrando contra sus intereses, acepte nuestras ideas, lograremos que la clase trabajadora adquiera conciencia de sus intereses.

Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento o a los Cuerpos administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común; lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente a la formación del ejército revolucionario.

Y formado que sea ese ejército; preparadas que se hallen las huestes obreras, cualquier conflicto de los que necesariamente ha de producir el orden burgués, una guerra, una crisis económica, puede ponernos en el caso de intentar la con-

quista del Poder político, conquista que, según se desprende de lo que decimos al principio de estas líneas, sólo podrá alcanzarse revolucionariamente, y nada más que revolucionariamente.

Por tanto, el Partido Socialista Obrero no ha entendido ni entiende que el ir al Parlamento sea para conquistar el Poder político, ni que esta conquista pueda ser pacífica.

Dicho queda, pues, por qué queremos acudir al referido Cuerpo, y expresada también de qué manera pensamos hacernos dueños del Poder político, del Gobierno.

En manos éste de la clase trabajadora, la imposibilidad en que la misma se encontraba antes de concluir con el dominio burgués desaparece, pues inmediatamente que aquel Poder esté a su disposición, puede expropiar de los grandes medios de producción a la clase parásita, quedando por este solo hecho la burguesía aniquilada y convertidos sus individuos en simples productores, que, como los demás, tendrán a su disposición los instrumentos de trabajo con que poder cumplir el deber social de contribuir a la producción para tener derecho a satisfacer todas sus necesidades.

El Poder político es, pues, para el proletariado, como establece nuestro Programa, la poderosa palanca con que ha de destruir los obstáculos que se oponen a la transformación de la propiedad en el sentido que reclama el Partido Socialista Obrero.

VIII

Dados a conocer los hechos y razones que sirven de fundamento a la aspiración del Partido Socialista Obrero, la parte principal de nuestro trabajo está ya terminada, faltando solamente para concluirle del todo decir algo acerca de los medios inmediatos que piensa poner en juego el Partido Socialista, a fin de conseguir el triunfo de sus ideas.

Eso es lo que vamos a hacer en el presente capítulo.

Ya lo hemos dicho en otra parte y volveremos a repetirlo aquí: sólo cuando la clase trabajadora se haya apoderado del Poder político, quitándole de manos de la burguesía, podrá dicha clase aniquilar a la patronal y realizar su emancipación. Pero para que los proletarios puedan conquistar el Poder político deberán adquirir imprescindiblemente una educación revolucionaria y una fuerza que hoy no tienen.

¿Y cómo alcanzar ambas cosas? ¿Cómo conseguir que los trabajadores descubran perfectamente el antagonismo social y se preparen y organicen para eliminarle? De ningún modo mejor que asociándose, que reuniéndose, que manifestándose, que divulgando las ideas producidas por los hechos económicos, y que entrando en combate con todo lo que, de un modo o de otro, pretenda

sostener o dar largas a las instituciones burguesas.

Y si esto es preciso, lo es también sacar de su postración a las numerosas víctimas de la rapacidad patronal, vigorizarlas y hacer que presten atención a lo que sus intereses exigen.

Para obtener lo primero es necesario que las libertades políticas subsistan; para conseguir lo segundo, precísase recabar cierto número de reformas.

A esto responde la inclusión en el Programa de nuestro Partido de dos clases de medidas, unas de orden político y otras de carácter económico.

No se entienda por eso que nosotros acariciamos el pensamiento de que las libertades políticas van a practicarse en toda su extensión, y de que las reformas económicas se alcanzarán inmediatamente. En manera alguna.

Las libertades políticas, que tanto alaban y ponen en las nubes los órganos de los partidos avanzados burgueses, no serán jamás una verdad para el obrero en el sistema capitalista. Mermaid siempre, lo serán más todavía cuando los obreros, valiéndose de ellas, adquieran cohesión y unidad y logren poner en aprieto los intereses de sus señores. Pero aun de este modo, aun restringidas por los que tienen poder bastante para burlar la ley, nosotros reclamamos las libertades y los derechos individuales, porque sabemos que mediante ellos hemos de movernos más desemba-

razadamente que hoy y trabajar con mayor resultado por el progreso de las ideas socialistas.

El mismo sufragio, ese sufragio universal de que hipócritamente piensa valerse la burguesía para dar un barniz de legitimidad a su poder, será en nuestras manos un arma revolucionaria el día que se establezca. Con él no intentaremos, cual malévola o equivocadamente suponen algunos, llevar mayoría obrera al Parlamento y a los Municipios, llegando así a la posesión del Poder político; pero sí podremos hacer que el antagonismo de clases se ahonde y extienda; que el divorcio entre los partidos burgueses y la clase asalariada sea completo, y que la propaganda socialista tome asombroso y rápido vuelo.

Cuanto a las reformas, no ignoramos que la burguesía se resistirá a concederlas, y que cuando las alcancemos procurará burlarlas; pero su misma conducta servirá para que los proletarios trabajen con más empeño en obtenerlas, y obtenidas que sean, se muestren activos y celosos en exigir su cumplimiento.

No han faltado periodistas burgueses ni—lo que es más raro—algunos trabajadores que, tomando por ideal de nuestro Partido los medios a que acabamos de referirnos, han afirmado que nada nuevo venía aquél a defender, llegando los primeros a decir que, si ése era el Programa del Partido Obrero, se hallaban conformes con él.

La ligereza con que leen y escriben los perio-

distas burgueses sólo puede explicar tamaño desatino.

Lo que da vida y caracteriza a nuestro Partido no es su propósito de alcanzar las libertades políticas y una serie de reformas de mayor o menor importancia, sino la aspiración que le sirve de bandera, y que le distingue y separa por completo de todos los partidos burgueses, retrógrados y avanzados.

Con él no pueden confundirse ni mezclarse los que no reconozcan el antagonismo social, la lucha de clases, y reconociendo éstos, no se pongan inmediatamente al servicio de la causa proletaria, proclamando estos tres puntos:

1.º Posesión del Poder político por la clase trabajadora.

2.º Transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación.

3.º Constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno u otro sexo.

O sea la completa emancipación de la clase trabajadora.

No hay, no puede haber, por avanzado que sea, ningún partido burgués cuyas doctrinas coincidan o se aproximen siquiera a las sostenidas en los puntos anteriores.

Y al mismo tiempo que afirmamos esto, asegu-

ramos que aun lo que nosotros estimamos como medios y algunos partidos burgueses avanzados como parte de su ideal, esto es, las libertades políticas y las reformas económicas y administrativas beneficiosas a la clase obrera, no será jamás defendido por los citados partidos como lo será por el Socialista Obrero.

¿Quién necesita más los derechos de reunión, asociación, manifestación, etc., etc.? Los trabajadores. Luego nadie puede desear más que ellos la práctica de esos derechos.

¿Quién necesita, a quién le urge de veras la higiene en los talleres, la reducción de la jornada de trabajo, la responsabilidad de los accidentes en el mismo, etc.? Indudablemente a los obreros. Pues entonces, ¿cómo han de defender dichas medidas con más calor que nosotros los directores de los partidos avanzados, que no sufren nuestras penalidades ni padecen nuestras desdichas?

Esos partidos sostienen las libertades políticas, no por favorecer a la clase obrera, sino por llevarse de ella las fuerzas que necesitan para pelear con sus adversarios y ocupar el Poder. Así se ha visto que cuando le han ocupado, esas libertades han sido mutiladas.

Las medidas favorables a la clase trabajadora que en su programa han consignado dichos partidos, más están allí para alucinar a los sencillos obreros que para llevarlas a la realidad. Eso re-

sulta de la actitud del partido federal, que no obstante haber tomado en su Asamblea de Zaragoza varias resoluciones favorables a la clase obrera, no ha hecho después, como parecía lógico, campaña chica ni grande para trocarlas en leyes.

En vano se esperará que los partidos burgueses tomen algún interés por los asuntos de la clase trabajadora. Si la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, también debe ser obra suya obtener las mejoras que les sea posible del actual orden de cosas y los derechos que convengan a sus intereses y a su situación.

Así lo ha entendido el Partido Socialista Obrero, y así lo tiene consignado en su Programa.

Marzo-mayo de 1886.

NOTA.—Dado que esta serie de artículos lleva fecha del año 1886, quizá el lector haya advertido algún anacronismo en el texto. Por ejemplo, en la página 70, al referirse a la Revolución francesa, la sitúa en el siglo *antepasado*; en las primeras líneas de la 88 se cita como ejemplo de países donde existe el sufragio universal y donde los obreros no pueden votar candidatos propios "*el nuestro, Francia, Suiza...*", etc., cuando en nuestro país no existía aún ese sufragio ni el proletariado español pudo utilizarlo para apoyar una candidatura de su clase hasta febrero de 1891. Obedece esto a que los artículos reproducidos fueron revisados y corregidos por Iglesias en 1910 para que se publicasen en forma de folleto, que editó el semanario *Vida Socialista*, de Madrid. Este texto, revisado y corregido por su autor, es el que hemos elegido, y es el mismo que se utilizó en el libro *Propaganda socialista*, que citamos en la nota preliminar.—J. A. M.

IMPOTENCIA BURGUESA

Más que por inteligencia por instinto, la clase parásita ve en el Socialismo un poderoso enemigo, que se prepara a destruirla de un momento a otro, y en natural y lógica defensa, lanza contra él todos sus tiros y opone a su marcha cuantos impedimentos le es posible. De una parte, llama a los sabios que tiene a sueldo para que le condenen en nombre de la ciencia, y de otra, pone en juego todos los medios materiales con que cuenta para perseguir a sus prosélitos ahora y resistir más tarde cuanto pueda las formidables huestes que aquél alista en su campo.

Al emplear esta doble táctica la burguesía, revela que no tiene gran fe en la primera y que sólo confía en el poder momentáneo de la segunda. Y no se equivoca al pensar así.

Inventen lo que quieran sus economistas, ¿pueden hacer creer hoy lo que sostenían en otros tiempos, esto es, que las leyes de la producción burguesa son leyes naturales, y por lo demás eternas? ¿Pueden convencer a nadie, después de

lo que la cooperación ha demostrado, que el industrial, en su carácter de acaparador de beneficios arrancados al trabajo ajeno, es necesario a la producción? ¿Sostendrán seriamente que el capital, formado con una parte de trabajo que no se ha pagado ni se paga al obrero, es consecuencia de la laboriosidad del que lo posee? ¿Afirmarán, como antes, que los productos aumentan en proporción aritmética mientras la población crece en proporción geométrica, o lo que es lo mismo, que la población aumenta en cantidad mayor que los productos? Hoy, cuando los instrumentos mecánicos se han generalizado tanto y han sometido a la tortura, a la desesperación y a la miseria a millares de seres, ¿se atreverán a sostener que las máquinas benefician al obrero disminuyendo el tiempo de su trabajo? En estos momentos, en que la fuerza expansiva de la producción, llegando a un límite extraordinario, ha engendrado un malestar profundo, ¿osarán afirmar que el desarrollo industrial mejora las condiciones materiales del obrero? Ahora, que el establecimiento de toda industria exige un fuerte capital, ¿llevarán su atrevimiento hasta decir que el trabajador, mediante el ahorro, puede convertirse en patrono? En una palabra, ¿son capaces en la actualidad los economistas burgueses de sostener con algún viso de fundamento los errores económicos que defendían hace veinte años, cuando el relativo atraso industrial en que

vivíamos y la poca atención que se prestaba a las cuestiones que hoy preocupan a todos, los hacía pasar por razonadas afirmaciones o verdades positivas? De ningún modo; y caso de que haya todavía quien pretenda hacer pasar dichos errores por verdades, más lo realiza en virtud de un sueldo que le dan que como producto de sus sentimientos y convicciones.

El Socialismo científico, estudiando y analizando con gran esmero la economía política burguesa, ha reducido a la nada, demostrando su falta de razón, todos aquellos principios, todos aquellos puntos que venían a presentar a la clase dominante como dueña y directora eterna de la sociedad, y a la clase proletaria como masa condenada a trabajar siempre para que otros gozaran.

Desde el momento que el Socialismo ha alcanzado esta conquista; desde el momento que a la clase esclavizada ha llegado la luz de la razón y se la ha hecho comprender, fundándose en datos científicos, que la miseria no es eterna, que sus opresores de hoy fueron oprimidos ayer, que si el productor es siempre necesario, el que no lo es o no reporta ninguna utilidad social está llamado a desaparecer; desde el momento en que todas estas ideas, mejor o peor comprendidas, se han apoderado de los proletarios, la burguesía ha muerto moralmente. Quédale, es verdad, la fuerza material; pero, ¿de qué le servirá en el

instante que la inmensa clase trabajadora, organizando todas sus huestes, disciplinándolas y preparándolas para contrarrestar dicha fuerza, dé una formal acometida? No; la vida de la burguesía ha escapado a todo peligro en tanto que los proletarios han creído que su misión en la sociedad no era otra que trabajar y vivir sometidos a los que les daban el pan, a los que valían más que ellos; pero desde el instante que se han hecho cargo de que los que dan el pan y todos los demás medios necesarios para la vida son ellos, y que sus superiores no lo son en virtud de su utilidad ni de su inteligencia, sino por gozar de un privilegio social que puede hacerse desaparecer, la cosa ha cambiado de aspecto y la burguesía, no obstante su bien montada máquina de dominio, es decir, a pesar de tener en sus manos el Poder político, puede considerarse herida de muerte.

Es más; lo que le resta de vida ha de marchar, no cual fuera su deseo, sino influída por el Socialismo. No siempre que quiera podrá dictar una ley en favor de los suyos, porque tal hecho, a más de acrecentar las fuerzas revolucionarias, podría irritarlas y poner en peligro la sociedad burguesa. Las leyes restrictivas que elabore para detener la organización del proletariado tampoco llegarán al límite que ella estime, pues si tal hiciera, el huracán revolucionario podría desencadenarse, y si no barrer, con-

mover hondamente al menos al régimen capitalista. La guerra, por atender a los intereses del capitalismo de cada país, deberá evitarla a todo trance, pues el Socialismo se opondría a ella, y de no conseguirlo, intentaría trocarla en guerra de clases y arrojar del Poder político a los representantes del privilegio. Cuanto a las leyes políticas, administrativas y económicas que necesita la clase trabajadora para desenvolver su organización, activar su alistamiento y atenuar los terribles efectos de las crisis económicas y demás calamidades que sobre ella arroja la actual organización social, la clase burguesa, aunque contra su voluntad, se verá obligada a concederlas, porque negarse a ello equivaldría a provocar furiosa tempestad, que pudiera poner fin al imperio capitalista.

Nada, pues, puede salvar a la burguesía de su completa ruina. Moralmente, ha muerto ya; materialmente, morirá dentro de poco. Sus esfuerzos todos por contener la avalancha socialista, que amenaza aplastarla, son vanos, impotentes para atajar el movimiento de organización del proletariado; tócale sólo ceder, hasta que, llegado el momento decisivo de perder sus privilegios, riña en defensa de ellos, como las clases que han sucumbido antes, la última batalla.

15 de octubre de 1886.

DOS ERRORES

Los escritores y periodistas burgueses, unas veces por malicia y otras por ignorancia, atribuyen con frecuencia a nuestro partido dos cosas que son completamente falsas: una, la de no considerar como obreros más que a los trabajadores manuales, que precisan con su solo esfuerzo llevar a cabo la abolición de clases; otra, la de que aspiramos a un reparto general de bienes o de propiedades.

Por más que ni del Programa de nuestro partido, ni de cuanto llevamos escrito en nuestro semanario ni propagado oralmente puede deducirse nada que se ajuste ni aproxime a semejante criterio; antes bien, hállese éste en abierta oposición con todo lo que hemos defendido; no consideramos ocioso, para que nadie pueda ser engañado por la Prensa burguesa, dedicar algunas líneas a patentizar cuán absurdo es atribuir a los socialistas aquellos dos propósitos.

En el Partido Socialista Obrero tienen entrada todos los individuos que, hallándose confor-

mes con los principios establecidos en su Programa, quieran trabajar por su difusión y triunfo, y no realicen acto alguno que esté en pugna con ellos. Esto da a entender, desde luego, que caben en él, no sólo los obreros de todas clases y oficios, sino hasta aquellas personas que, no siéndolo, encuentren acertadas y buenas nuestras doctrinas. ¿Dónde está aquí la intención de nuestro Partido de vencer y destruir a la clase burguesa con la sola fuerza de los obreros manuales? ¿De dónde resulta el exclusivismo de que a menudo se nos acusa?

Respecto a que no consideramos como obreros más que a los que manejan la azada, la sierra, la llana, el componedor, el martillo, etc., desmíentelo en primer lugar el hecho de admitir a nuestro lado como tales a los que se dedican a las carreras científicas y literarias. Después, ¿en cuántas ocasiones no hemos expuesto que todo el que desempeña una función útil a la sociedad es por nosotros considerado como obrero? ¿Cuántas veces no hemos dicho que si el obrero del taller y de la fábrica está sometido al poder capitalista, a ese mismo poder está sometido también el obrero de la oficina y de la Universidad? Por otra parte, nuestros llamamientos constantes para que vengan a las filas socialistas a pelear por la causa del trabajo, que es la suya, ¿no dicen bien claro que tenemos de

ellos concepto opuesto al que nos suponen nuestros adversarios?

Cuando nosotros hablamos de obreros explotados nos dirigimos a todos, lo mismo a los del taller, de la fábrica y de la mina, que a los de la cátedra; cuando atacamos a los explotadores; cuando decimos que viven del trabajo ajeno, no nos referimos solamente a los que despojan del fruto de su esfuerzo al albañil, al carpintero, al cerrajero, etc., etc., sino a los que hacen lo mismo con el literato, el físico, el químico, el ingeniero y demás obreros cuyo trabajo es más cerebral que muscular. Claro está que nos cuidamos con preferencia de la masa obrera más explotada, que más sufre y que se halla en mejores condiciones para organizarse y luchar con sus verdugos; pero de esto no puede deducirse jamás que nosotros rechacemos de nuestro lado, ni mucho menos neguemos el carácter de obreros a esos otros trabajadores que, por cobrar salarios más crecidos, brindarles la burguesía con elevados puestos o por otras diversas causas, no ocupan aún en la lucha de clases el puesto que les corresponde.

Además, ¿cómo hemos de rechazar nosotros a tales trabajadores, cuando sabemos que los fundadores de la Internacional, esa fuente de donde dimanaban todos los Partidos Socialistas, fué creada por dos inteligencias superiores que no han salido del taller? ¿Cómo hemos de rechazar

a los hombres que se consagran a trabajos intelectuales, cuando ellos, en unión de algunos trabajadores manuales, han sido los que han fundado en casi todos los países el Partido Socialista Obrero? Y no puede ser de otra manera. Todos aquellos que desapasionadamente examinen el desarrollo de la producción y la concentración del capital que consigo lleva, no pueden menos de poner su inteligencia al servicio de la revolución, y, por lo tanto, alistarse en el único Partido que aspira a que ese desarrollo de la producción venga a ser útil a toda la humanidad.

Es, pues, inexacto de todo punto que no puedan ingresar en nuestras filas aquellos obreros no manuales que, conformes con nuestras ideas, quieran prestar su concurso a la causa de la revolución social, peleando con la fuerza que sus conocimientos les proporcionan por una organización en que no haya explotados ni explotadores.

Sostienen algunos burgueses que a lo que aspiramos los socialistas es al reparto de los bienes o propiedades, con la sana intención de probar que en nuestros propósitos solamente nos guía el mezquino interés personal. En manera alguna los Partidos Socialistas Obreros aspiran a ese reparto. ¿Pueden decirnos en qué documentos, tanto de España como del extranjero, han defendido tal disparate? Nada pueden alegar en prueba de su aserto, que, después de todo, no

tiene otro móvil que el de presentar a los socialistas como hombres tan ruines, que sólo defienden esas ideas por la parte que en el botín pudiera corresponderles.

No; si nosotros profesamos las ideas del Socialismo revolucionario, es por el examen que hemos hecho del desarrollo constante de la producción; por la forma colectiva en que ésta hoy ya se realiza, y porque, después de todo, se impone por la necesidad y por la justicia.

Pero por si hay quien persista en afirmar que el Partido Socialista pretende ese reparto, copiamos varios párrafos del primer manifiesto dirigido por nuestro Partido a los trabajadores, los cuales no dejan lugar a duda alguna sobre la falsedad de la aseveración que rechazamos:

Dice así:

"Queremos la posesión del Poder político por la clase trabajadora, para realizar desde allí la transformación económica de la sociedad con los menos trastornos posibles.

"Queremos la transformación de la propiedad individual o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera, porque éste es el único medio de matar el monopolio individual o corporativo de esos instrumentos. Sólo la propiedad común de estos instrumentos, garantizando los derechos de la sociedad y los del individuo, podrán resolver la

cuestión social, y la honra y provecho de haberla resuelto corresponderán al proletariado.

"Queremos la organización de la propiedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras y la enseñanza integral, porque es la organización que corresponde a una sociedad de hombres libres e iguales. El Estado obrero no puede ser otra cosa que una delegación para la administración de los intereses sociales, sin facultades arbitrarias, responsable y revocable en todo tiempo y lugar. El trabajo debe organizarse de modo que, siendo los instrumentos propiedad común de la sociedad entera, sean usufructuados por las colectividades obreras que los hagan directamente producir; y esto, mediante un triple contrato que garantice a la sociedad el uso científico de dichos instrumentos y su renovación, impida el monopolio y garantice a cada trabajador el producto íntegro de su trabajo. La enseñanza debe ser integral para los individuos de uno y otro sexo en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, a fin de que desaparezcan las desigualdades intelectuales en su casi totalidad ficticias, y que los efectos destructores que la división del trabajo produce en la inteligencia de los obreros, no vuelvan a reproducirse.

"Queremos, en conclusión, como fin de nuestro ideal, la completa emancipación de la clase

trabajadora; desaparecerán las luchas intestinas que corroen las entrañas de la sociedad, pues no teniendo el individuo intereses opuestos a los intereses generales, todos perseguirán un mismo fin: el bienestar de la humanidad."

Resulta, pues, de lo expuesto que en las filas del Partido Socialista Obrero tienen entrada cuantos deseen la realización de los principios del Socialismo científico, ora sean obreros manuales, ora lo sean de los llamados de la inteligencia.

Que el Partido Socialista no aspira al reparto de los bienes, lo cual sería un retroceso, sino a que todos los instrumentos y demás factores que contribuyan a la producción sean propiedad social o colectiva, para de esta manera hacer más fácil la producción y fraternales las relaciones que deben existir entre todos los productores.

10 de diciembre de 1886.

CALLEJON SIN SALIDA

En balde se devanan los sesos los hombres que prestan sus servicios a la burguesía buscando el modo de resolver la crisis económica que hoy deja sentir sus tremendos efectos en todas partes. Por más que cavilan y estudian, no hallan manera de librar a la sociedad burguesa de ese fenómeno económico, que si bien hace sus principales estragos en las filas proletarias, no por eso deja de producir bajas en la clase explotadora y contribuir poderosamente a su descomposición y muerte.

El Imparcial, en un artículo publicado uno de estos días sobre dicho asunto, declara que "no hay más medio de hacer frente a las crisis comerciales que buscar constantemente nuevos mercados".

En efecto, así es. La burguesía, para contrarrestar las consecuencias de las crisis económicas, no ha contado nunca, ni cuenta al presente, con más medio que la apertura de nuevos centros comerciales. La política colonial que man-

tienen los Gobiernos de todos los países donde existe el sistema de producción capitalista no obedece a más mira que ésta. Pero, si por razón de que la potencia productiva aumenta en proporción mucho mayor que la extensión de los mercados, ese medio apenas ha podido disminuir las consecuencias de las crisis anteriores, ¿qué pasará hoy, que América, la India y China no están sometidas económicamente, como lo estaban antes, a Europa, y hacen la competencia a ésta en muchas industrias? ¿De qué servirá dar salida a algunos miles de toneladas de mercancías cuando la masa producida se eleva a millones y millones? De nada o casi nada. Las válvulas de seguridad con que en otros tiempos contaba la clase burguesa para dar curso y colocación a parte de los productos cuyo hacinamiento detenía la vida industrial, vanse cerrando con extraordinaria celeridad y paralizando de un modo cada vez más general el movimiento de la producción.

El medio, pues, que presenta *El Imparcial* para hacer frente a las crisis económicas, carece ya de valor. Y si la burguesía es impotente para atenuar los efectos de éstas y más aún para destruir su causa, bien palpablemente se demuestra con ello la verdad de lo que tantas veces hemos dicho y repetido los socialistas revolucionarios, esto es: que la clase dominante es incapaz de dirigir las fuerzas productivas que du-

rante su poder se han desarrollado. E igualmente demuestra ese hecho que estábamos y estamos muy en lo cierto al asegurar que a la producción social que se verifica ahora corresponde, no una apropiación individual, como viene sucediendo, sino una apropiación social también.

En efecto: ¿qué origina la crisis de exceso relativo de producción? ¿No es la pugna, el antagonismo que se encierra entre el modo como se produce hoy y la forma en que se realiza el reparto de los productos? ¿No es de la oposición de estos dos términos de donde surge una producción considerable y un consumo restringidísimo, que da lugar a esa atroz anomalía de que la mayoría de los hombres carezcan de lo más indispensable para vivir, precisamente en el momento en que más abunda todo aquello que necesita y que es fruto del esfuerzo de ellos mismos? No cabe dudarlo.

Si los productos creados por los obreros, en vez de ser propiedad de los detentadores de los instrumentos de trabajo, es decir, de los capitalistas, fuese propiedad suya, podrían consumir cuanto elaborasen, y no habría, por consiguiente, amontonamiento de mercancías, ni, por lo mismo, paradas ni crisis económica alguna. Mas como no sucede así, como en lugar de esto los obreros reciben solamente una parte de los valores que crean, quedando todos los demás en manos de sus explotadores, no les es posible con-

sumir la cantidad total que han producido, sino una fracción de ella, y lo restante, deducido lo que gasta la clase parásita, es lo que va a los almacenes y hace que los trabajadores, o un gran número de ellos, no tengan ocupación.

Si, pues, las crisis económicas, la paralización del trabajo, nacen de la falta de armonía entre el modo de producir y el modo de apropiarse lo producido, claro está que para extirpar aquéllas necesítase conseguir que ambos términos, en vez de excluirse, se aproximen, en vez de estar en perpetua oposición, se correspondan. ¿Puede hacer esto la burguesía? En modo alguno. Para armonizar la forma de producción con la de apropiación, es forzoso que la propiedad individual deje de existir y ocupe su puesto la propiedad común o social; y como esta transformación en la propiedad entraña la muerte de la clase burguesa, no cabe esperar que ella a sí misma se destruya. Por eso los burgueses, a pesar de no sentir individualmente los rigores de la actual crisis económica como lo sienten los trabajadores, hállanse espantados como clase ante la intensidad de aquélla, que amenaza de muerte su existencia, y dirigen, aunque vanamente, miradas a todas partes en busca de un punto de salvación.

Pero lo que la burguesía no puede hacer, está en condiciones de llevarlo a cabo la clase proletaria. Víctima principal de los conflictos económicos que produce el régimen burgués, so-

metida por completo a los que tienen en sus manos todos los medios de vida, su libertad, su emancipación, su bienestar, no pueden ser un hecho en tanto que los instrumentos de trabajo, los capitales de todas clases, no sean propiedad de todos. Guiada, pues, por esta aspiración y ayudada por la ciencia, organízase y apréstase para pelear rudamente con la burguesía, y como en esta batalla la victoria forzosamente ha de ser suya, al vencer a la clase que no trabaja, al decapitarla, habrá arrancado de raíz las causas que producen las crisis económicas.

14 de enero de 1887.

LA GUERRA

Aunque las noticias que la Prensa y el telégrafo nos dan diariamente sobre la guerra son contradictorias, pues ya manifiestan que la ruptura entre tal y cual país es inminente, ya ofrecen seguridades de que la paz se afirma, verdad es que todo parece indicar que la guerra será un hecho antes de poco.

Sin embargo, el deber de los obreros socialistas es trabajar por que no se llegue a ella. Teniendo por objeto la lucha que se intenta provocar detener la revolución, o, lo que es lo mismo, atajar el rápido incremento de las fuerzas revolucionarias, corresponde a los que aspiramos a dar en tierra con la burguesía y sus privilegios, mover la opinión, protestar, oponernos con todas nuestras fuerzas contra la guerra.

Así lo han comprendido nuestros correligionarios de Francia y Alemania—los dos países que la burguesía agita más para lanzarlos uno contra otro—, y en su virtud, han empezado ya a trabajar en aquel sentido. Grillenberger, en nombre de los socialistas alemanes, ha pedido en

el Parlamento el desarme simultáneo de Alemania y Francia y ha combatido los proyectos de Bismarck queriendo aumentar el contingente militar, y Boyer, en nombre de los socialistas franceses, ha reclamado en la Cámara de Diputados el desarme de los ejércitos de uno y otro lado del Rhin.

Y lo que desde la tribuna han hecho los representantes de la clase trabajadora de Francia y Alemania, lo han hecho también desde la Prensa sus órganos. El *Sozialdemokrat*, órgano del Partido Socialista alemán, ha protestado contra los que quieren lanzar a Alemania sobre Francia y afirmado que para los obreros no hay más enemigos que los que les arrebatan parte del fruto de su trabajo, y *Le Socialiste*, de París, órgano del Partido Obrero francés, ha anatematizado a los que en Francia avivan la idea del desquite y sostenido que entre los trabajadores alemanes y franceses no hay más que intereses comunes que defender contra los explotadores de uno y otro país.

A estas manifestaciones de unión y de solidaridad del proletariado consciente de esos dos pueblos, han acompañado y acompañan incesantes trabajos de agitación y propaganda contra la guerra,

Quizá se diga que nuestro país, por su posición geográfica y por la escasa o ninguna influencia que tiene en los problemas de política

exterior, está exento de aquel peligro, siendo innecesaria, por tanto, la agitación socialista contra toda tendencia belicosa.

Es un error.

Aunque España, igual que otras naciones, parece hallarse libre de la guerra, en realidad no lo está. ¿Quién puede asegurar que si las hostilidades se rompen entre Alemania y Francia, y los aliados que tengan una y otra toman parte en la contienda, nuestro país no se verá envuelto en esa conflagración general? ¿Acaso este temor no se ve confirmado por la conducta del actual Gobierno, que consagra preferente atención a los departamentos de Guerra y Marina? Por otra parte, si el fin verdadero de la lucha, oculto por supercherías inventadas por las clases privilegiadas, tales como la unidad alemana, la unidad eslava, la integridad de Francia, el equilibrio europeo, etc., etc., es sangrar, disminuir las fuerzas del socialismo, que crece cada vez más y amenaza dar pronto muerte a la burguesía, ¿por qué el Gobierno de España, por qué la clase dominante en nuestro país no ha de prepararse, como se prepara, para la guerra?

Por eso mismo los socialistas españoles, siguiendo el ejemplo de sus hermanos de todos los países, y principalmente el que les están dando sus correligionarios de Francia y Alemania, deben aprovechar cuantas ocasiones se les presenten para afirmar la solidaridad con los tra-

bajadores de todos los pueblos para combatir los odios nacionales y de raza y para hacer cuanto puedan por ahuyentar el genio de la guerra que se cierne hoy sobre las cabezas de todos.

Y si estos esfuerzos, si los trabajos todos llevados a cabo por las huestes del socialismo para detener la matanza con que sueñan las clases privilegiadas fueran infructuosos, resultarían estériles, y la guerra estallase, entonces nuestros bríos, nuestros alientos y los de todos cuantos aspiran a la transformación social, a la abolición de las clases, deberán tener por único objeto dar un nuevo giro a aquélla, y de guerra nacional, de guerra de un país contra otro, convertirla en guerra social, en guerra de clases, de pobres contra ricos, de explotados contra explotadores, pues ya que sea preciso derramar sangre proletaria y sacrificar vidas de obreros, derramémosla y sacrifiquémoslas luchando contra nuestros tiranos y verdugos, nunca contra nuestros compañeros y hermanos.

La consigna, pues, que deben darse todos los socialistas ante la guerra que quieren provocar los representantes de las clases dominantes es sencilla: primeramente, impedirla a todo trance; y si su fuerza no alcanzara a eso, transformar la guerra en lucha social, donde la clase obrera pelee por el destronamiento de la burguesía.

21 de enero de 1887.

SENTIMENTALISMO FALSO

Con el título de "La emigración al Brasil", *El Imparcial* ha publicado la semana pasada un artículo combatiendo el reclutamiento de obreros que para aquel país se viene haciendo desde hace algún tiempo en la calle de San Quintín, de esta capital.

En ese escrito, cual si le dolieran de veras las desdichas y angustias de la clase obrera, cual si fuera su principal cuidado velar por los intereses y las vidas de los proletarios, el diario de la plaza de Matute presenta como ilusorias las ideas de mejora que impulsan a los que van a inscribirse en las listas de los emigrantes, indica que en la tierra brasileña sólo hallarán la muerte, después de muchos padecimientos, la mayoría de los trabajadores que a ella vayan, aconseja que se tengan en cuenta sus advertencias y pide "que cese ese deplorabilísimo espectáculo que la ignorancia y la miseria están dando en la calle de San Quintín".

Veamos lo que hay en el fondo de todas es-

tas indicaciones, consejos y protestas contra la emigración de los obreros madrileños para el Brasil.

¿Cuál es la causa de que miles de trabajadores vayan a alistarse al Centro establecido en la calle de San Quintín? ¿Es, como equivocadamente afirma *El Imparcial*, “la esperanza de que allá, en las selvas vírgenes del imperio brasileño, han de encontrar a montones pepitas de oro con que hacer en el acto fortuna redonda”, u obedece a la falta de trabajo, a la miseria y a la desesperación de que hoy son víctimas, no sólo aquí, sino en otras poblaciones, millares y millares de proletarios? ¿Van allá tentados por la idea de hacerse ricos o son arrastrados a esos y otros mataderos humanos por el hambre más aguda? Los hechos demuestran que es por lo último, y el mismo *Imparcial* así lo reconoce, si bien contradiciéndose, al decir en el artículo a que nos referimos:

“Lo que de algunos días a esta parte ocurre en la calle de San Quintín, revela la existencia de un mal muy hondo, de un desequilibrio social que a toda costa es preciso corregir, no ya con paliativos, sino con remedios heroicos.”

Y reconociendo que el motivo de que los trabajadores emigren al Brasil o a otro país cualquiera no es la sed de oro ni de comodidades, sino “un mal muy hondo”, un “desequilibrio social” que es preciso corregir “con remedios he-

roicos", ¿cuáles son los que propone el articulista o ha defendido y defiende *El Imparcial*? ¿Es remedio heroico favorecer, como se pide en el escrito que motiva estas líneas, las corrientes de emigración a Cuba? No. Los obreros que fuesen allí a trabajar, a más de sufrir los rigores del clima, que no son pocos, perjudicarían a sus compañeros de dicha isla y se perjudicarían a sí mismos, porque su presencia en la gran Antilla bajaría los salarios a un tipo infinitamente pequeño, haciendo difícilísima la vida de unos y de otros obreros. ¿Cuáles son los remedios heroicos que *El Imparcial* ha propuesto y defendido? ¿Acaso la creación de los bodegones llamados tiendas-asilos? ¿La fundación de establecimientos impropriamente titulados benéficos, donde se recojan, no por humanidad, sino porque estorban en las calles a los estómagos satisfechos, unas cuantas docenas de mendigos? ¿El pedir que se abran tres o cuatro obras donde se dé ocupación a un centenar de trabajadores? ¿El excitar al Ayuntamiento a que coloque 200 ó 300 muertos de hambre, a quienes éste, sin duda para que se repongan de los pasados ayunos, asigna jornales de siete y hasta de cinco reales? Esos, y sólo éstos, son los remedios heroicos por que *El Imparcial* ha abogado.

Nosotros hemos pedido, y pedimos, como medios capaces de atenuar los efectos del malestar que sufren los trabajadores por causa de la

crisis económica, el establecimiento de la jornada legal de ocho horas, la fijación de un mínimo de salario y la concesión por las Cortes, las Diputaciones y los Municipios de cantidades destinadas a los obreros sin trabajo. ¿Ha apoyado algo de esto *El Imparcial*? ¿Está siquiera conforme con ello? ¿No llega hasta a juzgar como locos o perturbadores a los que pedimos esas cosas? Pues si esto no entra siquiera en la categoría de los remedios heroicos, y *El Imparcial* lo rechaza, ¿a qué queda reducida la petición suya de que es preciso corregir el mal que sentimos por aquel modo? A pura palabrería y nada más. Como pura palabrería es también esta exclamación con que finaliza el artículo a que venimos refiriéndonos:

“Acabamos de abolir por completo la esclavitud, ¿y hemos de ver impasibles esa trata de blancos a la luz del sol, organizada con todos los caracteres de una explotación sobre la personalidad humana, convertida en vil mercancía?”

La esclavitud no se ha abolido más que en el nombre, y la trata de blancos no es en la calle de San Quintín donde solamente se organiza, sino que es la base en que descansa la sociedad actual, y todos los días la lleva a cabo la clase burguesa, la clase explotadora, de quien *El Imparcial* es uno de sus principales órganos.

¿Qué más trata, qué más esclavitud que la que hoy realizan los patronos comprando la fuer-

za obrera, excesivamente abundante dado el actual modo de producción, por un pedazo de pan, por un miserable salario? ¿Qué más trata, qué más esclavitud para los trabajadores que tener que sufrir en el taller todos los caprichos, todas las exigencias, todos los abusos, todos los atropellos que les vengan en ganas a los patronos o sus encargados? El niño que por dos o tres reales al día trabaja diez o doce horas; la mujer que por cuatro o seis hace la misma jornada y está expuesta a oír mil groserías de su capataz o explotador, o a sucumbir a sus brutales apetitos; el hombre que por seis, ocho o diez reales tiene, durante el mismo tiempo, que estar sometido a un trabajo rudo, fatigoso, siempre superior a las fuerzas que los alimentos que toma pueden reponer, ¿qué son más que una vil mercancía? ¿Qué otra cosa representan que una cosa comprable cada vez a menor precio?

No; no por ir al Brasil los obreros serán esclavos y sufrirán penas y tormentos; al contrario, porque son esclavos, porque no tienen ningún medio de vida, porque los dolores del hambre atormentan sus estómagos y los de sus hijos, es por lo que se deciden a marchar al imperio brasileño, importándoles poco que el clima, el desamparo y el mal trato que allí sufran les ocasionen la muerte, de cuyas garras no ven en su país manera de librarse.

Decir a los trabajadores que van a inscribir-

se a la calle de San Quintín que no emigren al Brasil, donde les espera primero el desengaño y después la muerte, y no decirles o proponerles un medio por el que se libren de la miseria que les obliga a adoptar semejante resolución, es, o un acto estúpido, o una gran hipocresía.

Afirmar que el considerable número de obreros dispuestos a emigrar a un país malsano revela un mal muy hondo que es preciso corregir con remedios heroicos, y después proponer ineficaces medidas y combatir las soluciones que más participan de aquel carácter, es un cruel sarcasmo.

Alzarse, con motivo de la emigración al Brasil, contra la trata que se está ejerciendo con los proletarios que piensan marcharse a ese país, y consentirla, apadrinarla y defenderla en el nuestro a tanto explotador de carne humana como hay, es una burla sangrienta.

Y eso, nada más que eso, es lo que ha hecho *El Imparcial* al escribir el artículo sobre el reclutamiento de obreros para el Brasil.

El espectáculo que se da en la calle de San Quintín todos estos días, y que hace verter lágrimas de cocodrilo al periódico burgués, desaparecerá tan sólo cuando los interesados, cuando los obreros tengan fuerza para impedir que los españoles y extranjeros que comercian con la vida de ellos, puedan quedarse, a cambio de

un mezquino salario, con el producto del trabajo de los proletarios y servirse de él para aumentar más y más la explotación del productor. Y al lograr esto, lograrán también que todos los servidores de esos tratantes, ministros, abogados, generales, curas, periodistas, etc., etc., desaparezcan o cambien su profesión indigna y servil por otra más noble y provechosa para los intereses de la sociedad.

28 de enero de 1887.

LOS UTOPISTAS

A medida que la producción burguesa o capitalista se desenvuelve y aproxima a sus últimas fases, hay más facilidad de apreciar el valor de las afirmaciones sentadas por los defensores pagados de la clase que vive explotando a los que trabajan, y el de las formuladas y sostenidas por el Socialismo revolucionario.

Los economistas burgueses proclaman en todos los tonos que la riqueza nacional aumenta, y con ello la prosperidad de los pueblos, y, sin embargo, concretándonos a nuestro país, no obstante haber aumentado la riqueza, la miseria es mayor. Miles de obreros sin trabajo, en auge la mendicidad, la emigración ascendiendo, los suicidios repitiéndose con frecuencia y las muertes por inanición dando cuenta de muchas vidas obreras, corroboran lo que tantas veces hemos dicho los socialistas, y es a saber: que la riqueza nacional, que no es la riqueza de todos, sino la de unos cuantos—la de los que no la crean—, puede aumentar, sin que por eso mejore la con-

dición del obrero; antes al contrario, a todo aumento de riqueza de los acaparadores del fruto del trabajo corresponde un aumento de malestar y de miseria.

Los economistas burgueses han sostenido y sostienen que el desarrollo industrial, la expansión de las fuerzas productivas, beneficiarían al obrero, proporcionándole siempre trabajo y mejorando su salario, y en vez de esto, lo que ha ocurrido y ocurre es lo que han sustentado los socialistas; esto es, que cada vez hay más obreros sin trabajo, y que los salarios, dado el precio que tienen los artículos de primera necesidad, han sufrido un descenso considerable. Sostenían los economistas burgueses que el progreso mecánico favorecería a los trabajadores, reduciendo las horas de su jornada y colocándolos en situación de obtener mayor descanso y disponer de más tiempo para su instrucción y recreo, y en lugar de ser así, acontece lo que predecían los socialistas: que la aplicación de la mecánica a las industrias en la sociedad actual, enriquecería a unos cuantos, a los propietarios de las máquinas, y lejos de mejorar la situación del proletario, la empeoraría, dando entrada en la fábrica a la mujer y al niño, lanzando a la calle a muchos obreros y elevando extraordinariamente la jornada de los que quedaran trabajando.

Aseguraban los economistas burgueses que el

número de propietarios aumentaría, según la producción fuera tomando incremento, y por más que lo ha tomado, su profecía no se ha cumplido, verificándose, en cambio, lo afirmado por los socialistas, o sea que cuanto más vuelo adquiriera la industria, se concentrarían más los capitales y el número de propietarios sería menor.

Pregonaban los economistas burgueses que el pauperismo se extinguiría cuando desaparecieran las trabas que se oponían al comercio y al establecimiento de nuevas industrias, y hoy que el uno y las otras cuentan en nuestro país con circunstancias favorables a su desarrollo, el pauperismo, no sólo no se extingue, sino que, confirmando lo expuesto por los socialistas, se extiende y arraiga de tal modo, que la clase burguesa vese preocupada por él y no sabe qué medidas adoptar para atajarle.

Decían los economistas burgueses que las relaciones entre patronos y obreros, entre el capital y el trabajo, se suavizarían a medida que la producción fuera mayor, y por más que ésta aumenta de día en día, aquel aserto no se confirma, viéndose, opuestamente a él y con arreglo a lo dicho por los socialistas, que las relaciones entre los asalariados y sus explotadores son cada vez más tirantes y predomina en ellas el odio y el rencor.

Afirmaban todos los charlatanes de la burgue-

sía que el pueblo trabajador, que los proletarios, según fueran elevando su nivel intelectual y adquiriendo mayor instrucción, desecharían de su pecho el odio a los ricos y de su cerebro las ideas revolucionarias y transformadoras de la actual sociedad, y en lugar de esto, lo que han hecho al adquirir mayor capacidad, al comprender mejor sus intereses, ha sido dar razón a lo que los socialistas han dicho que harían los proletarios andando el tiempo; esto es, afirmar su coraje y su enemiga contra las instituciones burguesas y adquirir el convencimiento de que su libertad, su emancipación, el término de sus sufrimientos sólo pueden hallarle en la muerte de la burguesía.

De lo que acabamos de exponer, ¿resulta que los socialistas enderezan sus pasos por el camino de la utopía? ¿Que sus ideas son producto de la fiebre o de la fantasía? Los hechos demuestran que no. Si hubiera de calificarse a algunos de visionarios, seguramente no sería a los socialistas, sino a los abogados de la burguesía, que van contra la verdad y la razón.

Pero éstos no son visionarios, sino hombres que, por un sueldo más o menos crecido y una posición más o menos brillante, tienen a su cargo—aunque no lo consiguen—falsificar las ideas y los hechos.

11 de febrero de 1887.

SITUACION DIFICIL

La burguesía es incapaz de gobernar, porque es incapaz de asegurar a sus esclavos la existencia misma como esclavos, y porque no puede ya impedir a los obreros que lleguen a una situación en la cual, en vez de ser alimentada por ellos, la burguesía se vea obligada a alimentarlos. (*Manifiesto comunista*, por C. Marx y F. Engels.)

Si en 1847 podía haber alguien que pusiera en duda la exactitud de la afirmación lanzada al rostro de la clase dominante por los dos grandes teóricos del Socialismo moderno, hoy es imposible encontrar, entre la gente que piensa y discurre, una sola persona que no muestre su conformidad con ella.

Los años transcurridos desde aquella fecha acá han desembarazado el campo social de los obstáculos que impedían ver el hecho descubierto con vista de águila por Marx y Engels.

Con efecto, de entonces ahora la pequeña industria y el pequeño cultivo han sufrido transformación portentosa, que haciendo menor el nú-

mero de propietarios y mayor el de asalariados o desposeídos de medios de producción, marca, desde luego, el término fatal que espera a la burguesía.

De entonces ahora, la concentración capitalista ha sido tan rápida, que no ya los artesanos y los pequeños industriales, sino aun aquellos que ocupaban posición social más segura, han naufragado en el mar de la competencia, yéndose al fondo de ese mar, es decir, a las filas proletarias.

De entonces ahora, los inventos mecánicos han alterado de tal modo y hecho tan costosos los medios de producción, que han desalojado de posiciones desahogadas a muchos individuos y hécholes rodar al abismo de la miseria, esto es, a la clase asalariada.

Y esos mismos inventos, cuyo primer efecto ha sido el indicado, han producido por el ahorro de trabajo humano que de su aplicación resulta, un sobrante considerable de brazos obreros.

De entonces acá, el aumento de fuerzas productivas, no proporcional a los medios de consumo de que dispone la inmensa mayoría de las personas, ha hecho más frecuentes y agudas las crisis económicas, que arrojan de los talleres, de los arsenales, de las fábricas, de las minas, del campo, de todos los centros de producción, privándoles de los medios más indispensables para la vida, a muchos miles de trabajadores.

Y como este mal dentro del régimen burgués

no tiene remisión posible, es decir, no puede pararse, sino que, por el contrario, avanza, y avanza a pasos agigantados, la burguesía se verá obligada, si quiere que sus intereses no sean puestos en peligro a cada instante por las terribles convulsiones de los hambrientos, a dedicar una parte de sus ganancias, o hablando con más exactitud, de sus latrocinios legales, al sostenimiento de aquéllos.

Aunque ineficaces e irrisorias, ¿qué significan las medidas que adopta para atajar la mendicidad? ¿Qué la creación de tiendas económicas y de asilos? ¿Qué esos constantes cuanto ridículos llamamientos a la caridad y a la filantropía burguesa? No significan, por ningún concepto, propósito serio de aliviar los males que el creciente pauperismo ocasiona; no entrañan ninguna intención resuelta de arrancar víctimas al dolor, al hambre y a la desesperación; pero revelan, sin embargo, de parte de la clase burguesa, una inquietud, una preocupación y un sobresalto que antes no tenía.

En situación más crítica cada vez, por su propio desenvolvimiento; enfrente de las falanges proletarias organizadas, constituyendo un solo clamor las quejas de los hambrientos, la inquietud, preocupación y sobresaltos de la clase satisfecha se convertirán en miedo, en pánico horrible, y bajo la presión de esos sentimientos no

tendrá más remedio que aceptar soluciones que atenúen el malestar de la clase explotada.

Pero no por eso; no porque transija en ese punto con las reclamaciones de los oprimidos, su situación como clase es más segura. Al contrario: el proletariado, a medida que arranque condiciones beneficiosas para su estado, repondrá sus fuerzas, adquirirá bríos, tendrá más conciencia de su poder, y por lo mismo no se contentará con pedir una parte de lo que ha sido despojado, sino que lo reclamará todo. Y como esto no está en manos de la burguesía el concederlo, pues equivaldría a su suicidio como clase, se aprestará a defender por la fuerza sus privilegios. Pero cuando este caso llegue, la fuerza obrera, superior en mucho a la de que pueda disponer la burguesía, vencerá a ésta y la destruirá como clase, poniendo fin a un estado social que beneficia a una minoría improductiva, en daño de la inmensa masa que es útil y trabaja.

La burguesía está hoy abocada a llegar al extremo de no ser alimentada por los obreros, sino de tener que alimentar a estos miles y miles de trabajadores que hay de más, y los hechos, reveladores de que el sobrante de brazos tiende a aumentar, dicenlo bien claro.

En estas circunstancias, los asalariados de todas clases deben procurar organizarse bien, a fin de obtener: primero, que la clase explotadora ceda una parte de lo robado por ella con que

atender a los proletarios que no tienen ocupación; después, al negarse aquélla a restituir el fruto del trabajo obrero, apoderarse de él por medio de la fuerza.

18 de febrero de 1887.

ACCION COMUN

De los dos campos en que la clase obrera pelea contra la burguesía, el más desventajoso hoy para el proletariado, aquel en que menos triunfos puede alcanzar sobre la clase privilegiada, es el económico.

La razón de esto está en que el extraordinario desarrollo alcanzado por la industria ha privado a los trabajadores de las favorables condiciones que tenía en otro tiempo para oponerse a la explotación patronal y obligar a los fabricantes y empresarios a retribuir su trabajo con mejor salario que el que pretendían darles.

Ocurría antes, y no nos referimos a épocas remotas, que en el momento que las crisis, por exceso relativo de producción, se amortiguaban o desaparecían, los obreros asociados lograban mejorar las condiciones de su trabajo y reponerse un poco de los males que les había ocasionado la escasez de labor. Habiendo entonces equilibrio entre la oferta y demanda de brazos, y aun a veces mayor demanda que oferta, érales

fácil a las Sociedades de resistencia conseguir aumento en el salario de sus individuos y reducción del tiempo en la jornada de trabajo. En dicha época los beneficios de la Asociación, sin embargo de no alcanzar ésta la amplitud que hoy tiene, esto es, revistiendo casi todas las Sociedades un carácter exclusivamente local, eran mucho mayores que ahora.

Al presente, como antes y desde que existe la producción capitalista, las Sociedades de resistencia dan a los obreros un poder y una fuerza considerables; pero como no tiene a su favor las circunstancias anteriormente mencionadas; como, por el contrario, en vez de escasear los brazos obreros o equilibrarse con las necesidades de la producción actual, es mayor cada día el sobrante de ellos, de ahí que aquéllas no puedan obtener en la actualidad, a pesar de comprender uno o más oficios de todo un país, o lo que es igual, de disponer de más fuerza, los mismos beneficios que obtenían veinte o treinta años atrás.

Obreros hay que al observar el hecho referido, y sin fijarse bien en las causas que lo producen, ponen en duda el valor de las Sociedades de resistencia. Sin embargo, sufrirían un terrible desengaño si de la noche a la mañana desaparecieran aquéllas. Entonces verían cómo la falta de esos baluartes del trabajo, dejando completamente libre el camino a la voracidad burguesa, haría que ésta se cebara cruelmente en los pro-

ductores, arrancándoles mayor suma de esfuerzos.

Las Sociedades de resistencia, que hay que mantener, desarrollar y hacer de todas ellas una sola organización, tienen y tendrán siempre un valor, sólo que en el estado actual de la industria, cuando ésta, por el empleo de procedimientos mecánicos, en lugar de dar entrada en las fábricas y los talleres a los obreros sin ocupación, arroja constantemente de ellos a infinidad de proletarios, no puede hacer otra cosa, y es bastante, que estar a la defensiva.

De algún tiempo acá la inmensa mayoría de las huelgas no tienen por origen elevar los precios ni reducir las horas de trabajo, o sea tomar la ofensiva, sino el oponerse a la reducción de salarios, extensión de la jornada y otros vejámenes que quieren imponer a los obreros los vampiros capitalistas.

En las circunstancias presentes, la ofensiva, la obtención de mejoras generales en las condiciones de trabajo, no puede tomarse por las Sociedades de resistencia, no puede salir del campo económico: los recursos de éstas son insuficientes para tal empresa.

De donde ha de partir el ataque; desde donde se ha de acometer la conquista de mejoras dentro del taller y fuera de él, es desde el campo político, desde las filas del Partido Obrero. La rebaja de horas de trabajo, no para un solo oficio, sino para todos, establecida por una ley, ha

de ser una conquista política obtenida por la unión de los trabajadores; la consecución de medidas que libren a los obreros de los accidentes desgraciados en el trabajo e impongan la higiene en los talleres, conquista política que ha de ser alcanzada por la clase asalariada; la concesión de medios para aliviar el estado de los obreros sin trabajo, también ha de ser conquista política que por su propia fuerza obtengan los desheredados.

Sólo que, para lograr esto, los obreros todos, sin tener en cuenta su oficio ni la localidad donde viven, sino solamente su condición de asalariados, de oprimidos, deben darse la mano, y en vez de reclamar, como pasa en el terreno económico, a un patrón, a varios o a todos los de un oficio, dirigirse, ejercer presión sobre los que representan a la clase burguesa o patronal, sobre los Poderes públicos.

Así, por medio de la acción común en el terreno político, se obligará a la burguesía a que haga concesiones y otorgue mejoras a los asalariados.

25 de febrero de 1887.

EL 18 DE MARZO DE 1871

Para los que, de acuerdo con la razón y con los hechos, queremos la abolición de clases; para los que, fijos en los signos reveladores del antagonismo mortal que devora a la sociedad presente, predicamos la lucha entre pobres y ricos, entre hambrientos y satisfechos, entre esclavos y señores, entre los que no hacen más que sufrir y los que no hacen más que gozar, la proclamación de la *Commune* de París, la soberbia cuan brillante jornada que la clase obrera parisiense realizó en los dos meses que tuvo el Poder en sus manos, no puede ser olvidada jamás. Por el contrario, a medida que el tiempo pase, según transcurran los años, nuestro orgullo, nuestra satisfacción, nuestra alegría serán mayores al acordarnos de ella.

¿Qué fué la *Commune* de París?

Detalles a un lado, a un lado también el acto indigno y cobarde que provocó el movimiento insurreccional de marzo de 1871, fué en sus grandes líneas, en lo que le ha dado carácter y relie-

ve, el rompimiento de toda una clase—la de los oprimidos—con toda otra clase—la de los opresores—y además la afirmación terminante, rotunda, de que los males del proletariado no tendrán término hasta que el proletariado mismo, dueño del Poder, destruya las causas que dan vida a aquéllos.

Que la *Commune* de París fué el rompimiento de la clase obrera con la clase patronal, la declaración de guerra de los asalariados contra los explotadores, lo proclama muy alto, de un lado, el odio, el furor, la saña que la clase burguesa, sin distinción de partidos ni de naciones, sintió y siente hacia ella; de otro, la simpatía, el cariño, la admiración que por ella han tenido y tienen los proletarios de todos los países.

¿Quién no recuerda aún el pánico horrible que sintió la burguesía al conocer la revolución de los obreros parisienses, el grito de rabia que lanzó después y la bárbara, la salvaje carnicería que hizo en ellos, no cuando el valor de un ejército mercenario abrió las puertas de París, sino cuando la traición y la astucia las derribaron?

¿Quién ha olvidado las diatribas, las calumnias y las infamias que sobre los honrados trabajadores de París lanzaron a torrentes los Gobiernos, los oradores y la Prensa de la vil burguesía?

¿Quién no tiene memoria de aquellos gritos de exterminio que unas veces el espanto y otras el más implacable odio hacían salir de las gargan-

tas de los parásitos contra los que en París se mostraban dispuestos a hacer pedazos, a pulverizar las cadenas que sujetan a los esclavos blancos?

Y al propio tiempo, ¿quién no recuerda también el inmenso júbilo con que la clase proletaria acogió en todas partes la proclamación de la *Commune* de París?

¿Quién no tiene presentes las entusiásticas manifestaciones de adhesión que hicieron los desheredados al acto revolucionario de sus hermanos de la capital de Francia?

¿Quién no sabe el gran interés con que los trabajadores seguían los incidentes de la lucha que los defensores de la *Commune* sostenían con los defensores del orden capitalista?

¿Quién desconoce los ardientes votos que por el triunfo de los que peleaban contra Versalles hacían a todas horas los trabajadores?

¿Quién ignora, por fin, que al caer la *Commune*, envuelta en un montón de ruinas y en un mar de sangre, la clase obrera de todo el mundo vió en su caída su propia derrota, vistió de luto por ella e hizo solemne juramento de vengar a los obreros parisienses y de continuar y concluir la obra por ellos tan valientemente comenzada el 18 de marzo de 1871?

Y si estos hechos que recordamos prueban que la *Commune* de París era el desligamiento, la ruptura completa del proletariado con la bur-

guesía, la aspiración que guiaba a sus combatientes de que los trabajadores debían tomar las riendas del Gobierno y hacerse dueños de sus propios destinos, no deja lugar a duda de que, si bien en germen, el ideal por que batallaba la *Commune* era la emancipación de los esclavos del capital, la emancipación obrera.

Nada, pues, más lógico, nada más natural que todos los socialistas, y principalmente los que militamos en los Partidos Obreros—cuya aspiración es la emancipación de la clase trabajadora, y el medio principal de lograrla la posesión del Poder político—, dediquemos un gratísimo recuerdo en su décimosexto aniversario a los que llevaron a cabo la primera etapa de la Revolución Social, comprometiéndonos al propio tiempo a trabajar con incansable afán para clavar pronto en los muros del baluarte burgués la bandera roja que ellos hicieron ondear por espacio de dos meses en la capital de Francia.

Así verá la clase privilegiada que todos los esfuerzos por ahogar en oleadas de sangre las ideas defendidas por los obreros parisienses han sido vanos; que sus crueles matanzas, sus infames deportaciones y sus leyes represivas, en vez de extirpar las ideas socialistas de los cerebros obreros, las ha afirmado más y más y hécholas penetrar en otros muchos que antes no las tenían, hasta el punto de que cuando llegue el día—no muy lejano, por cierto—de que la clase obrera

dé su segunda batalla a la clase burguesa, podrá presentar enfrente de ésta, no 300.000 soldados, como presentó París en marzo de 1871, sino millones y millones de combatientes.

Y el grito de guerra será claro, clarísimo, pues en vez de decir: ¡Viva la *Commune*!, como dijeron los federados parisienses, dirán:

¡Abajo los explotadores!

¡Muera la clase capitalista!

¡Viva la emancipación obrera!

18 de marzo de 1887.

LA IGLESIA Y EL SOCIALISMO

Enfrente de los miopes de la burguesía, que afirman que la Iglesia constituye hoy una clase social, con intereses propios y distintos de las otras, hemos sostenido nosotros que, muerta como clase desde que perdió el Poder, desde que le arrebataron la fuerza material con que dominaba a los demás elementos sociales, la Iglesia no es otra cosa que una servidora celosa de la burguesía, la encargada de sancionar en nombre de Dios todas las tropelías, todos los despojos y todas las infamias que con los asalariados comete aquélla.

Ahí están los hechos para demostrarlo.

Poco tiempo hace aún, Rothschild, el judío Rothschild, representante genuino de la burguesía internacional, era honrado y distinguido por el jefe de la Iglesia católica, por el papa, cual no lo han sido quizá muchas testas coronadas.

¿Qué ha ocurrido recientemente a un sacerdote de los Estados Unidos que, por hallar justas y buenas las doctrinas del socialista Enrique

George, se declaró partidario de ellas y las defendió de palabra y por escrito? Que en seguida que el papa tuvo conocimiento del hecho desautorizó semejante propaganda, condenó los principios socialistas y llamó a Roma al cura para que diera cuenta de la conducta que con aquel motivo había observado.

A pesar de tratarse de cuestiones ajenas a la religión, ¿no acaba de verse a León XIII intervenir en las elecciones al Parlamento alemán? ¿No ha influido sobre el partido católico para que apoyara la política de Bismarck? ¿No ha aconsejado, contra todo lo que aparenta representar, que se votase la ley del septenado, o lo que es lo mismo, la guerra?

¿Y qué resorte le ha movido a hacer todo esto? ¿Qué le ha obligado a atender las peticiones del protestante Bismarck? El reconocer en el canciller de hierro al representante político de toda la burguesía, al rival declarado del Socialismo, y el comprender a la vez que su misión, la del papa, es servir a la clase que paga y sostiene los parásitos religiosos y combatir a los que quieren extirpar de la tierra a todos los que viven del trabajo ajeno.

Los que visten sotana, ¿no usan actualmente el púlpito más para combatir las doctrinas socialistas que para exponer los principios religiosos del catolicismo? Sus anatemas, ¿no son mayores contra los que queremos transformar la

propiedad y abolir el salario, que contra los que únicamente niegan la virginidad de la madre de Cristo y se burlan de los santos de la Iglesia?

Hoy mismo, ante el crecimiento importante, asombroso, del Socialismo, ¿no se anuncia una encíclica del papa condenando nuestras doctrinas y aconsejando a todos los Gobiernos que no consientan la propaganda de ellas y que persigan a sus apóstoles? ¿No son los periódicos religiosos los que más encarnizadamente atacan a los defensores de las ideas socialistas y los que sostienen con más calor que la miseria es eterna y que siempre habrá ricos y pobres?

Pues a la vista de estos hechos y de otros muchos que consideramos innecesarios enumerar, no puede caber duda a nadie que desapasionadamente y con imparcialidad juzgue las cuestiones, que la Iglesia no es en estos tiempos más que una servidora sumisa y fiel de la burguesía. Lo que ésta le manda, lo que ésta le ordena, eso hace.

El dios capital, con más poder, con mucho más poder que el dios del cielo, ha convertido a éste en servidor suyo. El espíritu político y tolerante que los hombres de la burguesía, aun los llamados liberales y avanzados, aplauden en León XIII, no es, en resumen, otra cosa que el modo como el papa actual se pliega ante los mandatos de la casta privilegiada y atiende cuantas indicaciones le hace.

Pero por más que la burguesía ponga en juego todas las fuerzas interesadas en que la esclavitud obrera subsista, no logrará nada. Ni los anatemas de los curas, ni las sentencias de los magistrados, ni las persecuciones de la policía, ni el empleo de los fusiles y cañones pueden detener la marcha ascendente del Socialismo y la decadencia y ruina del orden burgués.

Este se encuentra en sus postrimerías, y por mucho que se haga para alargar su vida, su caída es inevitable en corto plazo.

Y cuando él caiga, caerá también irremisiblemente la institución religiosa que hoy le ayuda a sostenerse.

25 de marzo de 1887.

* * *

Con este mismo título publicamos en el número 55 de nuestro semanario un artículo en el cual demostrábamos que la Iglesia católica, lejos de constituir hoy una clase social con intereses propios y distintos de las otras clases, era uno de los centinelas avanzados de la burguesía, la encargada de sancionar y santificar en nombre de Dios los despojos, las infamias y los crímenes todos que ésta comete con los asalariados: demostración que robustecíamos con hechos tan palmarios e irrefutables como la distinción de

que fué objeto el judío Rothschild por parte del papa; la condenación de las ideas propagadas por un sacerdote de los Estados Unidos, admirador del socialista Henry George; la coacción ejercida por el Vaticano en el partido católico de Alemania, obligándole a apoyar la ley del septenado militar y, en general, toda la política del protestante Bismarck; los anatemas lanzados desde el púlpito a los socialistas, y otros hechos por el estilo.

Como el tan asendereado asunto de la Iglesia reviste en estos instantes un carácter importantísimo y en extremo digno de estudio, nos proponemos hoy refrescar la memoria de los obremos con opiniones ya emitidas, aduciendo al propio tiempo datos de valor inestimable que patentizan la influencia y el espanto que el fantasma comunista ejerce en las fracciones todas de la burguesía europea.

La Iglesia, como hemos dicho ya muchas veces, se constituyó en defensora de los privilegios capitalistas desde que la burguesía, para ensanchar sus dominios y conquistar el mundo, la despojó de la fuerza material. Aun en este caso, esa misma Iglesia luchó por conseguir de nuevo la fuerza y el prestigio con que durante la Edad Media y gran parte de la Moderna avasalló a los Gobiernos europeos; pero cansada de una lucha estéril, y observando, por otra parte, que la verdadera Revolución se acerca a pasos de gigante,

no para mientes en romper los vínculos que la unían a las tradiciones de sus tiempos primitivos, y declara con cinismo que está resuelta a apoyar incondicionalmente a todos los políticos, sea cual fuere su color religioso, que estén conformes en un punto esencialísimo: en atajar e impedir la propagación del socialismo revolucionario.

Tal es el papel que actualmente desempeña la Iglesia: el de los defensores asalariados de la burguesía.

¿Se nos tacha de ilusos o de fanáticos sectarios? Pues ahí está, para corroborar más aún nuestros asertos, el Jubileo Sacerdotal del Papa, fiesta ridícula que sirve de pretexto para que los gobernantes de todos los países, tanto monárquicos como republicanos, se prosternen a los pies del pontífice solicitando su apoyo para combatir al enemigo verdaderamente temible: el Socialismo.

Y todo esto se verifica por obra y gracia del espíritu de Bismarck. El canciller alemán, que declaró solemnemente en el Reichstag que era indispensable la unión de todos los elementos, así conservadores como liberales, para contrarrestar al partido revolucionario, ha barajado la espada de Moltke con las excomuniones del clero católico, el Quirinal con el Vaticano, cuya reconciliación está a punto de consumarse, y hasta ha hecho entrar en ese concierto escandaloso al

presidente de los Estados Unidos y al de la República francesa.

Desde el zar Alejandro hasta el jefe de la República americana; desde el príncipe austríaco hasta el presidente del Gobierno francés, todos, absolutamente todos, han enviado soberbios regalos al papa, acompañados de una adhesión rastrea, con motivo de sus bodas de oro.

Este proceder de los representantes genuinos de la burguesía, ese contrato por medio del cual se compromete a defender el papa, de consuno con los demócratas y los retrógrados, los privilegios de la clase explotadora, es completamente lógico; por más que extrañe y sorprenda a los que juzgan superficialmente los hechos y a las gentes cándidas.

Aunque ligeramente, conviene que expliquemos las causas de esta fusión y su desarrollo histórico. En ello verán los trabajadores que la diferencia que separa a unos hombres de otros no está en la religión, ni en la política, sino en un hecho económico; verán dónde estriba esa lucha, ora sorda, ora declarada, que constantemente viene manteniendo una clase que produce y no disfruta y otra que disfruta y no produce: lucha que ha llegado ya a su último grado de simplificación.

La Revolución del siglo pasado,⁽¹⁾ que destronó al feudalismo y a la teocracia, ansiosa de fomentar la riqueza impropriamente llamada nacional,

(1) *Revolución francesa*

abrió nuevos mercados a sus productos, rompió las cadenas al esclavo, por serle más barato el trabajo libre, por la misma causa abolió la servidumbre, y estampando en sus códigos una igualdad mentirosa, puso de su parte al pueblo y lo lanzó contra los restos antiguos que estorbaban al establecimiento definitivo del imperio burgués.

No pudiendo la aristocracia y la Iglesia vencer al elemento nuevo, pasáronse al campo de éste, aunque conservando un ligero reflejo de su anterior carácter: entonces nacieron las monarquías constitucionales, y las dos clases, la aristocrática y la burguesa, sólo se diferenciaron por una leve pugna, muy parecida a la envidia.

En estas circunstancias, los pensadores burgueses, predicando el reinado de la Razón, pretendían demostrar que la Humanidad había llegado a la meta feliz y que este nuevo orden de cosas sería imperecedero. Pero se equivocaban; el nuevo orden de cosas tenía la misma base que los regímenes pasados, el antagonismo de clases. Así fué que el edificio burgués, espléndido y grandioso en un principio, retembló y sus muros empezaron a desmoronarse a medida que el proletariado nacía y se desarrollaba.

En su primera etapa, la burguesía transformó el mundo; el vapor y la electricidad, estrechando las relaciones comerciales y los continentes, dieron un impulso gigante a la producción; pero tras esta actividad febril, una parálisis abruma-

dora se apoderó del organismo social, y precisamente cuando los almacenes y las tiendas se hallaban repletos de productos y los capitales retenidos, buscaban, como la langosta, nuevos campos que devastar, una miseria horrorosa se enseñoreó de la clase que había creado todo aquello y que no lo podía consumir, y entonces fué cuando el proletariado, desarrollado ya y comprendiendo que semejante medio social tocaba a su término, empezó a organizarse y a luchar por su desaparición.

Este es el momento en que el Socialismo entra en la escena del mundo, y arrancando hipócritas caretas, pone a la vista de los proletarios los dos campos en que la sociedad actual se divide —poseedores y desposeídos— y la muerte fatal y próxima de la burguesía.

En esta situación, que es la presente, y mediante las circunstancias de contar el Partido Obrero con ejércitos colosales en Europa y en América, ¿qué ha de hacer la burguesía? ¿Esperar cruzada de brazos que el proletariado proclame la Revolución social? No; es necesario matar ese monstruo de cien cabezas que la cerca por todas partes, y he aquí que por eso, y pensando muy cuerdamente que las diferencias políticas y religiosas que la fraccionan deben desaparecer, realiza en los actuales días esa fusión de que nos ocupamos, y en la cual desempeña la Iglesia el papel de servidora de los privilegios capitalistas.

Mas por mucho que la burguesía se esfuerce en mantener su dominio y a su voz acuda la Iglesia, su muerte es inevitable, contribuyendo con sus mismos desaciertos a cavar la fosa donde ha de enterrarla la Revolución social.

1.º de julio de 1887.

LA PIEDRA DE TOQUE

Si la burguesía, para echar abajo el régimen feudal y alcanzar el Poder, tuvo que valerse de la clase desheredada, del cuarto estado, a quien prometió, a cambio de su auxilio, libertades y derechos que jamás han sido una realidad, esa misma clase, para prolongar su existencia, para retardar el triunfo del proletariado, no sólo se vale de la fuerza material de que dispone y de los sofismas que vierten sus asalariados de la Prensa, la tribuna, la cátedra, el púlpito y el libro, sino que llega a más: llega a presentar a algunos de sus hombres cual campeones de la emancipación de los trabajadores.

Como semejante engaño, de no prevenirle a tiempo, pudiera en el porvenir ocasionar a la fuerza socialista, si no graves perjuicios, al menos entorpecimientos y dificultades en su progresiva marcha, conviene que, desde ahora, vivamos advertidos, para inutilizar oportunamente a los falsificadores de ideas.

Del mismo modo que hoy se llaman a sí propios

revolucionarios individuos y colectividades que no lo son, que solamente aspiran a introducir ligeras modificaciones en la pésima sociedad actual, dejando subsistir su fondo, sus raíces, así mañana, quizá dentro de poco, viendo que el Socialismo lo invade todo y amenaza con su terrible fuerza echar a tierra el régimen capitalista, esos mismos individuos y colectividades se llamarán socialistas y dirán también que aspiran a redimir a la clase trabajadora de la esclavitud que sufre y la miseria que padece.

El medio de impedir que logren su objeto estos socialistas de ocasión; la manera segura de evitar que siembren la cizaña en las fuerzas obreras organizadas, fraccionándolas y quitándoles vigor, será pedirles que expongan concretamente, con claridad, cuál es el Socialismo que defienden y cuál es el procedimiento que proclaman, para que el proletariado le implante.

Y siempre que el uno y el otro no se ajusten a lo que el Socialismo revolucionario mantiene, si sus ideas se apartan de lo que está consignado en el Programa que los Partidos Obreros sustentan, nuestros correligionarios, los que como nosotros piensan, deben volverles la espalda, o mejor aún, combatirlos.

No puede ser socialista para nosotros el que sostiene que la existencia de las clases es necesaria.

No puede serlo tampoco el que considera como base de la sociedad la propiedad individual.

Tampoco podemos considerar como socialista al que reconozca que el salario debe subsistir siempre y niegue la posibilidad de la igualdad económica.

Menos debemos considerar por tal al que sostenga que la clase obrera podrá mejorar su estado, pero jamás ser la directora y dueña de sus propios destinos.

Y menos todavía a los que, directa o indirectamente, combatan el principio de que la clase desheredada debe organizarse como clase y realizar por sí misma la redención de los suyos.

Todos los que así piensen; todos los que así hablen, podrán llamarse socialistas revolucionarios, decir que van más allá que nosotros; pero por nuestra parte deben ser considerados tan burgueses y tan enemigos de la emancipación obrera como los que no se llaman socialistas. Más aún: debemos mirarlos con mayor antipatía y encono que a aquéllos, por la forma hipócrita y solapada que emplean para desmembrar los elementos verdaderamente revolucionarios.

En una palabra: los afiliados al Partido Socialista Obrero sólo pueden admitir como defensores leales de la emancipación económica de los trabajadores a los que, como ellos, proclamen la lucha de clases, dándole por objetivo:

“La supresión de la clase burguesa;

"La transformación de los medios de producción (que hoy son propiedad particular o privada) en propiedad social o común.

"Y, como consecuencia de este hecho, la abolición del salario."

Y sólo considerarán como correligionarios suyos, como partidarios en todo y por todo de sus ideas, a los que, aceptando los tres puntos que dejamos subrayados, estimen además necesario para realizarlos "la posesión del Poder político por la clase trabajadora".

Teniendo bien en cuenta las indicaciones que dejamos sentadas, nuestro Partido, así como todos sus individuos, podrán verse libres de las añagazas a que en los casos extremos acude la burguesía, distinguir en todas ocasiones a los verdaderos revolucionarios de los que no lo son, y conocer perfectamente a los que de derecho o hecho figuran en las filas a que ellos pertenecen.

1.º de abril de 1887.

¡ADELANTE!

Al notar el extraordinario desarrollo que el Partido Socialista Obrero ha adquirido en nuestro país en poco más de un año, al fijarnos en el considerable número de trabajadores que las ideas socialistas de nuestro programa han ganado en tan corto tiempo, no podemos menos de manifestar nuestra satisfacción y contento, y decir a todos nuestros correligionarios: ¡adelante, amigos, el Partido Socialista Obrero es ya una fuerza en España!

Con efecto: ¿qué elementos constituían nuestro partido a principios de 1886? Cuatro solas Agrupaciones, y ninguna de ellas numerosa: una en Madrid, otra en Barcelona, en Guadalajara otra y la cuarta en Málaga.

Falto de medios para difundir y propagar con resultados nuestros principios, hallábase, por decirlo así, encerrado en estrecho círculo, y aunque simpatizaban con ellos cuantos trabajadores llegaban a conocerlos, su influencia era escasísima en la masa asalariada.

Pero vencido el obstáculo que limitaba el

campo de acción de los iniciadores y fundadores del Partido Obrero, esto es, reunidos por un puñado de valientes, a fuerza de perseverancia y continuados esfuerzos, los recursos necesarios para hacer una campaña de propaganda oral por las comarcas más industriales de España y crear un semanario que sirviera de órgano en la Prensa, fué dada al viento la bandera que defendemos, explicados los principios en ella escritos y acogidos con un ¡hurra! por infinidad de proletarios.

Hoy no son ya cuatro pequeños grupos los que en Madrid, Barcelona, Guadalajara y Málaga defienden las ideas del Partido Socialista Obrero. A más de que en estos puntos la masa socialista ha aumentado considerablemente, como lo prueban de un modo innegable los *meetings* celebrados por nuestro partido en Madrid y Barcelona, han venido a formar al lado de ellos muchísimas Agrupaciones que, a pesar de no contar larga vida, tienen verdadera importancia. Sin fijarnos en muchas localidades donde nuestros correligionarios están organizándose, hoy cuenta el Partido Obrero con gran número de afiliados, perfectamente agrupados, en las cuatro capitales ya indicadas, y además en Valencia, Bilbao, Manresa, Mataró, Roda, Gracia, San Martín de Provensals, Caldas de Montbuy, Sallent, San Juan de Vilasar, Vich, Alcalá de los Gazules y Burgos.

Y no cabe achacar éxito tan marcadísimo a habilidad alguna o a la exposición de ideas ambiguas que pudieran satisfacer a hombres de distinto modo de pensar. Nada de eso. Lo mismo de palabra que por escrito, los defensores de nuestras doctrinas han expuesto siempre con claridad, aunque en forma ruda, la actitud y aspiraciones de nuestro partido.

Ellos han dicho que el Partido Socialista Obrero es, como su nombre indica, un partido de clase que tiene por enemigos a todos los partidos burgueses; esto es, a todos los partidos que defienden la propiedad individual de los medios de producción, desde el partido absolutista hasta el partido federal.

Ellos han dicho que aspiramos a la abolición de clases, a la igualdad económica por medio de la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común o social.

Ellos han dicho y repetido que esa transformación sólo podrá hacerla la clase trabajadora desde el Poder, que ha de arrebatarse por la fuerza a la clase parásita y explotadora.

Ellos han sostenido y propagado que aspiramos a una serie de reformas posibles de alcanzar solamente por el esfuerzo de todos los trabajadores unidos, mediante las cuales no tanto mejoraremos nuestra situación miserable y desesperada, como nos pondremos en condiciones de

asaltar cuanto antes la fortaleza del privilegio y conquistar el Poder político.

Ellos han defendido el sufragio y aconsejado que, cuando exista, debemos hacer uso de él, no porque vean en las elecciones legislativas, provinciales o municipales el modo de reformar la sociedad burguesa y llegar pacíficamente al triunfo de nuestros ideales—la emancipación de la clase trabajadora—, sino por considerarlas un medio poderoso de agitación y propaganda de las ideas socialistas.

Ellos han proclamado con entera franqueza que, dure más o menos tiempo el período de la evolución, el triunfo de los trabajadores, la desaparición de la burguesía como clase, ha de verificarse mediante la acción revolucionaria, es decir, por el empleo de la fuerza.

Estas han sido las ideas difundidas por el Partido Obrero en la campaña que ha realizado durante un año, y éstas las ideas que han hecho suyas las agrupaciones que hoy le forman.

Las fórmulas abstractas, las vagas concepciones, los principios difusos, que atraen, pero no convencen, no han entrado para nada en la predicación de nuestros ideales.

Y si algunos se muestran sorprendidos de que las doctrinas del Partido Obrero hayan podido ser aceptadas en período cortísimo por tantos trabajadores, no achaquen semejante fenómeno ni a condiciones especiales de los apóstoles que

las han propagado, ni a que las masas obreras, faltas de reflexión, se dejen arrastrar por teorías seductoras; atribúyalo tan sólo al medio social en que vivimos, perfectísimamente preparado para que las ideas socialistas sean bien acogidas y prosperen.

No hace mucho aún que los prohombres de la burguesía, Castelar entre ellos, afirmaban que en España el socialismo no podía arraigar; el hecho que dejamos registrado es un solemne mentís a su afirmación, y no transcurrirán un par de años sin que el socialismo revolucionario, el que proclama el Partido Obrero, les preocupe en el mismo grado que les preocupa en sus respectivos países a los políticos franceses, belgas, alemanes e ingleses.

Mal que les pese a los que nos explotan, los obreros españoles darán su contingente, y contingente respetable, a la causa que aspira a quitar de delante a los parásitos capitalistas.

Por nuestra parte, sólo hemos de decir a la vista del magnífico resultado alcanzado por nuestro partido en la primera etapa de su vida activa: ¡Correligionarios, hermanos, adelante; llevemos nuestras ideas a todos los cerebros proletarios y hagamos que la burguesía española tiemble pronto ante nuestra unión y nuestra fuerza!

8 de abril de 1887.

MUDANZA SALUDABLE

Está fuera de toda duda que la clase obrera española, movida por iguales aspiraciones y por idénticos impulsos que la de los demás países de Europa y América, ha empezado a conocer las verdaderas causas de su hondo malestar, el punto de donde arrancan y la ruta que ha de seguir, lo mismo para lograr su mejoramiento que para obtener su total curación; o lo que es lo mismo, vase haciendo cargo ya de que teniendo por origen su esclavitud y su miseria el predominio que la clase burguesa o capitalista ejerce sobre los asalariados, ni la mejora de las condiciones de éstos ni su libertad o emancipación, deben esperarlas de los partidos políticos burgueses, por avanzados que sean, sino que ambas cosas han de ser obra suya, resultado único y exclusivo del esfuerzo de los proletarios.

Los que aún pongan en tela de juicio lo que decimos, los que todavía crean que la inmensa mayoría de los trabajadores no han perdido la fe en los gastados programas de los partidos

seudorrevolucionarios de la burguesía y en sus apóstoles e inspiradores, no tienen más que prestar alguna atención al espectáculo que se ofrece a su vista y modificarán desde luego su parecer.

Aparte del hecho importantísimo, marcado cada vez con más fuerza, de que grandes masas obreras, abandonando el campo de aquellos partidos, acogen con fruición y entusiasmo las doctrinas socialistas, los principios revolucionarios del Partido Obrero, y se alisten en él; aparte de ese hecho, que todos pueden ver, si no cierran los ojos, hay otros muchos que, si bien de menor importancia, no por eso demuestran menos la tesis que sustentamos.

¿Dónde están aquellas masas obreras que esperaban con ansia la salida de los periódicos liberales y democráticos para arrebatárselos de manos de los vendedores y entusiasmarse leyendo sus declamatorios artículos?

¿Dónde están aquellos hijos del pueblo que se conmovían al simple anuncio de que iban a hablar Martos, Salmerón, Castelar o Pi, y que esperaban con ardiente impaciencia la publicación de sus discursos para gozar y exaltarse con su lectura?

¿Dónde están los trabajadores que prestaban más crédito y más valor a las promesas de aquellos y de los demás prohombres del liberalismo

y de la democracia, que fe puede tener en su dios un buen creyente?

¿Dónde han ido las masas que movían los oradores de los partidos burgueses avanzados y que ciegamente se dejaban conducir donde éstos querían llevarlas?

El fervor, la idolatría, el fanatismo que por tales hombres ha sentido el pueblo trabajador, ¿dónde se halla hoy? ¿Qué se ha hecho de ellos?

Todo eso, absolutamente todo, ha desaparecido.

Los trabajadores, influídos unos por los amargos desengaños que en crecido número les han dado sus antiguos ídolos y mentores, y movidos otros, no sólo por esos desengaños, sino también por haber comprendido que los partidos burgueses avanzados jamás abandonarán los intereses de su clase para favorecer los de los asalariados, se ha separado de sus falsos redentores.

Y mientras los primeros, llenos de pesar y de tristeza y guiados por un estéril pesimismo, se han retirado de toda lucha política, los segundos, no olvidando las decepciones sufridas, pero reconociendo que éstas eran fatales por haber fiado su defensa a enemigos encubiertos, se han decidido a desenmascararlos, y colocando la cuestión en su verdadero punto, en el terreno de la lucha de clases, organizanse desde luego, formulan el programa que sus intereses demandan y

llaman a su lado con interés y porfía, lo mismo a los compañeros que por haberse visto engañados se entregaron a la desesperación y al abandono, que a los que, afectados por ceguera tremenda, toman por campeones de la causa del trabajo los que no son otra cosa que acérrimos defensores de las instituciones burguesas.

Es decir, que las masas proletarias, en vez de ser hoy arrastradas por la elocuencia de los oradores pertenecientes a la burguesía avanzada, viven separadas de éstos, y unas con su significativo silencio y otras con su actitud y sus declaraciones opuestas a las de aquéllos, les han dado a entender que se los ha conocido y que no pueden pasar por más tiempo como campeones de una causa que no quieren ni han querido jamás.

Y de nada ha de servirles hablar en tono quejumbroso de la indiferencia política de los trabajadores, ni dirigir a éstos constantes reclamos; en primer lugar, porque los trabajadores socialistas, que no harán política burguesa, pero que hacen en cambio política obrera, la única política que conviene a su clase, no dejarán por eso de combatirlos, como combaten a los demás políticos burgueses; y después, porque la clase obrera, que, ya por los desengaños sufridos, ya por la atroz miseria que sufre, permanece retraída, el día que despierte a la vida activa, cuando salga del sopor en que hoy se encuentra, no

será para ir formando en las filas de los que tantas veces los han engañado, sino para acudir al campo socialista, al Partido Obrero, en el cual tienen y tendrán sus intereses un constante y leal defensor.

22 de abril de 1887.

LA INTERNACIONAL EXISTE

La discusión habida en el Senado la semana última sobre la totalidad del proyecto de ley de Asociaciones, en que ha salido a plaza la Internacional y el Socialismo, ha revelado lo que más de una vez hemos dicho, a saber: la completa ignorancia que de las ideas que agitan al proletariado y de las soluciones que constituyen su programa tienen nuestros políticos burgueses.

Lo mismo los conservadores marqués de Trives, Vidal y Fabié, que los fusionistas Aldecoa, Letamendi y León y Castillo, no han hecho otra cosa, al ocuparse de la célebre Asociación fundada por Marx y de los elementos socialistas que en ella han tenido origen, que decir sandeces y disparates, en los cuales seguramente no habrían incurrido la mayoría de los trabajadores, a pesar de su falta de instrucción.

Pero el que más ignorante se ha mostrado de todos ellos, el que más pruebas ha dado de desconocer el asunto, ha sido el señor Ministro de la Gobernación, quien ha llegado a asegurar, no

sólo que la Internacional ha dejado de existir, sino que el socialismo militante, el que se agita cada día con más poder en todos los países, hállese actualmente exento de todo carácter internacional, de todo espíritu cosmopolita.

No nos proponemos enumerar aquí, ni menos aún deshacer, la multitud de errores en que los senadores y el ministro citados han incurrido al hablar del socialismo moderno y de una de sus principales y más vigorosas manifestaciones—la Internacional—. Sólo queremos poner enfrente de la falsa afirmación del Sr. León y Castillo los puntos principales que hoy proclama el socialismo revolucionario.

Proclaman los Partidos Obreros y las demás colectividades socialistas, señor ministro de la Gobernación, que el ideal que persiguen, o sea la emancipación de la clase trabajadora, no puede conseguirse ni local ni nacionalmente, sino que ha de ser obra de un movimiento internacional.

Proclaman los Partidos Obreros todos a una que para ellos no existen fronteras, siendo sus enemigos la clase patronal y los gobiernos que la representan, y sus amigos, sus hermanos, los trabajadores esclavizados por dicha clase.

Proclaman dichos partidos que en toda lucha—económica o política—deben auxiliarse los trabajadores de todos los países, y no solamente lo proclaman, sino que lo practican, como ocu-

rrió en la célebre huelga de Decazeville y recientemente en las elecciones de los socialistas alemanes.

Proclaman también que la *Commune* de París, en lo que tiene de victoria, es una victoria de la clase obrera de todos los pueblos, y en lo que tiene de derrota, una derrota de los proletarios de todo el mundo.

Proclaman, además, que las fuerzas de todos ellos deben unirse estrechamente y moverse bajo una acción común.

Proclaman sobre todo que su aspiración principal es transformar los grandes medios de producción en propiedad común, colectiva o social.

Proclaman, finalmente, los Partidos Obreros que el Poder político a que aspiran, y que esperan arrebatarse a la burguesía por medio de la fuerza, no puede ser una conquista parcial, sino general, es decir, que no es posible conquistarla en unos países y en otros no, sino que ha de alcanzarse en todos a la vez, mediante una revolución internacional.

Y si todo esto que proclaman los Partidos Obreros es lo mismo que proclamaba la Internacional, ¿puede negarse seriamente que ésta exista?

No, señor ministro de la Gobernación: pese a vos y a la clase que representáis como ministro y como político, la Internacional, en lo que tenía de más importante, esencial y revoluciona-

rio, existe, y existe más floreciente que nunca, siendo estériles para hacerla desaparecer lo mismo los esfuerzos de vuestro partido, que los del conservador o de cualquier otro encargado de velar por los privilegios de la clase dominante.

22 de abril de 1887.

EL PODER DEL SOCIALISMO

Por más que a la burguesía preocupa y atemoriza el Socialismo revolucionario por las considerables masas de que dispone, la verdad es que la fuerza de éste, su poder, no estriba en ellas principalmente. Donde en realidad se encuentra, donde radica es en su unidad, en que tiene una aspiración común que le sirve de bandera y un procedimiento para convertir aquélla en hecho.

¿Qué importaría que las masas socialistas fueran numerosas si en ellas no hubiese el mismo modo de pensar tanto en lo referente a la transformación que exige la sociedad actual, como en la manera de realizarla? De nada, porque aunque contaran por millones sus partidarios, y aunque su valor y su decisión rayaran en lo extraordinario, la ausencia de una aspiración concreta y la falta de unidad en el ataque anularían aquellas buenas condiciones, no siendo un peligro, por consecuencia, para las instituciones burguesas.

Pero no es ésa la situación del Socialismo revolucionario: hoy por lo que principalmente se distingue es por haber determinado bien lo que quiere, por manifestar clara y perfectamente el punto a donde se dirige y el camino que piensa recorrer para llegar a él.

Desde la fundación de la Internacional acá, y no obstante las disidencias que en ésta surgieron, todos los socialistas piensan en lo fundamental del mismo modo. Cualesquiera que sean las diferencias que entre ellos existan, no hay ninguno, absolutamente ninguno, que deje de estar conforme en que la solución del problema social, el término de la esclavitud y la miseria está únicamente en la muerte de la burguesía, o lo que es igual, en la abolición de las clases y en la transformación de todos los elementos productivos en propiedad común, colectiva o social.

Ningún periódico socialista, ninguna colectividad, ningún grupo, adjetívense como se adjetiven, discrepan actualmente en punto tan esencial e importante. Todos a una lo proclaman y defienden como el único medio de poner fin al antagonismo social.

Y si sobre este particular reina unidad perfecta entre todos los verdaderos revolucionarios; si están todos de acuerdo en que la explotación del hombre por el hombre dejará de existir en el instante que los instrumentos de trabajo de-

jen de ser propiedad de unos cuantos y se pongan a disposición de los que los hagan producir, también se va manifestando igual unidad de pensamiento en lo que se refiere al modo de efectuar la supresión de la burguesía, pues si bien hay todavía algunas agrupaciones revolucionarias que disienten, el grueso del ejército socialista está completamente de acuerdo.

La conquista del Poder político por la clase trabajadora, la creación de un poder revolucionario que expropie a la clase capitalista, políticamente primero y económicamente después, y lleve a efecto la transformación de la propiedad que la ciencia económica impone y las necesidades sociales reclaman, es hoy otra aspiración casi general del Socialismo moderno. Todos los Partidos Obreros la tienen escrita en su bandera, y a juzgar por los progresos que en poco tiempo ha realizado ese principio y por el modo como los hechos indican su necesidad, puede tenerse la certeza de que en breve, muy en breve, será aceptada por los que hasta aquí se han mostrado refractarios a él.

La importancia, pues, del Socialismo en los momentos actuales, si grande es por el número de sus adeptos y por la facilidad con que gana las masas desheredadas, lo es mucho más por la unidad de miras que domina en sus huestes.

Puede decirse que al conseguir esto—determinar concretamente lo que se propone alcan-

zar, cómo y por qué medio—ha realizado lo más costoso, lo más difícil de su tarea, quedándole sólo por verificar la parte más sencilla y hacedera, como es robustecer sus fuerzas, disciplinarlas, prepararlas para el combate y desembarazar de obstáculos el campo donde ha de habérselas con la burguesía. Y esto le es tanto más fácil cuanto que la clase dominante, llegando al último período de su existencia, centralizando cada vez más los medios de producción, eliminando de su seno a los pequeños patronos, reuniendo en grandes fábricas y talleres a los obreros antes dispersos, aumentando la gravedad de las crisis económicas y reduciendo a la nada las pequeñas diferencias que existen entre los partidos políticos burgueses, contribuirá poderosamente a poner bien a las claras el antagonismo social y a patentizar la urgencia, la imperiosa necesidad que hay de que las fuerzas productivas sean arrancadas de manos de una minoría inútil y perjudicial y pasen a ser propiedad de la sociedad entera.

La burguesía tiene motivo para temblar ante la gran cohesión de las masas proletarias. Mientras el Socialismo vivió en el dominio de la utopía, defendiendo cada uno de sus partidarios ideas y soluciones distintas a las de los demás, la clase dominante podía vivir tranquila y considerar seguro su poder por mucho tiempo; pero desde el momento—como acontece ahora—

que el Socialismo ha encarnado en la realidad y dado a sus defensores un criterio igual respecto a su fin y al modo cómo ha de alcanzarle, la burguesía tiene sus momentos contados, digan lo que quieran sus abogados a sueldo.

6 de mayo de 1887.

UN DATO MAS

La afirmación hecha por nosotros con frecuencia de que el mejoramiento y la emancipación de la clase obrera no puede ser obra de ningún partido burgués, por avanzado que sea, sino solamente de los mismos trabajadores organizados en partido de clase, distinto y opuesto a todos los demás en que la burguesía se halla dividida, vese confirmada constantemente por innumerables hechos.

La crisis económica actual, acentuándose y haciéndose cada vez más aguda, empeora ya la malísima situación de la clase trabajadora y coloca a un gran número de proletarios en el estado más miserable y desesperante que puede imaginarse.

Esto no lo desconoce la clase dominante, la clase explotadora, pues sus órganos en la Prensa dan cuenta diariamente de los miles de obreros que carecen de toda ocupación y de las infelices víctimas a quienes la falta de todo me-

dio de vida arrastra al suicidio o hace exhalar en medio de la calle el último aliento.

Sin embargo, ¿qué hace esa clase, qué hace la burguesía, qué hacen sus partidos para paliar los infinitos y crueles dolores que en la ocasión presente sufre el proletariado? Nada, absolutamente nada.

Si nos fijamos en su Prensa, vemos cómo todos los periódicos, desde *El Siglo Futuro* hasta *La República*, dedican sus columnas a defender sus ideales políticos, a combatir los de sus adversarios, a predicar y sostener las ideas que con arreglo al criterio de cada cual puede dar a la burguesía mayor fuerza, mayor solidez y facilitar mejor el desarrollo de sus intereses, el incremento de sus capitales; pero ninguno de ellos, absolutamente ninguno, hace campaña por una solución que pueda, siquiera no sea más que en pequeño grado, aliviar la penosa carga que abrumba hoy al pueblo trabajador.

Hay más aún: periódicos republicanos, que tienen escrito en el programa de su partido la reducción de las horas de trabajo, no han ayudado, ni apoyado siquiera, como parecía lógico, la campaña que en pro de la jornada legal de ocho horas han emprendido, por iniciativa del Centro Obrero de Barcelona, *El Obrero*, de la misma capital, y nuestro semanario.

Si de la Prensa pasamos a la representación de los partidos burgueses, en las Cámaras nos

encontraremos con el mismo fenómeno. En ellas se votan cuantiosos créditos para construir una escuadra que sólo ha de ser útil a la clase poseedora, puesto que servirá para defender sus intereses contra la burguesía extranjera y para extender su explotación al mayor número de colonias; se acuerdan arriendos como el del tabaco, que producirá pingües beneficios a alguna partida de salteadores del trabajo—vulgo capitalistas—y se hacen negocios como el de la Transatlántica, por el cual se regalan una porción de millones de pesetas a una poderosa Compañía, cuyo mérito estriba en haberse enriquecido cumpliendo mal los servicios que le ha confiado el Estado.

Pero mientras se satisface con ese rumbo y esa esplendidez los apetitos de la clase parásita, para llevar un pedazo de pan a los miles y miles de obreros que carecen de él, a esos seres útiles que por haber trabajado demasiado, por haber producido mucho, vense hoy privados de todo recurso y faltos de ocupación, para atender, decimos, al sostenimiento de la parte más sana de la sociedad, para éstos no han votado las Cámaras ni un puñado de pesetas.

Y no se culpe de ese abandono, no se quiera hacer responsables de esa indiferencia hacia la clase proletaria al actual Gobierno, a los conservadores y a los demás partidos monárquicos, no;

la culpa y la responsabilidad alcanza por igual a los representantes de los partidos republicanos, desde Castelar hasta Pi. ¿Qué han hecho, qué han propuesto, qué han pedido en el Congreso los Pedregal, los Muro, los Azcárate, los Portuondo y demás diputados republicanos para atenuar los efectos de la actual crisis económica? ¿Qué medidas han solicitado encaminadas a disminuir la miseria y el hambre que aqueja a los productores? Ninguna, absolutamente ninguna. Y el Sr. Pi, ¿qué ha hecho? La legislatura pasada, combatir los presupuestos y sostener que la República dará a la burguesía un Gobierno más barato que la monarquía, y la presente, disponerse a realizar el mismo acto; es decir, cuidarse tan sólo de hacer simpática a los burgueses la forma republicana.

Pero, ¿qué extraño es que los diputados republicanos, en lo que se refiere a procurar el alivio del malestar que siente la clase obrera, hayan estado a la misma altura del Gobierno y de los demás partidos monárquicos, si ni siquiera se han cuidado de censurar los atropellos cometidos por las autoridades con los trabajadores a consecuencia de las luchas sostenidas por éstos con los patronos? En Barcelona, en San Martín de Provensals, en Langreo y en otros puntos, los obreros huelguistas han sido víctimas de los esbirros de la burguesía: ¿han alzado su voz con-

tra esto dichos diputados? ¿Han formulado la más insignificante pregunta sobre esa clase de abusos, con tanta frecuencia realizados? Ni una sola vez lo han hecho.

Véase, pues, que si a los partidos monárquicos los intereses obreros no les inspiran ningún cuidado, pásales otro tanto a los partidos republicanos. El silencio y la actitud que guardan los diputados de esta procedencia acerca de lo que interesa a la clase desheredada, es elocuentísimo y prueba con más fuerza que las razones que nosotros pudiéramos alegar el completo divorcio que existe entre los partidos a que pertenecen y las masas proletarias.

Los que ayer se esforzaban por presentarse como campeones de la causa del pueblo obrero, comprenden que hoy, en que se predica la lucha de clases y la desaparición de la burguesía, deben abandonar semejante papel y poner su cuidado, su atención toda, en defender los intereses de aquélla.

Esta lección merece aprovecharse por los trabajadores, que a la vista del cambio de actitud verificado por los hombres principales de las fracciones burguesas avanzadas, y perfectamente convencidos de que ningún partido de la clase dominante procura mejorar, ni mucho menos emancipar, a los esclavos del capital, sin vacilación ninguna, sin que les asalte la menor duda,

deben darse prisa a organizarse fuertemente, a estrechar sus filas y obtener por su propia fuerza lo que en vano han esperado hasta aquí de sus enemigos y lo que éstos jamás les darán de buena voluntad.

13 de mayo de 1887.

EL ULTIMO CARTUCHO

La burguesía, reconociéndose impotente para salvar el grave peligro que amenaza su vida con el considerable desnivel que hoy existe entre la producción y el consumo, acude al único recurso que le queda, no para salvarse, no para librarse de una muerte próxima, sino para alargar un poco más su existencia.

Este recurso es la política colonial, o lo que es lo mismo, la extensión de su dominio a todos los países donde no impere el régimen capitalista, a fin de crear en ellos nuevos mercados y centros productores, donde poder llevar no sólo una parte de los muchísimos géneros que tienen almacenados en las metrópolis, sino también la mercancía-trabajo, esto es, los obreros sin ocupación que, en número cada vez mayor, pululan por ellas y pueden de un momento a otro ser un verdadero peligro para la clase dominante.

No hay en la actualidad Gobierno burgués

alguno a quien la política colonial no preocupe sobre todas las demás cuestiones.

El de Inglaterra, más conocedor que ningún otro de lo que vale ese medio, por haberle servido durante mucho tiempo de válvula de seguridad de los privilegios burgueses, conságrase con particular interés a generalizarle y no perdona gasto ni sacrificio alguno si éstos pueden darle la posesión de una isla, la adquisición de un puerto o de un pedazo de tierra donde, bajo la égida de su pabellón, pueda la burguesía inglesa desarrollar sus intereses y obtener cuantiosos beneficios.

El Gobierno alemán, mejor dicho, Bismarck, encarnación fiel y exacta de la burguesía de allende el Rhin, mientras tiene un ojo fijo en la frontera francesa para ver cuándo la suerte le favorece y llega la hora de dar la batalla a la República, hundiendo con ella el Socialismo revolucionario internacional, clava el otro en los puntos de Africa, Asia, Oceanía y América, que, mediante las arterias de su diplomacia o el disimulo y la astucia que le distinguen, considera fáciles de someter al imperio germánico y convertirlos en otros tantos focos de comercio donde la burguesía alemana pueda encontrar colocación a sus productos.

Los gobernantes de Francia, no obstante el escaso espíritu colonial de este país, no dejan ni un momento de acentuar su influencia en

Africa y trabajar por que los mercados de este país se surtan en su mayor parte de mercancías francesas.

La burguesía italiana, cuya poderosa flota, más que para asegurar la integridad de su territorio, se ha creado para extender su comercio y llevar a otros países los productos que no pueden consumirse en el suyo, y los miles de proletarios que por falta de ocupación tienen que expatriarse, la burguesía italiana, decimos, no piensa hoy en otra cosa que en hacer vastísimo su poder colonial y en imponerlo, si es preciso, como está haciendo ahora en Massuah, a cañonazos.

Y el mismo camino que sobre este asunto lleva la burguesía de las potencias de primer orden, sigue también la de los países de menor importancia. Holanda, Bélgica y Portugal, en la medida que su poder y sus recursos se lo permiten, presta especialísima atención al problema colonial.

La burguesía de nuestro mismo país, hasta aquí tan abandonada en punto a esa política, ¿qué hace? Pues tomar ejemplo de las demás y disponerse a asegurar firmemente sus colonias, ensanchar algunas de ellas y aun adquirir otras.

¿A qué obedece la creación de la escuadra recientemente y por unanimidad acordada en el Parlamento? ¿A qué la adquisición de un terreno por el Gobierno español junto al canal de Suez? ¿A qué la Exposición de productos filipi-

nos en Madrid? ¿A qué ese constante clamoreo de los periódicos más genuinamente burgueses solicitando que se estrechen íntimamente las relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas y que la influencia española en Africa trate de contrabalancear la que de día en día adquieren allí ingleses y franceses?

Pues única y exclusivamente a la realización de la política colonial, en la que la burguesía española, como la de los demás países, ve en estos momentos un paliativo a su mal, un medio de disminuir la sangre que precipitadamente afluye a su cerebro y la pone en peligro de muerte.

Pero ese recurso a que apela la clase capitalista tiene escaso valor. El conflicto económico que con el desarrollo de las fuerzas productivas ha creado el sistema burgués no puede resolverse, no puede desaparecer sino con la desaparición del mismo sistema. De poco sirve para los detentadores de los instrumentos de trabajo, valiéndose de la fuerza que les da la posesión del Poder, que impongan a los países llamados bárbaros el consumo de una parte de las mercancías de que se hallan atestadas las naciones donde rige el sistema capitalista; de escaso resultado es también que establezcan en aquellos pueblos industrias que den ocupación a algunos miles de asalariados europeos: ninguna de ambas cosas impedirá que las fuerzas productivas, desarro-

llándose cada vez más por los constantes inventos de la mecánica y la aplicación de otros procedimientos científicos, haga mayor el desequilibrio entre la producción y el consumo, priven de medios de vida a un considerable número de productores y, llevando el antagonismo social a sus últimos límites, exijan de un modo imperioso la desaparición de la burguesía.

Por consecuencia, al quemar su último cartucho la clase explotadora, al acudir del modo general que lo hace a la política colonial, obtendrá un pequeño respiro, un alivio de algunos instantes, no lo negaremos, pero no podrán escapar a la muerte.

Los proletarios, cada vez más conscientes de sus intereses y de su porvenir, más organizados y más dispuestos a acabar con una situación que en medio de la mayor riqueza engendra la más atroz miseria, no darán lugar a que la clase imperante busque otro medio que pueda alargar su vida un momento más.

20 de mayo de 1887.

EL REMEDIO

No está el que necesita la cruel, angustiosísima y desesperada situación de los parias del régimen capitalista en que éstos se nieguen a dar oídos a los compañeros que se preocupan de su suerte, pero no pueden darles un pedazo de pan con que aplacar el hambre que les atormenta; no está tampoco en solicitar misericordia y amparo a los que les han despojado del fruto de su trabajo y comercian con su dolor y miseria; menos se encuentra aún en tomar por lo que no son a los guardadores de los privilegios capitalistas, a los políticos burgueses, y acudir a ellos pidiéndoles humildemente la apertura de unas cuantas obras o la creación de algunos establecimientos donde se sirva un mal rancho a los infelices que más acose el hambre o tengan menos viva su dignidad de hombres. Todo esto es perder el tiempo.

El remedio del grave padecimiento que sufren los proletarios, y si no el remedio, el camino por donde puede llegarse a él, no está en echar

mano de semejantes procedimientos, en desoír la voz de la razón y en cometer la insensatez de querer recabar por medio de súplicas una mezquina parte de lo que se les ha arrebatado, sino en que todos los desposeídos, todos los que padecen hambre y miseria por culpa del medio social presente, porque la clase dominante, apropiándose el producto de sus esfuerzos, los ha reducido a condición más miserable que la que gozan las bestias, se unan, formen nutridos batallones, y moviéndose todos a la vez, adopten una actitud enérgica ante sus tiranos y verdugos.

Así dispuestos, así organizados, estarán en situación de alcanzar, no las ineficaces medidas que en balde han reclamado hasta ahora, sino disposiciones que atenúen verdaderamente el mal que tanto les aflige.

Cuando se trata de obtener de un adversario alguna concesión, algún beneficio, no es el ruego, no es la petición formulada con tímido acento la que logra alcanzarle; es la amenaza, el temor que se infunde en él lo que se los arranca.

Que la clase asalariada tenga unión, fortaleza y bríos, y la ley regulando el trabajo de la mujer y del niño, que algo puede influir para que la crisis de trabajo disminuya, será respetada y cumplida.

Que la clase asalariada se presente unida y poderosa, y la jornada legal de ocho horas, ese primer paso para que el mercado de la fuerza-

trabajo se vea libre de la que en él existe sin ocupación y alcance precios más elevados de los que hoy tiene, será un hecho.

Que la clase asalariada haga sentir el peso de su fuerza, y el Poder burgués, temeroso de ver en peligro los monopolios de la clase patronal, se verá obligado a votar un salario mínimo que llegue a cubrir las primeras necesidades de la familia obrera.

Que la clase asalariada revele conciencia de sus intereses y conocimiento del poder que en ella reside, y los legisladores burgueses votarán créditos, no de un puñado de cuartos, sino de miles y millones de pesetas para atender a los obreros que carezcan de trabajo.

Que la clase asalariada muestre una organización robusta y una voluntad de hierro para mejorar hoy su condición, mientras se dispone a librarla mañana de toda traba emancipando el trabajo de la tiranía del capital, y los mil abusos que en la actualidad se cometen con los proletarios disminuirán notablemente.

En fin, que la clase asalariada sepa infundir miedo por su unidad de acción en los parásitos del trabajo, y éstos, al revés de lo que hoy sucede, se apresurarán a atender sus demandas y reclamaciones.

Ahí, ahí está el remedio a los infortunios que sufren los desheredados del capital; ahí, en su unión estrecha, firme, inquebrantable, tienen los

esclavos del taller y de la fábrica el poderoso talismán que puede modificar favorablemente la triste situación en que yacen.

Acaso se nos diga que esa unión es difícil; pero nosotros podemos asegurar que no. Eralo, sí, cuando los trabajadores, no curados aún de las ilusiones que les hacían alimentar los partidos avanzados burgueses, iban a remolque de ellos y creían ciegamente en sus apóstoles; mas hoy las circunstancias han variado: los continuos desengaños y el mayor conocimiento de los obreros les han hecho ver a éstos que todos los partidos burgueses, llámense reaccionarios o liberales, monárquicos o republicanos, tienen una aspiración común: el predominio de la clase burguesa y el mantenimiento del salario. Por si esto no fuera bastante, la conducta que observan los partidos burgueses en estos momentos críticos y terribles para la clase trabajadora, en que no han propuesto la más insignificante medida ni reclamado el menor auxilio a fin de aliviarla y favorecerla, sirve para acabar de convencer a los obreros de que nada tienen que esperar de sus antiguos ídolos.

No existe, pues, obstáculo serio ninguno que impida a los trabajadores darse la mano, organizarse como partido de clase y obtener en seguida lo que su situación actual reclama y ha de facilitar grandemente su completa emancipación. Por el contrario, debe impulsarles a ello el he-

cho indubitable de que tanto cuanto tarden en engrosar las filas revolucionarias, las fuerzas socialistas, tanto tardarán en aliviar sus males y en prepararse seriamente a concluir con los causantes de él.

5 de agosto de 1887.

LOS ENEMIGOS PRINCIPALES DEL PARTIDO OBRERO

Aunque parezca mentira, no son hoy, no, los elementos reaccionarios burgueses los que más sañudamente combaten las ideas socialistas y los hombres que las propagan y defienden: los que se han impuesto tarea tan ingrata como torpe son las fracciones republicanas o, mejor dicho, los elementos burgueses que las dirigen.

Apenas nuestro partido se dió a conocer, cuando ya los falsos apóstoles de la libertad, la igualdad y la fraternidad dirigieron contra él sus tiros y empezaron a poner obstáculos a su desarrollo.

Más tarde, al hacer sentir el Partido Obrero su influencia entre la masa proletaria, redoblaron sus ataques y entraron, imitando lo que con ellos hicieron en otro tiempo los monárquicos, por la senda de la difamación y de la calumnia.

Hoy, que nuestras huestes aumentan extraordinariamente, el despecho y la ira los ciega de tal modo, que, sin reparar en si son buenos o malos,

si responden o no al interés de su propio partido, apelan a toda clase de medios para contrarrestar el marcado ascendiente que en las masas desheredadas tiene ya el Socialismo revolucionario que informa el Programa de nuestro Partido.

Esta conducta, esta actitud de los elementos avanzados burgueses, por más que sea injusta, es lógica. ¿Acaso van a ver con calma que los trabajadores, envueltos hasta aquí en las redes de su fraseología y arrastrados por las vagas promesas que les hacen, se separen de ellos y abracen con cariño y entusiasmo la bandera del Socialismo? ¿Pueden permanecer inalterables, tranquilos, al contemplar los claros que en sus filas produce la incesante propaganda de los ideales del Partido Obrero? ¿Cabe pedirles que observen tranquilamente cómo sus fuerzas disminuyen, cómo la savia revolucionaria se escapa de sus venas para nutrir y fortificar los elementos socialistas? ¿Van a estarse quietos, a mostrarse indiferentes ante el peligro que corren, si nuestras ideas siguen alojándose en los cerebros proletarios, de quedar reducidos a insignificantes grupos que nada representen ni influyan en el movimiento político burgués? De ningún modo; semejante pretensión sería absurda.

Por eso nosotros no nos mostramos sorprendidos de la campaña que contra nuestro Partido hacen ni de los medios que ponen en juego para

retener dentro de su campo a los obreros a quienes llamamos al terreno de la lucha de clases, al único terreno en donde los intereses de los asalariados pueden ser bien defendidos y alcanzar completo triunfo.

Lo que sí queremos hacer comprender, lo que interesa al Partido Obrero señalar en la conducta que con él observan las fracciones todas de la democracia republicana, es que éstas, en vez de responder a nuestros razonados ataques, en vez de contestar a las afirmaciones que respecto a su carácter y finalidad hemos hecho y hacemos, eluden toda observación seria, concretándose a calificar de absurdas y disparatadas—igual que los monárquicos—nuestras doctrinas y a lanzar sobre nuestra comunión toda clase de dicterios e injurias.

Sí; cuando nosotros decimos que los partidos republicanos son tan burgueses como los monárquicos por defender con igual interés que éstos los privilegios de la clase capitalista, su respuesta es el silencio.

Cuando decimos que todos ellos, desde el posibilista que dirige Castelar hasta el federal que acaudilla Pi, sostienen el régimen del salario, es decir, la explotación de unos hombres por otros, y por consecuencia la esclavitud de una clase, nada responden a ello.

Cuando sostenemos, con razones y con hechos, que la forma republicana, cualquiera que sea, no

garantiza la libertad política, porque no puede ser libre en ningún sentido quien únicamente está supeditado a otro, los republicanos nos dan la llamada por respuesta.

Cuando aseguramos y probamos que ciertas reformas estampadas en sus programas y beneficiosas para la clase obrera se han escrito más por halagar a los trabajadores y contar con ellos para las luchas que han de sostener con los partidos monárquicos, que por mejorar su pésima situación y aliviar sus dolores, enciérranse en el mutismo más completo.

Cuando decimos que, atentos solamente a defender la forma política que cada una de dichas fracciones republicanas considera mejor, no prestan el menor interés a las desdichas de la clase desheredada ni proponen ninguna medida eficaz para acudir en su auxilio, ni la más ligera contestación dan a nuestro aserto.

Cuando afirmamos que su temple revolucionario como fracciones avanzadas de la burguesía es cada vez menor y que sólo procuran convencer a la clase poseedora de que la forma republicana no lesionará ni quebrantarán en nada sus intereses el día que se establezca en nuestro país, nada objetan a ello.

Y mientras para responder a esto sus lenguas están atadas y quietas sus plumas, unas y otras muévense con gran soltura para declarar imposible el triunfo de los ideales del Partido Obre-

ro y acusar a éste, unas veces, de estar influído por Cánovas; otras, de ser dirigido por los jesuitas, y cuando esto les parece poco, de estar pagados por el actual Gobierno. Respecto a los propagandistas de nuestras ideas, lo menos que dicen de ellos es que viven explotando la buena fe de los trabajadores.

Por más que este modo de proceder de los elementos burgueses republicanos no nos duela, puesto que por torpe y desacertado favorece nuestra causa, no deja lugar a duda de que debemos considerarlos hoy como nuestros principales enemigos y de que todos los que se precien de verdaderos revolucionarios, de buenos socialistas, están obligados a trabajar sin descanso por arrancar del lado de aquellos enemigos de la emancipación obrera los esclavos del capital que aun fían en sus engañosas promesas.

La república que han soñado los trabajadores no es la república burguesa, la república que deja en pie el dominio de la clase parásita sobre la clase productora, y con él la explotación y la miseria; la república a que aspira la clase trabajadora es la república del trabajo, aquella donde la igualdad económica y social sea un hecho, y esa república sólo el Socialismo, sólo el Partido Obrero, podrá implantarla en nuestro país.

2 de septiembre de 1887.

INSTRUCCION Y REVOLUCION

Aunque parezca extraño, no faltan trabajadores, y trabajadores que se llaman revolucionarios y socialistas, que afirman de un modo concluyente que la Revolución social, el acto de fuerza que ha de derribar la sociedad burguesa y librar al proletariado del yugo que le oprime, no tendrá lugar hasta que todos o casi todos los obreros sean instruídos y deseen realizar su emancipación.

En nuestra calidad de miembros de un partido revolucionario, debemos combatir semejante idea, que, de encontrar eco en la masa proletaria, haría que el reinado de la burguesía fuese poco menos que eterno.

Sin embargo, a fin de que por nadie podamos ser tachados de enemigos de la instrucción del obrero, de la instrucción de nuestra clase, declaramos previamente que la deseamos tanto como el que más; que en lo que de nuestras fuerzas depende, tratamos de obtener la que hoy es posible, y que defenderemos siempre toda medida,

todo acto, encaminados a proporcionar a nuestros compañeros de esclavitud el pan de la inteligencia.

No negamos, pues, la bondad de la instrucción. Lo que negamos es la posibilidad de que, dentro del régimen capitalista, la clase productora, en su totalidad, pueda adquirir instrucción verdadera, y decimos verdadera, porque nosotros no entendemos por hombre instruído al que solamente sabe leer y escribir y conoce las cuatro reglas que la Aritmética enseña, sino al que reúne cierto caudal de conocimientos.

Ahora bien; para adquirir esa instrucción necesitanse por lo menos tres cosas: maestros, libros y tiempo. ¿Cuentan hoy con esos elementos los trabajadores? No. Las escuelas establecidas por el Estado, que sólo tienen por objeto dar aquella instrucción que a los intereses de la clase dominante conviene, ni son en bastante número ni están en condiciones de poder instruir a los obreros. Lo mismo acontece con las escuelas establecidas por particulares. Pero aunque así no fuera; aunque hubiese escuelas y maestros para atender a la instrucción de todos, ¿podrían los obreros acudir a ellas y aprender lo que los profesores enseñan? De ningún modo. Los que trabajan diez, doce o catorce horas diarias, ni disponen de tiempo para ir en busca de la instrucción, ni su inteligencia se halla en el estado debido para adquirirla. Y si la excesiva jornada

de trabajo quita al asalariado el tiempo y la disposición de ánimo para estudiar y aprender, el mezquino jornal que por aquélla cobra, que no llega ni con mucho a satisfacer sus necesidades materiales, le pone en la imposibilidad de hacerse con los libros que una instrucción sólida exige que se consulten y estudien.

Es, pues, de todo punto imposible que en la actualidad pueda la masa obrera alcanzar una instrucción de algún valor.

Y mañana, es decir, dentro de algunos años, cuando los trabajadores estén más unidos y organizados, ¿la alcanzarán? Tampoco. Por más que la unión obrera, pesando cada vez con más fuerza sobre los poderes burgueses y constriñéndolos a aflojar un poco los tornillos de la explotación, logre una jornada menor de trabajo y algunos medios más de vida de los que hoy tiene, no por esto conseguirá modificar las condiciones sociales de tal manera que la instrucción de todos los proletarios pueda ser un hecho real y positivo. La burguesía, mientras domine, no dará a todos sus esclavos, no puede darles medios bastantes para que cultiven su inteligencia.

La instrucción, pues, de toda la clase obrera no puede ser anterior a la Revolución social, sino posterior a ella.

La Revolución proletaria, el triunfo del Socialismo, significa precisamente la destrucción

de un régimen que niega a las nueve décimas partes de los seres humanos, a la vez que la satisfacción amplia de las necesidades materiales, la que reclaman para su cultivo y desarrollo la inteligencia o el espíritu.

Es, por consiguiente, un grave error creer que en plena sociedad burguesa la clase explotada, los proletarios todos puedan llegar a instruirse.

Y lo es también, y de magnitud extraordinaria, pensar que sin esta instrucción general no es posible derrocar de las posiciones que ocupa, o sea del Poder, a la clase explotadora.

Pues qué—concretando nuestros razonamientos a este segundo punto—, cuando la burguesía echó por tierra el feudalismo, arrancando el Poder de las manos de los nobles y del clero, ¿acaso era una clase compuesta en su totalidad de hombres instruídos? ¿Lo es siquiera hoy, al cabo de un siglo de dominio y de tener a su servicio a todos los sabios? No, y no. La burguesía triunfó el día que, exigiendo las circunstancias una transformación en el modo de producir que pugna con el régimen feudal, salieron del seno de ella elementos bastantes para vencer las resistencias que éste oponía y concluir con él.

Pues lo mismo que la burguesía hará el proletariado. Trabajaré por unir y dar toda la conciencia posible de sus intereses a los individuos que le forman; procurará que el mayor número de trabajadores se haga cargo del conflicto eco-

nómico que amenaza la vida de la burguesía y hace inevitable y fatal el triunfo de los que hoy sufren su despotismo; pero en el momento que consiga reunir fuerzas bastantes para dar la batalla y vencer a los mantenedores del orden capitalista, no esperará a que se unan a él los obreros que se muestren inactivos o indiferentes, sino que, organizando bien aquéllas y aprovechando una de tantas crisis económicas o políticas como padece la sociedad burguesa, asestará a ésta un golpe de muerte y echará las bases de la igualdad social.

Sí; los Partidos Obreros, o sean las fuerzas organizadas del Socialismo, no esperarán, para hacer la Revolución social, a que estén alistados en ellos todos, absolutamente todos los trabajadores; lo harán en el instante que un hecho ofrezca ocasión propicia y sus fuerzas sean suficientes para vencer a las de que disponga la burguesía internacional.

El problema de la miseria urge resolverle a los que sienten las consecuencias de ella, y no es cosa de alargar el reinado de la burguesía el tiempo que sería preciso para convencer o reclutar en las filas revolucionarias a muchos desdichados que, por la misma explotación sufrida, tienen muerto el sentimiento o atrofiada la inteligencia.

Para que la Revolución social sea posible, basta, aparte del auxilio de los hechos, que las ver-

dades del Socialismo penetren en las cabezas de los obreros y que la parte más consciente de éstos se lance a la pelea con empuje, arrastrando consigo a los demás.

Preparémonos para ambas cosas, y cuando hayamos logrado la victoria, cuando hayamos hecho que la clase capitalista devuelva a la sociedad todo lo que le ha arrebatado por la astucia o por la fuerza, haciendo así que la riqueza social sea patrimonio de todos, entonces, solamente entonces, habremos conseguido que la instrucción de todos los hombres pueda ser una verdad.

Para alcanzar, pues, la instrucción que ambicionamos, es necesario concluir antes con la burguesía, o lo que es lo mismo, llevar a cabo la Revolución social.

14 de octubre de 1887.

LO FUNDAMENTAL

Los defensores de la burguesía que se las echan de conocer bien las teorías socialistas y su fundamento, por más que lo conozcan del mismo modo que el tendero más romo o el accionista más imbécil, suelen calificar de deficientes las soluciones de nuestro Partido porque éste no presenta enfrente de la organización capitalista o burguesa que hoy existe la organización, detallada hasta el último extremo, de la sociedad comunista e igualitaria que defendemos y que forzosamente ha de reemplazar a aquélla.

El valor de esa objeción es el mismo que el de las demás que constantemente hacen a nuestras ideas los ignorantes y los sofistas burgueses.

El Socialismo moderno, que no debe su vida a ideas especulativas ni a meras abstracciones, sino a la observación y al estudio de los hechos, tanto económicos como políticos y sociales, después de descubrir que el antagonismo de clases era la característica de las sociedades pasadas y de la presente, averiguó también, fijándose en

el desenvolvimiento de la producción burguesa, que si bien ésta, guiada por un individualismo feroz, lanzaba a la clase subyugada o productora en una miseria mayor que la sufrida por los esclavos de otros tiempos, creaba, por otro lado, los elementos necesarios para excluir el último término antagónico—la burguesía—y hacer posible la fraternidad humana.

De ahí que proclame como aspiración principal la abolición de clases, o la emancipación de los trabajadores.

El Socialismo moderno ha visto que la esclavitud de los trabajadores no es debida a su inferioridad intelectual, consecuencia precisa de su dependencia económica, sino a hallarse desposeídos de los medios de producción y de las primeras materias, que obran en poder de los dominadores, y por eso reclama que lo mismo aquéllos que éstas sean propiedad de todos o se socialicen.

El Socialismo moderno ha notado que la anarquía que reina en la producción burguesa origina males sin cuento y esteriliza multitud de esfuerzos, y tomando pie de esto pide la reglamentación social de la producción.

Cualesquiera que sean los otros puntos que tengamos que resolver, y que serán resueltos según se manifieste su necesidad, no podrán alterar aquéllas; antes al contrario, los acuerdos que

respecto a ellos se tomen habrán de ajustarse en todo y por todo a dichas bases.

Ahora bien; en las soluciones indicadas, ¿el antagonismo social muere, la explotación del hombre por el hombre desaparece, la miseria se extingue? Eso es lo que nosotros sostenemos firmemente, y eso es lo que, si su argumentación y su crítica alcanzan a ello, deben probar nuestros adversarios que no llegará jamás a realizarse.

Prueben que la abolición de clases no da al traste con los antagonismos sociales; demuestren que siendo todos copropietarios de la tierra y demás medios de producción puede existir la esclavitud económica y, por consiguiente, la explotación de un hombre por otro; hagan ver que las crisis económicas, las quiebras, los diversos conflictos que a cada paso surgen en el actual modo de producción se presentarán igualmente en una sociedad donde la producción sea reglamentada socialmente, y entonces podrán con razón tacharse de deficientes las doctrinas socialistas para resolver el problema de la miseria.

Mientras eso no hagan, mientras sin abordar francamente nuestras principales afirmaciones se entretengan en preguntar cómo resolveremos cuestiones accidentales, que la misma clase dominante simplificará o hará desaparecer en sus postrimerías, nos creeremos con derecho a pensar que la crítica de los abogados de la bur-

guesía es impotente para hacer la menor mella en la parte fundamental de nuestro programa, en lo que verdaderamente da a nuestro Partido carácter revolucionario y le distingue de todas las agrupaciones políticas burguesas.

Cuando la burguesía derribó del Poder a la nobleza y al clero, ¿contaba con una organización completa que supliera desde luego al régimen feudal? ¿Había determinado previamente las instituciones, los organismos, las fuerzas que debían constituir la sociedad que representaban? Ni lo hizo ni lo podía hacer.

Al triunfar, al conquistar el Poder, hízolo solamente en nombre de la libertad, del individualismo más exagerado, elaborando después, según fué afirmando su dominio, todos los elementos que componen la sociedad presente. Para vencer al feudalismo, incapaz de satisfacer las nuevas necesidades que se dejaban sentir a fines del siglo pasado, bastóle a la burguesía escribir en su bandera lo que entonces y ahora ha servido de base al régimen creado por ella: libertad para comprar y vender, libertad para explotar.

Tampoco necesitará más el Socialismo para vencer a los parásitos capitalistas. Escritas en su bandera las aspiraciones que animan a los encargados de abolir aquéllos, y que se ajustan a las condiciones materiales que han creado sus propios enemigos, tócale sólo reunir en torno

de ella a las masas proletarias y conducir las a la conquista del Poder político. Triunfante ya el proletariado, a la par que extinguirá la clase expoliadora, creará todos los elementos que, sobre la base de la igualdad social, levantarán una sociedad verdaderamente civilizada.

En conclusión: el Socialismo tendrá que resolver todavía—y eso no lo negamos nosotros—cuestiones de más o menos interés para el definitivo triunfo de sus ideales; pero lo esencial, el término del hambre, de la explotación y del embrutecimiento de los seres humanos, lo tiene ya resuelto, pese a todos los servidores y lacayos de la clase holgazana.

28 de octubre de 1887.

EL UNICO CAMINO

Cual si la lucha de clases no se presentara hoy en toda su crudeza; cual si el vivo interés que muestran los actuales Gobiernos por la defensa y conservación de los privilegios de la clase expoliadora no acreditase que son hechura de ésta y que nada harán de buen grado para mejorar la cada vez más crítica situación de la numerosa familia proletaria, todavía hay colectividades obreras que fían su mejoramiento a un cambio político, que no quieren romper abiertamente con los que le arrebatan una parte de su trabajo y que se dirigen a los Poderes públicos y a los políticos burgueses demandando en tono lastimero y humilde protección y auxilio.

Semejante yerro, no sólo les ha proporcionado y proporciona gran cosecha de desengaños, sino, lo que es peor, ha dañado y daña considerablemente sus intereses.

En efecto: ¿de qué les ha servido a las Sociedades aludidas estar esperando años y años a que los partidos avanzados de la burguesía rea-

lizaran un cambio político? De nada. Ni éste ha venido, ni tiene trazas de venir, ni aunque venga disminuirá en lo más mínimo el malestar económico que atormenta a la clase productora.

¿Le ha dado acaso mejores resultados el contar sus cuitas a representantes burgueses, a vividores políticos, y pedirles que se interesen por su suerte? Tampoco. Esos falsos protectores han hablado mucho, les han prometido más, pero ni un solo beneficio positivo han recabado para los que a su protección se acogían.

La inteligencia a que quisieron llegar con los patronos, con sus explotadores, y para lo cual fué preciso hablar de armonía entre intereses que siempre han estado en pugna, que a todas horas han reñido y riñen, ¿qué consecuencias les produjo? Un desencanto, un completo desencanto, confesado por los mismos que con más interés acometieron semejante empresa.

Las diversas Comisiones que han enviado a Madrid para exponer a los ministros y a los mentidos protectores a que antes hemos aludido su mísera situación, ¿qué ventajas, qué beneficios les han reportado? Ninguno, absolutamente ninguno. Si malo es el estado de los obreros que nada solicitaron de aquel modo, igual es o peor el de los que enviaron representantes al Gobierno pidiendo protección y amparo.

Y en tanto que así han perdido el tiempo, la paciencia y hasta el dinero, las fuerzas de que

antes disponían han mermado considerablemente, quebrantándose su energía, debilitándose su fe en el principio de asociación y llegando al extremo de no poder casi rechazar las embestidas que constantemente les dirigen sus enemigos los industriales.

Algo ha contribuído a esto—no lo hemos de negar—la terrible crisis económica que desde hace años pesa sobre todos los pueblos donde existe la producción capitalista, pero la parte principal se debe a la equivocada senda que para mejorar sus condiciones han seguido los elementos obreros a quienes nos referimos.

Y es preciso, de todo punto preciso, si no quieren ver empeorar extraordinariamente su ya penosa situación, que abandonen aquélla y enderecen sus pasos por el único camino que existe, lo mismo para paliar los males que al presente sufren los desheredados, que para preparar los medios que han de producir la radical curación de la llaga de la miseria.

¿Cuál es ese camino? Ya lo hemos señalado más de una vez: la ruptura completa de los esclavos del capital con los partidos que representan a éste, llámense como se llamen, y su organización como clase distinta y opuesta a la que hoy manda.

Haciendo esto, los obreros, a la vez que se preparan para concluir con el reinado de la explotación—ideal que deben perseguir todos los

que de veras quieren ser libres—, reunirán fuerzas bastantes para hacer que la clase burguesa atienda sus reclamaciones y contenga el apetito de ganancias que la domina.

Desde el campo económico las Sociedades de resistencia, y desde el campo político el Partido Socialista Obrero, sabrán realizar perfectamente esa obra, que ningún elemento burgués, por avanzado que sea, puede llevar a cabo.

Desde el primero, y previa una buena organización que comprenda, no un oficio ni un grupo de ellos, sino todos o la inmensa mayoría, se pondrá un verdadero dique a la explotación patronal y se hará que la vida del taller no equivalga a un horrible suplicio, donde los dolores morales superan a los tormentos físicos.

Desde el segundo, y mediante una agitación constante y una unidad poderosa, se obtendrá una serie de medidas que atenúen los desastrosos efectos que en los trabajadores ocasiona el desequilibrio existente entre la producción y el consumo. La jornada legal de ocho horas, la fijación de un salario mínimo, las subvenciones a las Sociedades obreras para que atiendan al sostenimiento de sus parados, y otras medidas de la misma índole, deben constituir el programa inmediato de los trabajadores en el campo político.

Y no se objete a lo que acabamos de exponer que se necesita mucho tiempo para lograr que

la organización de las Sociedades de resistencia llegue al límite que nosotros pretendemos, y que mucho tiempo y trabajo hay que emplear también para lograr que el Partido Socialista Obrero reclute en sus filas un número considerable de proletarios, pues, reconociendo que toda obra importante exige tiempo y esfuerzos, responderemos a los que tal nos digan dos cosas: primera, que la concentración de las fuerzas obreras se verifica hoy, por el mismo desarrollo de la burguesía, con gran celeridad; segunda, que tarden poco o mucho las fuerzas proletarias en tomar buenas posiciones en el campo económico y en el político, mientras no las tomen, mientras no amenacen desde ellas los intereses de la burguesía, no conquistarán reforma ni medida alguna que mejore sus condiciones.

Lo hemos dicho y lo repetimos: éstas se alcanzarán solamente cuando la clase obrera adopte una actitud verdaderamente revolucionaria.

4 de noviembre de 1887.

UN BUEN TESTIMONIO

El Correo, periódico fusionista, en un arranque de sinceridad ha escrito lo siguiente:

“Posible es que la densa niebla que obscurece la crisis económica que padece toda Europa, en vez de estar en el fenómeno, esté en nuestro entendimiento; pero declaramos que después de haber leído atentamente los discursos todos pronunciados en la información abierta por el Gobierno en el paraninfo de la Universidad, y de seguir con atención lo que escriben nuestros colegas y lo que se habla en casa del Sr. Bayo, *estamos tan a oscuras como el primer día, viendo solamente claro hasta ahora que se produce en Europa mucho más que se consume; que hay más sombreros que cabezas, para usar de un giro que todos entiendan; y que por esto mismo se ha despertado esa fiebre colonial, que tira a buscar mercados en todas partes del mundo y a vestir a los salvajes a cañonazos, para hacerlos, por cierto, bien desgraciados, pues de fijo que*

ellos se sienten más libres y felices con sus plumas y consiguiendo taparrabos."

¿Se puede dar una confirmación más rotunda a muchas de las afirmaciones que hoy mantiene el socialismo revolucionario que la que resulta de las palabras subrayadas? Creemos que no.

Sostienen los socialistas que la burguesía ni tiene ni puede dar solución a las crisis económicas, y un periódico burgués, reconocido entre los suyos por avisado y listo, conviene en ello declarando que respecto a la crisis actual, "estamos tan a oscuras como el primer día".

Sostienen los socialistas que la verdadera causa de la crisis económica es el exceso relativo de producción, y el periódico citado lo corrobora diciendo que "ve solamente claro hasta ahora, que se produce en Europa mucho más que se consume" y "que hay más sombreros que cabezas".

Sostienen los socialistas que no es un fin civilizador ni humanitario el que impulsa a los burgueses en su política colonial, sino principalmente el deseo de hallar nuevos mercados donde dar salida a sus productos, y *El Correo* lo ratifica cuando dice: "Por esto mismo", es decir, porque se produce más que se consume, "se ha despertado esa fiebre colonial, que tira a buscar mercados en todas partes del mundo, y a vestir a los salvajes a cañonazos".

Sostienen los socialistas que en los pueblos

no civilizados donde la burguesía sienta su planta y establece su sistema de producción, no mejora las condiciones de los naturales, sino que las empeora y las hace insufribles, y el periódico ya citado nos da la razón escribiendo que cuando aquélla los viste a cañonazos, es "para hacerles, por cierto, bien desgraciados, pues de fijo que ellos se sienten más libres y felices con sus plumas y consiguiente taparrabos".

Y del mismo modo que son exactas hasta para nuestros enemigos estas opiniones que a todas horas defiende y propaga el socialismo moderno, lo son también las que profesa respecto al modo de disminuir los efectos de las crisis económicas—hacer que vuelva al productor, para que consuma más, parte de lo que le han robado los que tienen en su poder los instrumentos de trabajo—y la manera de concluir con las mismas—obligar a que éstos sean restituidos a la sociedad, y con ellos tantos productos como hoy existen y no se consumen por encontrarse en poder de algunos cientos de holgazanes.

Si sobre estos extremos los órganos burgueses no nos dan la razón en ciertos momentos, como la dan acerca de aquéllos, es porque la cuestión que entrañan llega a lo más íntimo de su ser, a su bolsillo y a su propia vida.

Reconocerán, en estos casos, como acaba de reconocer implícitamente *El Correo* en las líneas que hemos copiado, el conflicto gravísimo

en que se encuentra la sociedad actual, y por consiguiente, su viva encarnación, la clase burguesa; no dejarán de manifestar la contrariedad y el disgusto que sienten al ver a la clase parásita en un callejón sin salida, medio acorralada por el proletariado; pero jamás dirán en alta voz que los conflictos económicos cederán en su gravedad disminuyendo la explotación de los asalariados, ni menos todavía que la crisis social será resuelta en cuanto deje de existir la clase cuya voz llevan. Por el contrario, y aun teniendo que disimular el sentimiento que les causa conocer la proximidad del fin de aquélla, los órganos burgueses sostendrán siempre que el régimen capitalista es de orden natural, y por consecuencia, indestructible.

Pero ¡qué puede importarnos que digan eso! Que revelen de cuando en cuando, con sus actos o sus palabras, el peligro en que se hallan las instituciones capitalistas; que anuncien alguna que otra vez su impotencia para remediar los males que en gran extensión y con carácter grave se manifiesta ya; que nos den la razón, aunque sea indirectamente, en muchos de los puntos que proclamamos y defendemos; en una palabra, que nos ayuden, a pesar suyo, en la propaganda de las doctrinas socialistas y en la preparación de las fuerzas proletarias, y lo demás lo hará nuestro Partido. Sí, el Partido

Socialista Obrero se encargará de hacer que la burguesía afloje la bolsa primero y la entregue después a los que con su esfuerzo y su trabajo han creado toda la riqueza.

11 de noviembre de 1887.

LA OLA CRECE

Ciego, completamente ciego es preciso estar para no ver que el régimen burgués, el dominio de la clase que hace un siglo decapitó a la nobleza y al clero y se hizo dueña de todo poder y toda fuerza, está amenazada de muerte, se halla próxima a sucumbir.

No hay ningún país de los llamados civilizados donde los elementos revolucionarios, donde la clase obrera conocedora de la causa de su mal y del remedio que éste tiene, no preocupe ya en alto grado, habiéndoles hecho perder la tranquilidad y la calma, a los parásitos del trabajo.

En Francia, el socialismo, además de extenderse por la ciudad y por el campo, penetra en la Cámara, en las Diputaciones y en los Municipios, planteando en el seno de estos cuerpos el antagonismo de clases, la lucha entre pobres y ricos, que tan eficaz es a los intereses obreros y a la acción revolucionaria.

En Bélgica, la clase dominante vése embarga-

da por el temor que le infunde el inmenso desarrollo del socialismo, y no sabe a qué medios acudir para contenerlo, si a la represión violenta, a la concesión del sufragio universal o a la adopción de reformas económicas que palién el malestar que aflige a sus esclavos, principalmente a los de las minas.

En Alemania, *el hombre de hierro* no encuentra ya modo de impedir que la democracia socialista lo invada todo y aumente sus fuerzas de tal manera que sea ella la designada para iniciar el combate internacional contra la burguesía y la que haya de constituir el grueso del ejército emancipador.

En Austria, los privilegiados, poco inquietos hasta aquí por la escasa influencia que las ideas socialistas tenían sobre la masa obrera, adopta hoy toda clase de medidas restrictivas para atajar el vuelo que van adquiriendo aquéllas.

En Italia, todas las leyes, todas las disposiciones, todos los atentados dirigidos a ahogar o quebrantar el movimiento socialista han sido infructuosos, viéndose obligado recientemente el hombre que desempeña el papel de principal guardador de los privilegios capitalistas—Crispi—a declarar en Turín, a la vista del incremento y la cohesión que toman las fuerzas revolucionarias, que si el siglo XVIII ha producido la emancipación de la burguesía, el siglo XIX producirá la emancipación de la plebe.

En Inglaterra, donde la astucia capitalista había llegado a separar a los proletarios del terreno de la lucha de clases, el socialismo ha conseguido llevarlos a él nuevamente, y haciéndoles ver que su gran miseria, la crisis que tiene sin trabajo a un millón de obreros y sin pan a cuatro millones de seres, estriba en la inmensa, en la extraordinaria riqueza que han acumulado, robándosela a ellos, algunos cientos de parásitos, da conciencia y organiza a las masas proletarias para que hagan tabla rasa del régimen burgués y recobren el fruto de su trabajo.

En Dinamarca el socialismo es tan poderoso, que el día que se dé el grito de guerra en Europa por el proletariado militante, se deshará fácilmente de los que, en nombre de la burguesía danesa, sostienen allí el sistema de la explotación.

En Holanda, el Partido Socialista cuenta con tantos adeptos, que sus reclamaciones han pesado en el ánimo de los representantes de la burguesía y obligádoles a indultar a Domela Nieuwenhuis, alma y corazón de aquél, condenado a dura e injusta prisión por un supuesto delito.

En los Estados Unidos, ¿qué dice, qué significa el movimiento obrero político que allí existe? ¿Qué dice, qué significa el extraordinario movimiento económico que se manifiesta? Que la lucha de clases, el odio entre capitalistas

y asalariados, entre señores y esclavos, se hace cada vez mayor y amenaza concluir eliminando revolucionariamente el elemento productor al elemento improductivo, o lo que es lo mismo, haciéndose los trabajadores dueños del Poder y convirtiéndose en ciudadanos de iguales condiciones sociales que ellos a los que hoy son sus tiranos. ¿Qué dice, qué indica la reciente matanza de los anarquistas de Chicago? Que los Gould, los Vanderbilt, los Mackarts, los grandes déspotas del trabajo, aterrorizados por el constante aumento que adquieren las fuerzas socialistas, tratan de atajarles el paso—¡empeño inútil!—por medio del temor y del espanto.

Y lo que sucede en los países citados, es decir, los rápidos progresos que hace en ellos el socialismo, lo hace también en Suecia y Noruega, Suiza y Portugal.

De nuestro país, ¿qué hemos de decir? ¿Para quién es dudoso que las doctrinas de nuestro Partido hallan excelente acogida en todas partes y preocupan e inquietan a los partidos burgueses? ¿Quién negará que allí donde el Partido Socialista Obrero da al viento su bandera, encuentra inmediatamente soldados que la defienden? La importancia, la fuerza de los elementos que le componen, ¿no está reconocida por los órganos de la burguesía, que presta a sus reuniones marcada atención y trata de conocer todos sus actos? Esto es innegable.

Así, pues, la ola socialista no crece en uno, ni en dos, ni en tres países, sino que crece en todos ellos a la vez, y azota y quebranta con repetidos golpes la sociedad burguesa, que muy pronto, cuando aquella ola crezca más, será echada a pique por completo.

Sí; la nave capitalista hace agua, y su hundimiento es fatal en breve plazo.

25 de noviembre de 1887.

SINTOMA GRAVE

El tremendo desequilibrio que existe hoy entre lo que produce y lo que consume la clase trabajadora, está haciendo en todas partes cada vez más crítica y angustiosa la situación de los proletarios.

En efecto: a la par que los parásitos, los que compran por dos la fuerza de trabajo que produce cuatro o seis, se hacen millonarios y enriquecen, los asalariados, por consecuencia de semejante despojo, vense unos sometidos a la más dura y terrible explotación, y hállanse otros envueltos en la mayor miseria y muertos de hambre por carecer de trabajo. El número de éstos asciende considerablemente de día en día.

Los Estados Unidos cuentan actualmente con más de un millón de obreros sin trabajo; Inglaterra, con un millón; Alemania, no obstante los muchos miles de trabajadores que anualmente emigran a la república norteamericana, vese acometida del mismo mal; Francia, Italia, Austria, Portugal, Suiza y Bélgica cuentan también

con muchos miles de obreros que en vano buscan dónde ocupar sus brazos.

Nuestro país, digan lo que quieran Moret y otros economistas de su calaña, nada tiene que envidiar, cuanto a crisis económica, a los países citados. Ahí está si no para demostrarlo la región catalana, con más de 30.000 obreros en paro forzoso; la región andaluza, también con muchos miles; la gallega, con su atroz miseria y su extraordinaria emigración, y Madrid, Granada, Valladolid, Zaragoza, Burgos, Béjar y otras muchísimas poblaciones, donde el hambre, literalmente el hambre, se ceba en multitud de trabajadores, que ni en su oficio ni fuera de él, y en cualquier condición que sea, logran encontrar quien los alquile.

Pero semejante estado, de consecuencias graves y tristes para la clase productora, encierra un serio peligro para el orden burgués que le ha engendrado. Esa masa obrera que la clase explotadora no necesita, o que se vale de ella solamente para mermar el salario a la que trabaja, ¿se estará quieta? ¿Se encerrará en los zquizamíes en que vive? ¿Recorrerá las calles silenciosamente? ¿Se dejará morir por inanición? Imposible. Eso lo harán acaso 30, 50 ó 100 obreros; pero los demás, los miles y millones de seres que no tienen pan porque otros se lo han arrebatado, no pueden morir de ese modo, máxime cuando en ellos ha penetrado la luz de las

ideas socialistas, y por las mismas saben perfectamente que carecen de todo, no porque la producción sea escasa, sino porque, siendo abundante, su distribución no es ni justa ni equitativa.

Las recientes manifestaciones de los obreros sin trabajo de Londres confirman nuestro pensamiento. No se avienen, no se conforman a sufrir con resignación los tormentos del hambre y las angustias de la miseria, mientras los causantes de ella engullen a dos carrillos y viven en medio de las mayores comodidades. Al contrario, reconociendo que su quietud y su pasividad pueden perjudicarles extraordinariamente, se conciertan, llevan a cabo imponentes manifestaciones y de un modo enérgico y amenazador reclaman de los que tienen acaparado lo que ellos han producido medidas o soluciones que les faciliten medios de vida.

Y esa actitud en que se ha colocado el proletariado inglés que carece de trabajo, la adoptarán necesariamente los demás obreros de Europa y América que se encuentran en idéntica situación que aquél.

No importa que, como en nuestro país, en Valladolid, Barcelona y otras localidades, los obreros sin ocupación, influídos por falsas ideas y añejas costumbres, salgan todavía a la calle a pedir limosna. Eso desaparecerá pronto, y en vez de tender la mano e implorar en nombre de Dios un pedazo de pan o una pieza de cinco cénti-

mos, los obreros sin trabajo, ayudados por todos los que sufren las iniquidades del taller, enseñarán sus puños a los ladrones de la riqueza y, caso de que esa demostración no fuera bastante a obligar que les entreguen una parte de lo que les han arrebatado, los dejarán caer sobre ellos y desbaratarán para siempre el sistema social que gira sobre el eje de la explotación.

El síntoma que dejamos señalado es, pues, verdaderamente grave para la burguesía porque amenaza su existencia como clase, e importante y trascendental para la causa del socialismo. O la burguesía se decide, si quiere vivir algo más, a aplacar el hambre que sufren los obreros sin trabajo, o el Partido Socialista, dando conciencia y unidad a todos esos hambrientos, hará que se apoderen por la fuerza de todo, absolutamente de todo cuanto a ellos y a los demás trabajadores les han arrebatado por la astucia y la violencia los poseedores del capital.

9 de diciembre de 1887.

NO HAY ESCAPE

Por más que los efectos de la crisis económica se dejen sentir principalmente en la clase asalariada, en cuyas filas causa horribles estragos, una parte de la burguesía—la menos poderosa—vese también alcanzada por ellos y puesta al borde del precipicio, o lo que es igual, en peligro de perder la situación privilegiada que tiene y entrar a formar parte de la masa desheredada.

El clamoreo de los ganaderos gallegos, arruinados por la competencia de los Estados Unidos y la falta de consumo en la Península, a eso obedece; la misma causa obliga a lamentarse a los pequeños propietarios de la tierra y a los pequeños industriales, y ese es el motivo también de que se quejen los comerciantes al por menor.

Pero las quejas y las reclamaciones de estos elementos burgueses a los Poderes que los representan, se pierden en el vacío. En primer lugar, contra las crisis económicas, contra el creciente desequilibrio entre la producción y el consumo que caracteriza al régimen actual, al

sistema burgués, no hay remedio dentro de este sistema: la solución a ese conflicto sólo puede hallarse en la práctica de las ideas socialistas, es decir, en una sociedad en que la producción no tenga por objeto el *beneficio*, la *ganancia* de algunos centenares de parásitos, sino la satisfacción de las necesidades de todos. Después, la fracción burguesa más acaudalada, la que propiamente constituye el elemento capitalista, y que es el que en realidad domina y gobierna actualmente, no tendrá en cuenta esas quejas para nada, pues sobradamente sabe que los bienes, las propiedades, los cortos capitales que hoy están aún en manos de la pequeña burguesía han de ir a las suyas más o menos pronto.

Por tanto, que se dicten leyes protectoras, que prive el librecambio, que se rebajen las contribuciones, que se haga lo mismo con las tarifas de ferrocarriles, que se construyan carreteras, que se canalicen algunos kilómetros de terreno, que se establezcan Bancos agrícolas, todo será inútil para poder librar a los pequeños burgueses de su próxima ruina.

Esas medidas, aunque aparentemente se adopten para favorecerlos, a quienes servirán, a quienes aprovecharán sobre todo para realizar escandalosos negocios y ganar mejor en la competencia que con ellos han de sostener, es a los grandes burgueses, a los capitalistas.

Ni siquiera podrá la pequeña burguesía ate-

nuar para sí, como los trabajadores podrán hacerlo para ellos, los efectos de las crisis. La clase obrera, mediante su unión y su fuerza, conseguirá un día, rebajando las horas de trabajo y haciendo que se establezca un salario mínimo, contrarrestar en gran parte las consecuencias de las crisis económicas: la pequeña burguesía, no pudiendo extender su explotación sobre gran número de trabajadores, y viéndose imposibilitada de admitir aquellas dos condiciones, morirá irremisiblemente.

Su sino es ése: clame o no clame, consiga o no que las medidas que solicita se planteen, las crisis económicas, ayudando a los capitalistas a que la arrebatan lo que ella ha arrebatado a su vez a muchos proletarios, la lanzará a las filas del proletariado.

Precisamente ése será el instante en que los socialistas, es decir, la parte consciente y activa de la clase trabajadora, hallándose perfectamente organizados y contando con elementos capaces para acometer la empresa de fundar la sociedad comunista, donde, por virtud de no haber antagonismos sociales, no habrá explotación de un hombre por otro, se decidirán a dar la batalla al puñado de detentadores de la riqueza social que quede y a todos sus lacayos y servidores, conquistando revolucionariamente, o sea por medio de la fuerza, el Poder político.

Son, pues, baldías, son completamente esté-

riles las apelaciones, los llamamientos que la pequeña burguesía dirige a los que manejan el gobernalle de la clase dominante para que la libre de los peligros que la hace sufrir la actual crisis económica y que amenaza seriamente su existencia. Por mucho que haga, por mucho que se mueva y trabaje, no conseguirá librarse de ser estrujada primero por su hermano mayor el capital y arrojada después por el mismo, para explotarla y sumirla en la miseria, al montón obrero.

Como hemos dicho muchas veces, las crisis que engendra la producción burguesa causan infinitos dolores y penosos sufrimientos a la masa proletaria; mas a la vez merma considerablemente las fuerzas de la clase poseedora y suministra al proletariado elementos revolucionarios de consideración e importancia.

La pequeña burguesía, a quien la crisis económica trasiega de su clase a la nuestra, vendrá al campo del Socialismo llena de coraje y ardor para pelear contra sus amigos de hoy y sus enemigos implacables de mañana.

Lo cual hace que el triunfo de la clase obrera sea de todo punto inevitable.

16 de diciembre de 1887.

TODOS ROBAN

La Prensa y los partidos burgueses, afectando una honradez de que carecen, vienen ocupándose hace mucho tiempo, ante los repetidos desfalcos que se llevan a cabo en la Administración pública, de la necesidad de moralizar ésta. Sin embargo, suben al Poder los conservadores y nada hacen de tanto como dicen; suben los izquierdistas, y los desfalcos continúan; gobierna el fusionismo, y los robos e *irregularidades* (como han dado en decir aquellos a quienes duele llamar ladrones a los que visten frac o levita) aumentan extraordinariamente. Y lo mismo que éstos harán los demás partidos burgueses que no han logrado salir aún de la antesala del Poder, es decir, de las filas opositoristas.

La contradicción que resulta entre los dichos y los hechos, entre lo que prometen y no cumplen respecto a dicho particular los partidos mantenedores del orden burgués, está solamente en que la inmoralidad administrativa, lo mismo en la Península que en las Antillas, ninguno de ellos puede ni se propone seriamente corregirla, tra-

yéndola a cuento y hablando mucho de ella cuando puede servirles de arma de combate para alcanzar la prebenda del Presupuesto.

Lo que el periodismo burgués escribe sobre el mismo tema es pura palabrería, que va encaminada a hacer creer a los incautos que la Prensa servidora de los intereses capitalistas se avergüenza e indigna cuando llega a su conocimiento la noticia de que un empleado de mayor o menor categoría se ha fugado con los caudales que tenía a su cargo.

¿Cómo tomar en serio esos pujos de moralidad de unos y otros elementos burgueses, cuando la clase que actualmente domina se mantiene del robo y con el robo se enriquece?

¿Cómo ha de pedir de veras a sus representantes en el Poder que persigan a los ladrones —nos referimos a los grandes—, si ella es la que más roba y saquea?

¿Cómo han de proceder los Gobiernos contra quienes realizan desfalcos de importancia, si los individuos que forman parte de ellos, a más de ser los servidores de una clase que lo debe todo a la rapiña, tratan también *de hacer lo que pueden*, y unas veces legalmente y otras con apariencia de legalidad, cobran sus servicios improvisando fortunas escandalosas?

El Banco de España, el de la Habana, el Hipotecario, la Compañía Transatlántica, la de Tabacos, las de ferrocarriles y otros establecimien-

tos de crédito por el estilo, ¿qué representan?, ¿qué son? Pues cuevas y nada más que cuevas de bandidos, donde se trama el modo mejor de desvalijar por completo a la clase productora y a los ladronzuelos que roban a ésta al por menor.

¿Y quiénes tienen el encargo de impedir que se moleste en su *honrosa* tarea a los accionistas de esos establecimientos? ¿Quiénes son los que amparan a esos ladrones de la riqueza social? ¿Quiénes son los que forman sus Consejos de Administración? Pues todos los prohombres de los partidos burgueses: los Cánovas, Martos, Moret, Elduayen, González, Gullón, Toreno, Canalejas, Ruiz Gómez y tantos y tantos otros.

Y no hablemos de la Bolsa, de ese sitio *donde se cotizan los valores* y que con sobrada razón pudiéramos llamar *Centro o plaza de la flor y nata de los ladrones*, pues allí van a quitarse unos a otros, apelando a toda clase de engaños, mentiras y estratagemas, lo que antes han arrebatado por medio de la violencia al pueblo productor.

Además, ¿qué le importa a la clase capitalista que sus servidores metan de cuando en cuando la mano en las arcas públicas? ¿Qué significa para ella la desaparición de unos cuantos millones? Sean sus abogados y defensores *listos*; sepan sujetar bien los brazos a la masa obrera para que no puedan rechazar el constante despojo que se le hace del fruto de su trabajo; métenla en cintura cuando, acosada por el hambre, pida algo

de lo suyo, y aunque por ese servicio cobren o tomen los gobernantes una buena cantidad, a la burguesía no le dará cuidado. Pásale en esto a la clase poseyente lo que al patrono con los capataces o encargados de la fábrica: nada le importa darles buenos salarios y tolerarles infinidad de chanchullos, con tal que ellos obliguen a los obreros que están a sus órdenes a dejar en beneficio del industrial la mayor parte de su trabajo.

Por otra parte, si la clase explotadora vive, como ella misma dice, del *negocio*—hablando con propiedad, del robo—y *negocia* con el hambre, la honra y la vida de los trabajadores, ¿por qué sus servidores (ministros, gobernadores, generales, etc., etc.) no han de negociar también vendiendo destinos, tomando parte en empresas representados por otros individuos, o procurando *desinteresadamente* que tal o cual contrato se conceda a esta o a la otra Compañía? ¿Por qué, asimismo, los empleados que no ocupan puestos elevados, y por lo mismo les es difícil *negociar* sin correr riesgo alguno, no han de llevarse por delante, al presentárseles coyuntura, las cantidades que se les confían o parte de ellas? La moral burguesa, basada en la apropiación del trabajo ajeno, en la expoliación de los productores, debe ser igual para todos los que, de un modo o de otro, figuran en las filas de la clase parásita. Además, la ley escrita que condena a los que roban

fuera del medio que ella permite es letra muerta si la cantidad robada es de cuantía o el que se la ha llevado dispone de recomendaciones e influencias.

Sería, pues, incomprensible que una clase compuesta toda—desde el tendero de comestibles y el industrial que explota a algún obrero hasta el capitalista, incluyendo en ella también a la alta burocracia—de gentes que viven del trabajo de los demás, quisiera impedir el robo y los desfalcos en la administración de sus servicios. Cuando más, lo que hará, y lo que hace, es castigar a los pequeños empleados que distraigan alguna cantidad insignificante; pero a los *gordos*, a los poderosos, jamás.

Quien extirpará de veras ese vicio social; quien logrará concluir con todos los ladrones, grandes, medianos y pequeños, y con sus auxiliares, es la clase robada, la clase a quien todos ellos han despojado un día y otro día de lo que con su esfuerzo ha producido: la clase trabajadora. Pero esto lo conseguirá, no manteniendo en pie el actual orden de cosas, sino barriendo por completo las instituciones burguesas y estableciendo en su lugar un régimen social en que el consumidor, salvo en los casos de imposibilidad física, sea al mismo tiempo productor.

Así no podrá haber ni ladrones ni robados.

23 de diciembre de 1887.

PROTECCIONISTAS Y LIBRECAMBISTAS

El malestar económico que experimentan hoy todos los pueblos donde la producción burguesa impera, y que tiene su origen en esa misma producción, hace que batallen con aparente encarnizamiento proteccionistas y librecambistas, atribuyéndose mutuamente la responsabilidad de la difícil situación en que nos encontramos.

Unos y otros, ansiosos de sacar a flote, o mejor dicho, de hacer que prevalezcan los intereses de la fracción burguesa que representan, afirman con el mayor aplomo que si las fábricas están paradas, si los obreros no trabajan y la miseria se enseñoorea de todas las comarcas, es porque sus respectivas doctrinas no informaron los actos del Gobierno o porque no rigen en toda su pureza.

Lo que dicen esos charlatanes, lo que afirman los defensores del *pan barato* (librecambistas) y de los *buenos salarios* (proteccionistas) es una insigne superchería o un solemne disparate.

Si la verdadera causa de la actual crisis económica, como de las demás ocurridas durante el

régimen burgués, es el exceso relativo de producción, esto es, la falta de medios de la clase trabajadora para poder consumir todo o casi todo lo que produce, ¿qué puede hacer para eliminarla la escuela proteccionista? Nada. ¿Y el librecambismo? Nada tampoco.

En efecto, supongamos que los principios de la primera informasen en absoluto la política burguesa y, por consiguiente, que ningún producto extranjero, rechazado de nuestro país por los impuestos protectores, hiciese competencia a los productos nacionales: ¿habría desaparecido por eso la causa que origina la crisis económica? El equilibrio entre la producción y el consumo, ¿se restablecería? En manera alguna, pues la clase trabajadora española, percibiendo, por ejemplo, por una producción anual de 100 millones de pesetas, 50, sólo 50 consumiría; y calculando que la clase parásita consumiera 20, siempre quedarían 30 por consumir, o lo que es lo mismo, tendríamos exceso relativo de producción y, por tanto, crisis económica.

Admitiendo que el proteccionismo pudiera regir de un modo absoluto y general—cosa de todo punto imposible en la sociedad presente—, lo único que podría hacer sería librar a la producción española de los perjuicios que sufre en la competencia con la producción de otros países, y que son debidos principalmente a la inferiori-

dad de los instrumentos y los sistemas de trabajo que en ella se emplean.

Si en vez de los impuestos protectores hubiese nada más que los derechos fiscales, es decir, estuviera en su plenitud el librecambio, el resultado sería igual que con el sistema prohibitivo, pues ya se equilibrara la importación con la exportación, ya fuese menor ésta que aquélla o aquélla que ésta, la crisis o la producción sobrante que la crea quedaría en pie: si ocurría lo primero, sucedería lo mismo que hemos indicado con el régimen prohibitivo, que por una producción de 100 millones los obreros percibirían 50, y 50 consumirían, consumiendo 20 la clase improductiva y quedando 30 sobrantes; si pasaba lo segundo, esto es, si la exportación era menor que la importación, disminuiría la cantidad correspondiente a los trabajadores, bajando de 50 a 45 ó 40, pero las otras dos quedarían lo mismo; y si la exportación era mayor que la importación, como para obtener este resultado un país necesita contar con gran industria y gran cultivo, y tanto la una como el otro, en vez de muchos brazos y máquinas movidas por éstos, lo que exigen son poderosas máquinas y el empleo del vapor, de ahí que la cantidad de productos que excediese a la importación no entrañaría un gasto mayor de salarios, por lo cual el caso quedaría reducido a cualquiera de los dos anteriores, o sea que únicamente irían a poder de los produc-

tores 45 ó 50 millones, aunque crearan 110, 120 ó 130.

Y si los proteccionistas y librecambistas no pueden destruir con la aplicación de sus principios la causa que engendra la crisis económica, pásales otro tanto a los que, sin pertenecer a ninguna de las dos escuelas, inspiran sus medidas unas veces en las ideas proteccionistas y otras en las del librecurso.

El mejor dato que podemos presentar en pro de nuestra afirmación es lo que ocurre en los países donde las relaciones económicas que mantienen con otros pueblos están basadas más rigurosamente en alguno de los tres criterios que acabamos de exponer.

Inglaterra, el país clásico del librecurso, siente los efectos de la crisis económica con tanta fuerza como el que más.

Francia, Alemania y los Estados Unidos, naciones en donde imperan las corrientes proteccionistas, la crisis económica es aguda y amenaza, como al Reino Unido, con ser la chispa que haga estallar el furor de las masas y produzca la caída de la clase capitalista.

Nuestro país, donde se aplica el criterio ecléctico por más que estén en el Gobierno librecambistas como Moret y Puigcerver, se halla atacado también de un modo grave por la crisis económica.

Vese, pues, con extraordinaria claridad que

las distintas doctrinas económicas que profesa la burguesía son completamente ineficaces para destruir el exceso relativo de producción, resultando exacto lo que varias veces hemos dicho, a saber: que esa plétora artificial de producción, que quita a millones de obreros todo medio de vida, lanzándoles en el infierno de la desesperación y de la miseria, sólo concluirá, sólo desaparecerá cuando desaparezcan las instituciones burguesas que la engendran; que estribando esas crisis en que la clase obrera no recibe el valor de lo que produce, sino una parte de él, con la cual no puede consumir todo lo que crea y la satisfacción de sus necesidades reclama, dejará de existir el día que el proletariado, conquistando el Poder público y expropiando económicamente a los detentadores de la riqueza social, haga imposible que nadie pueda acaparar, ni poco ni mucho, el fruto del trabajo de los demás.

30 de diciembre de 1887.

INDICE

	Páginas.
- Nota preliminar.....	5
La clase obrera y las reformas sociales.....	11
Nuestros propósitos.....	60
El programa socialista.....	70
Impotencia burguesa.....	113
Dos errores.....	118
Callejón sin salida.....	125
La guerra.....	130
Sentimentalismo falso.....	134
Los utopistas.....	141
Situación difícil.....	145
Acción común.....	150
El 18 de marzo de 1871	154
- La Iglesia y el Socialismo.....	159
La piedra de toque.....	169
¡Adelante!	173
Mudanza saludable.....	178
La Internacional existe.....	183
El poder del Socialismo.....	187
Un dato más.....	192
El último cartucho.....	198
El remedio.....	203
Los enemigos principales del Partido Obrero.....	208
- Instrucción y Revolución.....	213

	<u>Páginas.</u>
Lo fundamental.....	219
El único camino.....	224
Un buen testimonio.....	229
La ola crece.....	234
Síntoma grave.....	239
No hay escape.....	243
Todos roban.....	247
Proteccionistas y librecambistas.....	252



Precio: 4 pesetas



BIBLIOTECA NACIONAL



1001980569

Biblioteca Nacional de España